

Jonathan Littell

Los relatos de Fata Morgana

Traducción del francés de Robert Juan-Cantavella



LOS RELATOS DE FATA MORGANA

JONATHAN LITTELL

JONATHAN LITTELL

Los relatos de Fata Morgana

Traducción de
Robert Juan-Cantavella

Galaxia Gutenberg



© Benjamin Loyseau

JONATHAN LITTELL

(1967) Se crió en Francia y Estados Unidos. Tras trabajar siete años en una organización humanitaria, en 2001 decidió dedicarse sólo a la escritura. Con *Las benévolas* (2006, recuperado por Galaxia Gutenberg en 2019) su obra alcanzó una notoriedad universal. Ha publicado narraciones, ensayos sobre arte, reportajes sobre las guerras de Chechenia y Siria, y el documental *Wrong Elements*, sobre los niños soldado, presentado fuera de competición en el Festival de Cannes 2016. Publicó en 2018 la novela *Una vieja historia*. Nueva versión en Galaxia Gutenberg, así como en 2020 el ensayo *Tríptico. Tres estudios sobre Francis Bacon*, en el mismo sello.

Título de la edición original: *Les récits de Fata Morgana*
Traducción del francés: Robert Juan-Cantavella

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: enero de 2021

© Jonathan Littell, 2021
© de la traducción: Robert Juan-Cantavella, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021
Imagen de portada:
Lido di Spina, Luigi Ghirri, 1974
© Eredi di Luigi Ghirri

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-18526-28-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Este libro recoge cuatro textos publicados originalmente en Éditions Fata Morgana: *Études*, *Récit sur rien*, *En pièces* y *Une vieille histoire*

ESTUDIOS

Estudio: composición instrumental centrada en el aprendizaje técnico. Pretende superar una cierta dificultad aislándola, abordándola de forma razonada, sistemática y repetitiva, para así vencerla y dominarla. Con todo, permite la expresión de la creatividad artística, lo cual lo distingue de un simple ejercicio.

CHRISTOPHE HARDY,
Les mots de la musique

UN DOMINGO DE VERANO

Abajo del todo se alzan las dos torres. Destacan sobre un cielo gris, delicado, de luz contenida. Unos árboles ocultan parte de la segunda, la que está quemada de abajo hacia arriba. Se yerguen silenciosas como centinelas, indiferentes a lo que sucede a sus pies. El viento agita las hojas de los árboles. Estelas de nubes cruzan perezosamente el cielo. Es un domingo de verano. Al rato el sol pasa por el balcón y calienta el rostro y las piernas. Así que durante unas horas toca refugiarse en el interior oscuro y fresco del apartamento.

Enfrente, hacia la izquierda, al bies sobre la colina, están las pequeñas manchas blancas de las tumbas, un reguero disperso entre las casas. Por encima del cementerio se alza una bonita vivienda, un gran edificio del siglo XIX con alas imponentes y columnas de un lado al otro de la puerta principal. Puede que ese fuese el acceso al cementerio. Es difícil saberlo, porque allí arriba no se puede llegar. Por la noche, cerca de esa casa, hay una luz que es un agujero de fuego en la oscuridad. Quién la ha puesto ahí, tampoco se sabe. Hay gente que debe de saberlo, pero yo a esa gente no la conozco.

Una vez visité una casa no muy lejos de ese cementerio. También era domingo, hacia el mediodía. B. me había llevado para entregarle un paquete a la gente que vivía en ella. Nos quedamos en la terraza una media hora, bebiendo cerveza con el padre mientras la hija, en el jardín, cortaba rosas para B. Estábamos sentados un poco apartados, porque el extremo de la terraza quedaba expuesto. La ciudad se extendía a nuestros pies, con las dos torres de frente por una vez, bajo un cielo azul de verano que viraba a blanco. En el lado de la Residencia del general cayeron algunos obuses. El padre me dijo que no estábamos más que a ciento cincuenta metros del cementerio; esa información me pareció sorprendente. Ayer, prosiguió, una mujer fue asesinada por un obús justo debajo de esta casa. La víspera había sido en efecto un día muy malo, mataron a muchas personas. Pero ese domingo yo todavía no sabía hasta qué punto el día anterior había sido malo. Fue un fin de semana tan hermoso. El sábado, cuando atacaron por primera vez la Residencia del general, yo estaba almorzando en una taberna. Delante de mi mesa rebotó una esquirla de obús con un pequeño tintineo, corrí a recogerla; volví a entrar en el café riendo, pasándome la esquirla aún ardiente de una mano a la otra, como cuando sacas del horno una patata asada. Más tarde, ya de cara a la noche, fui a casa de unos amigos a tomar un cóctel. Bebíamos en el jardín mientras por encima de nosotros bramaban los cohetes. Varios de mis amigos se asustaron y se acurrucaron al pie de los rosales. Fue muy divertido, nos reímos mucho. A la mañana siguiente, otro obús explotó en el jardín de al lado, a unos cincuenta metros de donde habíamos estado bebiendo.

Así que ese domingo, después de la cerveza cerca del cementerio, me fui con B. a recoger a

nuestro amigo A. para ir a almorzar a un restaurante precioso, un poco aislado, con una terraza cerrada sólo en parte en la que podías estar al aire libre sin violar demasiado las prohibiciones de la policía. Comimos lentamente durante toda la tarde, chuletas de cordero con una ensalada de cebolla, y nos bebimos una botella de vino tinto. Después, B. y yo compartimos un puro, estaba demasiado seco pero igual fue un gran placer. Luego compramos pasteles y fuimos a beber alcohol a mi balcón, frente al cementerio, con las dos torres a nuestros pies. No fue hasta el día siguiente, al leer los periódicos, cuando nos dimos cuenta de lo malo que había sido el fin de semana. Pero el verano ya llevaba así seis semanas, y todo apuntaba a que iba a seguir igual.

La ciudad estaba completamente cerrada desde finales de mayo. De hecho, todavía quedaba una carretera para entrar y salir, pero era peligrosa. Había a quien esa sensación de encierro le ponía de los nervios, pero a mí me alegraba. Me encantaba la idea de estar aquí atrapado para el resto del verano, con el calor y la luz, perseguido a un lado y al otro de la ciudad por los silbidos agudos de los obuses y el ruido obscuro de sus detonaciones. Eso me hacía sentir enormemente vulnerable y me ligaba como un suplicio a esa otra cosa de la que no debería hablar.

Esa otra cosa, me resulta imposible hablar de ella pero también me resulta imposible no hablar de ella. Me devastaba el corazón y consumía mis noches: por la mañana, al despertarme, colmaba mi cuerpo y lo retorció de felicidad. Luego me levantaba, me vestía, me dirigía a mi despacho y reanudaba mi trabajo con una atención y un estado tan febril que, por un tiempo, la dejaba de lado. Pero a veces los bombardeos eran demasiado fatigosos, imposible trabajar, y entonces, entre el miedo y esa cosa, me invadía una enorme pereza que volvía inútil cualquier esfuerzo. Entonces quedaba el balcón, el sol, los libros, el alcohol y los puritos que tanto me costaba procurarme, y a veces también el teléfono, horas y horas de teléfono, un medio odioso y falso pero que en ausencia de su rostro y de su cuerpo alimentaba mi angustia y mi futilidad. Y aquí estoy, hablando de ello, cuando no debería hacerlo. Debería hablar de otra cosa. Hacer descripciones, como al principio de este relato, describir el purito pálido que me fumo en este momento, el mechero de estaño barnizado que tengo delante, un poco rayado por las monedas que llevaba en el bolsillo, el cielo que vira a gris. A modo de protección de posibles fragmentos de vidrio, las ventanas de mi despacho están cubiertas por unas láminas autoadhesivas de plástico translúcido; a través de esas láminas, punteadas por burbujas de aire, todo se ve turbio. Es una lástima, pero por otro lado, delante de mi despacho no hay nada que ver, sólo otro edificio gris, sucio, con muy pocas ventanas intactas y estrías de impactos que atraviesan su fachada. Ah, aquí vuelve el sol, a iluminar graciosamente esa horrible fachada. No hay discusión, el sol demuestra una inmensa bondad por las pobres cosas de este mundo.

Un poco más arriba, en este mismo cuaderno en el que ahora tomo notas, hace unas semanas escribí una o dos frases sobre la luz del sol en el cuello de B. También, como por azar, fue un domingo (aunque en realidad no se deba al azar, sino a que trabajo para justificar mi presencia aquí, y a estas historias no les quedan más que los domingos). Fue uno de los momentos más aterradores y dolorosos en que me he visto inmerso en los últimos años. ¿Qué me impidió besarla, en ese momento? Todo mi cuerpo y todo mi pensamiento, tan débiles, no tenían más que a una sola cosa, posar mis labios sobre ese cuello resplandeciente de luz y blancura. Qué horror. No me moví, me quedé apoyado en la barandilla, luego nos fuimos. Podría echarle la culpa a mi natural timidez, pero algo me dice que eso sería falso, una patética escapatoria. Más bien me parece que aquello fue miedo, lo cual no es lo mismo. Bajo esa luz pavorosa, tan cerca de su piel, me quedé descolocado, crucificado de miedo y deseo, y ni siquiera llamé *Elohim, Elohim*, estuvimos

charlando, luego nos fuimos, le cogí una flor, otra para la tumba de mi deseo, y la llevé a su casa.

En verdad no debería hablar de estas cosas. El verano continúa, está lejos de terminar. No habría que hablar de eso sino después, mucho tiempo después. Lo mejor sería no hablar de eso nunca, morir en silencio y que así desapareciese, esas dislocaciones y esas luces de las que al final veremos que está hecha la vida, si es que no lo vemos ya, y si es que alguna vez podemos decir de una vida que está hecha, pero si no logramos callarnos, por lo menos que sea más tarde, y que haya sido debidamente digerida antes de regurgitarla. El verano ni siquiera ha terminado, las sirenas acaban de ponerse a sonar, habría que aprender a hacerse crecer una piel antes de jugar a despellejarse con navajas de tan pobre calidad. Tanta impaciencia me desconsuela.

Verano, 1995

LA ESPERA

Así que regresé a París y esperé. No es que la espera me complaciese, al contrario. Pero había ciertas dificultades. Normalmente, debería haberme ido de inmediato, o al cabo de unos días. Me habían ofrecido un puesto en otro país, duro y frío, y no me desagradó, lo acepté rápidamente. Pero había un problema con los papeles, y no se estaba resolviendo. Mis empleadores ya tenían un hombre en la capital de ese país, él era quien debía solventar el problema, no sé qué estaría haciendo. Yo le telefoneaba a menudo, a él o a su asistente, y siempre había una excusa, vaga, a menudo contradictoria; pero de los papeles, nada. A él no le molestaba, dejaba que las cosas siguieran su curso. Yo, en cambio, me volvía tranquilamente loco.

Ya hacía más de un mes que esperaba. Un mes, ¿qué es un mes? En algunos casos, nada; en otros, una travesía por un pantano glacial. Si me hubiesen dicho de entrada: No hay otra, tienes que esperar un mes, o tres, no habría supuesto el menor problema, yo habría tomado mis medidas, habría sabido qué hacer. Pero ahí, en cambio, la espera se atascaba en lo informe, pues cada día ese administrador incompetente me decía: puede que mañana, o tal vez pasado mañana. Sólo los fines de semana ritmaban esa infernal desocupación, porque los fines de semana las oficinas están cerradas. Y así, tal como la espera se disipaba lentamente, iba yo languideciendo. Cada vez tenía más problemas para conciliar el sueño: por la noche, imposible dormirme; llegué a tomar pastillas, cosa que nunca me había sucedido. Y por la mañana, imposible levantarme, una fatiga oscura y aplastante me clavaba en la cama, a veces hasta entrada la tarde; a menudo, cuando por fin me levantaba, no era más que por unas horas, y al poco, agotado, volvía a dormirme hasta la hora de cenar. Luego, de vuelta el insomnio.

La irritación coartaba mi pensamiento y mis sentidos; la irregularidad me dominaba. Bebía, pero incluso eso carecía de consistencia. Cuando tenía una botella, me la acababa con una rapidez aterradora; pero una vez vacía, pasaban días y días hasta que me compraba otra. Quería volver a beber, lo deseaba terriblemente, pero ir a comprar otra botella era algo que me superaba. Me inventaba problemas de dinero para tener una excusa, pero era un pretexto vano que no hacía sino reafirmar mi parálisis. Y durante ese tiempo, otros deseos, todavía más ambiguos, me atravesaban el cuerpo sin piedad. En realidad, no movía un dedo por satisfacerlos; pero, solo en mi habitación, me engañaba a mí mismo al respecto, a veces hasta hacerme sangre.

No era la primera vez que me hallaba en semejante situación. Fue ciertamente debido a otra espera. Pero entonces aún estaba más perdido, o por lo menos, eso me parecía. En todo caso, ya fuese porque entonces tuviese más fuerzas, o al contrario, y estaba tan débil que ni defenderme podía, el caso es que llegué mucho más lejos en mi extravío. Fue así como una noche acabé en uno de los muelles de la ciudad, un lugar por el que suelen deambular almas en pena, ávidas de otro

cuyo vacío interior pueda colmar el suyo por unas horas, llenarlas de vacío (es una forma de ver las cosas; hay otras). Era sin duda un lugar de mala reputación, donde pasada una cierta hora dejaba de regir la policía de las costumbres. Haciéndome el difícil, en mi desconcierto, dejé pasar algunos; al final, casi al azar, me acabé decidiendo por un joven negro. Creo no engañarme si digo que era un buen chico, en cualquier caso era muy tímido. Caminamos durante un buen rato, hasta llegar a su casa ni siquiera nos tocamos. Él no tenía muy claro cómo manejarse, así que me tocó imponerme a mí. Pero él se prestó de buen grado a mis exigencias. Y así sometí mi cuerpo al suyo durante horas. La vergüenza, el dolor, nada me bastaba, yo no era más que mi vacío, y cuanto más hundía en él a ese joven, cuanto más me dejaba invadir por su armazón, por su musculatura, por su sexo grueso aunque extrañamente puntiagudo, más se abría ese vacío, más profundo se volvía, hasta revelarme la lóbrega extensión de su inmensidad. Al final fue la carne la que cedió, la que vaciló. Sumido en una confusión ordinaria, el chaval ya se creía enamorado. El frío se apoderó de mí, sus emociones me repugnaban, yo me repugnaba aún más. Me vestí y salí, cortando en seco su declaración. En el rellano de su miserable habitación estaban los retretes, pero yo tenía demasiada prisa, me sentía demasiado avergonzado, y no me detuve. Fue un error, porque unos minutos más tarde, en plena calle, sentí unas ganas irresistibles. Aún no había amanecido, todos los cafés que me encontraba estaban cerrados. A trancas y barrancas llegué al edificio donde me alojaba. Tenía que pasar por la escalera de servicio; de puro milagro, en la planta baja di con un váter, ya no podía aguantarme. Angustiado hasta casi la asfixia me abalancé en su interior, ni siquiera cerré la puerta, por poco no llego, y lo solté todo. Fue muy doloroso, os lo aseguro. Con las tripas retorcidas, me quedé un buen rato pegado a aquella letrina, sobresaltado al menor ruido, aterrorizado de que me descubriesen. No dejaba de sudar, había mierda por todas partes. Logré limpiarme los pantalones, el borde de la taza; en cuanto a mi ropa interior, ni siquiera lo intenté, me la quité y la tiré en uno de los contenedores del patio, la enterré entre la basura. Temblando, vacío, volví a mi habitación. Tanta inmundicia no me dejaba respirar, pero al mismo tiempo deseaba más, deseaba locamente zozobrar en ella, perdí toda noción de mí mismo, el delirio se había enseñoreado de mi cuerpo; asqueado, estaba iluminado por tanto horror, quería empezar de nuevo y no terminar nunca más. El sueño me tranquilizó un poco. Un tiempo después... pero dejemos esas tonterías, ya basta. Decía que en los tiempos de los que hablaba al principio no llegué tan lejos, excepto puede que en sueños. El camino, sin embargo, parecía el mismo. Pero mi situación comportaba ciertas diferencias, y estas también jugaron su papel, no hay duda. Por una parte, tenía un objetivo, un destino concreto, y eso no siempre había sido así. Por otra, tenía una correspondiente. Lo cierto es que su ausencia, su distancia, sólo influía un poco en mi abatimiento. Pero determinar qué papel jugó esa distancia en los extravíos de mi espíritu sería muy complejo. Quizá también contribuía: pero, por otra parte, me parece que debía de ser un factor de atenuación, ya que le ofrecía una salida a mi avidez malsana, puede que una salida ficticia, pero de una eficacia nada desdeñable, que se tradujo en llamadas telefónicas ruinosas y, sobre todo, en una serie de cartas interminables, escritas a veces en el transcurso de varios días. Curiosamente, esas cartas y llamadas, aun no estando del todo desprovistas de un cierto erotismo, seguían siendo en general muy castas e incluso tomaban a veces un giro casi idealista. Eso, en mi estado, puede parecer extraño, tanto más, como he dicho, en la medida en que mis deseos salían ganando, al menos parcialmente. No se trata aquí de una sublimación cualquiera, ni mucho menos. En efecto, las palabras más tiernas podían precipitar mi mente en un torrente de imágenes licenciosas, algunas relativas a mi correspondiente, otras más bien a figuras de la calaña del muchacho que encontré en los muelles. Y así, tras unos días casi tranquilos y serenos, me dio por escribir cartas

terriblemente atormentadas, violentas, desesperadas. En verdad, todo eso me daba y me sigue dando vértigo. Y así fue pasando el tiempo. Porque eso es verdad, para bien o para mal iba pasando. Aunque resultaba agotador. Hay que decirlo: un día, la espera llegó a su fin. Pero no lo dudéis, volverá a empezar.

Invierno, 1996

ENTRE DOS AVIONES

El problema es que hubo ese contacto, que una parte de mí se quedó colgado de ella y me enredó en los engranajes de esta maquinaria. Si no, no habría pasado nada, podría haberla admirado, desearla tranquilamente, y su indiferencia nunca me habría afectado. Todo empezó con una breve visita a K... Estuve allí con una vieja amiga, A., que me hospedó en su casa, en el sofá. C., que compartía el apartamento con A., volvió a las cuatro de la mañana (el tren, al parecer, se había quedado bloqueado), armó un escándalo enorme porque creía que la puerta estaba cerrada, y a las seis se marchó. Yo ya la había visto ese mismo día en la oficina de A., acalorada, moviéndose todo el tiempo, un torbellino alocado que no dejaba ni un resquicio al trato personal. Parecía incapaz de detenerse ni por un instante. Rasgos duros aunque vivaces, no desprovistos de belleza; y, sobre todo, una energía furiosa, concentrada en el trabajo por encima de cualquier otra cosa, pero capaz también de generar, de forma intermitente, unos fogonazos de vívida alegría que iluminaban a aquellos que no dejaban de rebotar en ella o de estrellarse con ella. A. ya se había ido, me dejó en el apartamento. Lo lógico hubiese sido no volver a ver a C., porque al día siguiente también yo tenía que irme; esa mañana hubo disturbios en la ciudad, suspendieron los vuelos y quedamos atrapados en el apartamento. Por la tarde, C. ya no se aguantaba, decidió salir, y yo me ofrecí a acompañarla; debido a la situación, las autoridades habían prohibido el uso de vehículos; atendiendo no tanto al espíritu como a la letra de sus instrucciones, salimos caminando. Yo tenía una pequeña herida en el dedo gordo del pie, una herida que, por culpa del clima y de mi irregular estilo de vida, había degenerado en una infección bastante fea. Así que cojeaba; supongo que vernos paseando por la ciudad, ella erguida, orgullosa, apresurada, yo renqueante y disfrutando apenas de la situación, debió de ser un espectáculo cómico. Cuando terminamos con las compras, y como no teníamos trabajo en todo el día, fuimos a una terraza de la calle principal a tomar una cerveza. Me dijo que, desde que había llegado a K..., era la primera vez que se tomaba un respiro. Estuvimos charlando, me habló de sus numerosos viajes, de su estancia en ciertos países que yo mismo soñaba con visitar desde hacía mucho tiempo. Un antiguo camarada al que no había visto en un año se unió a nosotros, también él sorprendido por aquel paro inesperado, e intercambiamos algunos recuerdos del país en que nos habíamos conocido, una región atroz pero que nos había seducido al uno y al otro. La cerveza estaba fresca, la terraza soleada, los amotinados pasaban en camiones confiscados, agitaban ramas verdes y gritaban consignas contra las nuevas autoridades. Fue agradable, creo no equivocarme si digo que incluso C. se relajó un poco, de vuelta al apartamento los dos estábamos de muy buen humor. El estado de mi pie había empeorado, me dolía mucho al caminar. C. me propuso drenar un poco el absceso para aliviarme. Me tomé varias copas y acepté. Me arrellané en un sillón y encendí un puro

mientras ella, mi pie entre sus muslos, se ponía manos a la obra. Su compañera D., que estaba agotada, se había quedado dormida en el sofá, las risas que extrañamente me causaba el dolor de la cirugía no lograron despertarla. Entre tales ataques de risa, yo daba fuertes caladas a mi puro, y C. seguía dándome de beber mientras curaba la infección; tanto disfrutaba de aquella adorable operación que casi ni sentía molestia alguna. Cuando llegué al final de mi cigarro le puse fin. C. me sujetaba el pie con gran ternura, lo limpió y me puso una venda nueva; D. se despertó y fue a acostarse. C. y yo nos quedamos charlando un buen rato, o eso creo. Nuestras manos se buscaban, se tocaban, jugueteaban la una con la otra, se entrelazaban. Seguimos bebiendo, no pasó nada más, el mal ya estaba hecho.

A la mañana siguiente encontré a C. en su frenesí habitual. Se iba en una misión a la otra punta del país; después de haber perdido ya veinticuatro horas, su impaciencia natural se vio exacerbada, y la oficina tronaba bajo sus órdenes y su no parar. Cuando la vi se había sentado un minuto a pensar, le tomé la mano; ella sonrió, me acarició la palma maquinalmente. Yo tenía que irme, ella andaba a toda prisa por un pasillo, también apurada: me dio un beso rápido en la boca y desapareció.

El aeropuerto era un auténtico caos. Seis grandes jumbos militares acababan de aterrizar uno tras otro, nadie era capaz de indicarme el mío; yo cojeaba furioso de uno a otro, machacado por el sol y rechinando los dientes de tanto dolor, navegando entre los sacos de víveres y las cajas de material descargado, las camionetas que recorrían la pista, los soldados agotados, las filas de gente aburrida esperando a ser evacuada; interpele en ruso a unos pilotos ucranianos o lituanos preguntándoles cuál era su destino, aunque ni ellos mismos estaban demasiado seguros. A punto estuve de equivocarme de avión y aterrizar en el país equivocado. A C. la encontré bajo el ala de un Endover, agachada junto a dos colegas, haciendo planes y dando instrucciones de última hora. Me saludó distraídamente, todo era tan confuso que apenas le presté atención. Yo subí al Endover; ella cogió uno de los grandes jumbos que partía hacia el oeste.

Yo contaba con volver a verla la semana siguiente; hizo falta más de un mes. El día antes de regresar a K..., un amigo médico me examinó el pie y me prohibió viajar. Me quedé consternado, pero no había nada que hacer: la infección estaba muy avanzada, casi había llegado al hueso, tenía que operarme inmediatamente. El país en el que nos encontrábamos no disponía de las estructuras adecuadas; me aconsejó la capital de un país cercano con un hospital excelente. La idea de no ver a C. me aterraba, pero tuve que resignarme. En K..., el perfume favorito de C. había desaparecido; rápidamente una amiga mía me envió un frasco; incapaz de ir a regalárselo en persona, lo empaqueté y, antes de irme, pedí en su oficina que se lo hiciesen llegar al lugar donde se encontraba. Añadí una postal magnífica, un Vermeer que representaba a una joven sentada frente a una ventana, su rostro a plena luz, sosteniendo una copa y sonriendo a un orgulloso militar que figuraba de espaldas. El rostro de la chica me pareció como iluminado, y en la parte posterior de la tarjeta compuse un breve mensaje: traté de darle un aire irónico y encantador, no sé, tal vez lo conseguí. Me sentía demasiado inseguro sobre lo que estaba pasando como para expresar lo que realmente me inquietaba, tampoco quería parecer frío, indiferente, como tantas veces lo son mis cartas, incapaces de expresar sentimientos verdaderos. Sumido en tales dudas, sellé la carta y se la entregué junto con el perfume a un colega de C., quien me prometió que se la haría llegar.

No debió de cumplir su promesa; pero es que nada debió de suceder como estaba previsto. De hecho, C. todavía no había regresado a K...: esa noticia, que me encogió el corazón apenas la supe, ahora me consolaba un poco de mi partida forzada, ya que esperaba que mi regreso tras la

convalecencia coincidiese con el suyo. Naturalmente, no fue así. Las Parcas, traviesas ellas, se lo estaban pasando bomba trastocando nuestros desplazamientos. La operación salió muy bien, traté con un viejo cirujano alemán, maravillosamente excéntrico, que amenizó mucho el procedimiento disertando, mientras se manejaba con la carnicería, sobre la historia del uso médico de la cocaína, desde 1875 hasta nuestros días. Así aprendí que la invención de derivados de la cocaína, que preservaban las virtudes anestésicas del producto y eliminaban sus efectos euforizantes, había sido estimulada por el amor inmoderado que profesaban por esa droga los más grandes doctores y cirujanos de la época, un amor que los llevaba a vaciar sus armarios para consumirla por vía nasal, intravenosa, e incluso, en aquellos tiempos, ocular. Semejante problema, tan embarazoso para la reputación de la profesión médica, llegó a su fin en 1919 con la aparición de la novocaína, lejano y grosero ancestro de la molécula milagrosa por culpa de la cual ahora sólo me distraía de la elocuencia del cirujano el desagradable crujido del bisturí rajando mi carne. Tuve que guardar cama unos días; tan pronto como pude ponerme de pie, aunque de manera muy precaria y dolorosa, empecé a preguntar por los aviones que salían. Me confirmaron en un vuelo del viernes dirección a G..., ciudad desde la que despegaban la mayoría de los aviones con destino a K... Tenía mucho trabajo que hacer para ponerme al día, pero no por ello dejé de tomarme la libertad poco profesional de seguir afinando mis planes de viaje. Llamé a K...: C. no se encontraba ni allí, ni siquiera en esa ciudad del oeste donde había estado trabajando (la ciudad de M...), sino que había regresado a G... para rendir cuenta de sus actividades. Gran noticia: podría pasar el fin de semana con ella en G... sin el menor remordimiento, luego ocuparme de mis asuntos en otro lugar, y volver a encontrarme con ella más tarde. Entonces, los que controlaban los aviones cancelaron mi reserva: había flete y eso era más importante, me dijeron. Hasta el lunes no había aviones, estaba desesperado, sabía que C. volvería a M... Me daba cuenta de que, desde hacía algún tiempo, esa mujer ocupaba mi vida por completo, y en el fondo disfrutaba hasta del sufrimiento que me causaba la imposibilidad de volver a verla, tan fuerte era la emoción. Me decidí a llamarla por teléfono a G... (me angustiaba pensar en cómo se iba a tomar ella algo tan inoportuno): pareció encantada; su voz me retorció el alma. El sábado ella salía hacia K..., luego de allí hacia M... Le pedí que me esperase antes de ir a K..., le era imposible, pero prometió que nos veríamos un poco más tarde. «Hasta pronto, niño guapo», me dijo al colgar; desgarrado entre el placer que me causaron aquellas palabras y la frustración de no poder volver a verla, me pasé la tarde tratando por todos los medios de encontrar un avión. Otra organización fletó uno, contacté a un amigo, él me prometió que me encontraría una plaza; dos horas más tarde me llamó y me contó que su jefe me había vetado (supe más tarde que otra mujer, a quien yo apenas conocía pero que por alguna razón que nunca desentrañé me odiaba cordialmente, tachó mi nombre de la lista). Así me pasé varias horas, entre la más violenta de las esperanzas y la rabia más aciaga. Yo vociferaba, saltaba de una oficina a otra, volvía locas a las secretarias con mi obstinación, las obligaba a seguir unas pistas que eran inútiles a simple vista, pero que les hacían perder el día y la paciencia. A las seis de la tarde se obró el milagro: el primer transportador, al que había vuelto a llamar quemando un último cartucho, me anunció tranquilamente que había sitio no sólo para mí, sino también para unos doscientos kilos de carga que tenía que llevarme. Fue un follón, porque, por supuesto, la carga no estaba lista, faltaban los papeles de la aduana, el transitario había cerrado todo el día: a las ocho, sin embargo, todo estaba en orden. Tenía que acudir al aeropuerto a las seis de la mañana, me presenté a las cinco y media, no abrió hasta las seis treinta, y a las siete vinieron a decirme que el avión estaba averiado y que ese día ya no iba a salir. Tal era mi abatimiento que apenas advertí la gracia espantosa de la situación. Por la tarde volví a telefonar

a C.: ella seguía teniendo previsto partir al día siguiente y no podía retrasar su viaje, pero escucharla me confortó un poco. Al día siguiente salí. El avión tenía que seguir hacia la ciudad donde se suponía que trabajaba yo, ahora que C. no estaba en G... bajar hasta allí no tenía sentido. Durante el vuelo alimenté la vana esperanza de cruzarme con ella unos minutos en la pista de G..., poder hablar con ella aunque sólo fuese por un instante, ver sus ojos y su sonrisa, besarla. Su avión, por supuesto, se había ido hacía horas.

Pasé una semana trabajando con mis colegas y al cabo planeé regresar a K...: tenía en efecto que pagar unas deudas, lo cual justificaba un viaje que, de otro modo, mi sentido del deber no me habría permitido. Tuve que volver por G..., los aviones a K... fueron cancelados varios días seguidos; pero C. seguía en M..., me armé de paciencia. El superior de C. me dijo entonces que ella tenía que volver a K... el miércoles, que era el día en que yo me marchaba. Estaba feliz, aunque también aterrizado ante la sola idea de un nuevo imprevisto. El avión que yo iba a coger continuaba desde K... hacia M... luego volvía a K...; antes de enterarme de que ella iba a estar de viaje de regreso, yo había decidido hacer ese tramo adicional y llevarle una flor, aunque sólo fuese para verla media hora. Así que modifiqué ligeramente el proyecto: bajaría en K..., pero igual le enviaría la flor sin indicarle de parte de quién, para que le diese la bienvenida en el avión. A punto estuvo la malicia de un jefe de oficina, que también parecía odiarme, de hacerme perder ese avión: aunque había reservado mi asiento hacía días, mi nombre no aparecía en la lista, y el empleado que controlaba el embarque se negó a dejarme subir. Debía de tener pinta de orgulloso a pesar de la desgracia, allí de pie en la pista, con mi gran flor amarilla en la mano, tan incongruente en ese contexto que estuve dudando hasta el último momento si llevarla o no conmigo. Pero muy oportunamente llegó un amigo, que supervisaba directamente los vuelos, él me hizo subir al avión. A bordo había un sueco que continuaba hasta M...: le entregué la flor con instrucciones precisas. El vuelo fue espantoso, nos pasamos media hora metidos en una violenta tormenta; yo mantuve la calma pensando que ese tipo de temblores debían de ser normales para un avión tan pequeño, pero cuando llegamos a K..., vi que los pilotos estaban pálidos. Pronto encontré al superior de C., a quien empezaba a unirme una sólida camaradería; C. debía llegar unas horas más tarde.

La encontré por la tarde en la oficina, maravillado de que no se produjera ningún otro contratiempo, de que no se hubiese vuelto a G..., por ejemplo, sin detenerse en K... «Así que no has querido hacer el viaje de ida y vuelta para acompañarme», me regañó. «Ya, pero en su lugar te he enviado una flor.» No la había recibido, el sueco la había olvidado en el avión. Ella la había visto al subir y se había preguntado para quién sería, de dónde vendría. Aunque sólo fuese por eso, me sentía orgulloso del gesto. En cuanto al perfume, tal como me dijo más tarde, nunca fue enviado a M..., aunque ella lo recuperó a su paso por G..., y le gustó mucho, en las últimas semanas, poder combatir así el hedor abominable de aquellos de quienes debía ocuparse.

A mi llegada me había besado amistosamente; todo, a partir de ese momento, iba a ser más complicado. Ya lo he dicho más arriba, me había comprometido demasiado antes, había abierto demasiado precipitadamente una puerta que mis instintos, en general bastante buenos, solían mantener firmemente cerrada.

Su retirada, a partir de ese momento, me desgarró lentamente. En los días siguientes, permaneció inmersa en sus actividades frenéticas; de vez en cuando, me concedía un momento de charla, pero enseguida la distraía algún pensamiento de trabajo y todo volvía a empezar. Su contrato llegaba a su fin, abandonaba el país; había recibido varias propuestas, una de su actual

empleador, para la ciudad en la que yo estaba destinado normalmente (pero no le interesaba en absoluto), otra para volver a M... con otra organización, otras para diferentes países. No lograba decidirse, lo comentaba con todo el mundo, así como también comentaba incansablemente todos los problemas que había tenido en M... De momento, herido por su indiferencia, yo creía haberme equivocado horriblemente, haber malinterpretado por completo una serie de gestos que, para ella, no debían de ser más que de amistad; más tarde, pensé que el tiempo pasado en M..., del que salía visiblemente agotada, debía de haberla afectado hasta tal punto como para que incluso ella, que siempre parecía tan segura de lo que hacía y de adónde iba, perdiera el pie sensiblemente, y no supiese ocuparse más que de sus problemas concretos, último refugio. Seguía mostrándose amistosa; pero sea cual fuere la causa, había pisado el freno en lo que respecta al breve contacto que surgiese en su momento entre nosotros, y ese frenazo no tardó en quebrarme. Lo más doloroso fueron las noches: me invitó a quedarme en su casa, se negó a dejarme dormir en el sofá, insistió en colocarme en su habitación, en una cama separada. Así que dormía a un metro de mí, casi desnuda, y me era imposible tocarla. También yo estaba agotado por el trabajo de los últimos meses, por el disgusto que me causaba el país en el que trabajaba, por la estremecedora incertidumbre en relación a las acciones que había estado llevando a cabo; la indiferencia de C., o simplemente su ausencia, acabó por sumergirme en el infortunio. Yo siempre bebo mucho, bebí todavía más. Apenas lograba dormir, y cada noche, al acostarme con esa separación entre nuestros cuerpos, tenía la impresión de estar ensartándome en un cuchillo. Me despertaba sobresaltado, a veces me volvía a dormir; por la mañana estaba vacío, agotado, y los asuntos sumamente desagradables que había venido a resolver en K... no hacían más que agravar mi turbación. Por la noche, en cuanto mis ojos se acostumbraban a la oscuridad, veía claramente su forma; a veces la sábana se le escurría, yo entonces contemplaba largo y tendido su espalda blanca, sus pequeños pechos afilados. Rara vez he sentido un deseo tan violento y, al mismo tiempo, tan poco físico: a lo que mi cuerpo aspiraba no era tanto a hacerle el amor como a, simplemente, pegarse contra ella. Me sentía desamparado, en un estado extremo, cada vez me quedaban menos asideros; cuando charlábamos, no era capaz más que de una conversación plana, tensa, me resultaba imposible expresar lo que me sucedía. Ella también estaba un poco enferma y dormía muy mal. Y así tuvieron lugar ciertos momentos extraños que hoy todavía no entiendo. Recuerdo que una vez, atrapado cada cual en su respectivo insomnio, nuestras miradas se cruzaron, y nos miramos largamente, sin sonreír, sin hablar. Otra vez, en un momento parecido en que la falta de sueño parecía hacerla sufrir casi tanto como a mí, le tendí la mano de una cama a la otra y ella la tomó hasta dormirse de nuevo. La última noche de nuestra estancia en K..., ella se había acostado antes que yo, yo me senté en el borde de mi cama, de cara a ella, y le tomé la mano; abatido por la fatiga y la tristeza, besé esa mano, la acaricié, y finalmente posé en ella la cabeza durante un buen rato. No sé si hablamos o si simplemente me dejé llevar por esa mano. Finalmente la retiró. Loco de dolor, casi llorando, me incliné sobre ella y la besé suavemente en los labios. Luego me acosté. La noche fue tan mala como las otras. No alcanzo a entender el significado de esos momentos en que, si bien es cierto que no me estaba invitando, lo cierto es que tampoco me rechazaba. Pero algo muy intenso me impedía empujarla, provocar en ella un rechazo que tendría al menos el mérito de ser claro. Quién sabe si también ella acusaba una especie de desesperación que navegaba junto a la mía sin posibilidad de contacto. En nuestras conversaciones, el tema no lo tocaba: sólo hablaba de los aspectos positivos de su vida, o bien de sus problemas concretos, lo cual cuadraba con su carácter agresivo y decidido. Tenía un hijo, eso no lo había contado, deseaba volver a verlo, me hablaba de él con entusiasmo. Su marido había desaparecido de la historia hacía un tiempo.

Sospecho que algo había que la minaba por dentro, algo fundamental que la impulsaba, entre otras cosas, a vivir una vida tan inestable; algo que, por su propia naturaleza, era incapaz de reconocer. Esa debe de ser la gran diferencia entre nosotros. El último día, mientras miraba cómo preparaba las maletas, me hizo algunas preguntas personales. No pude responder más que de forma superficial: por sus preguntas y el tono al hacerlas, me pareció imposible que pudiese entender o aceptar respuestas verdaderas, y eso que yo estaba en disposición de formularlas. «¿Sufres?», me preguntó a quemarropa; una vez más, eludí la pregunta. La conversación no fue mucho más allá y me dejó confundido. No sabía si había hablado demasiado o acaso no lo suficiente. Su reacción era ilegible, de nuevo estaba en otra parte, en sus planes de partida. Íbamos a coger todos, nosotros y su colega D., un vuelo comercial a G... Ella no quería detenerse en G... pero tenía que hacerlo por razones administrativas. El embarque en el aeropuerto fue extremadamente caótico, pero el vuelo fue rápido. Yo tenía la idea de tomar una habitación en el mismo hotel que ella: última oportunidad, me dije, para resolver esta historia de una manera o de otra. Luego, en el avión, mientras ella parloteaba sin cesar con D., me sentí completamente desesperado, sucio, y por un instante pensé en desistir de todo allí mismo, dejarla en el aeropuerto de G... y no volver a verla, no volver a exponerme a tal indiferencia, cuya profunda ambigüedad me desgarraba. Prevalció la flaqueza, fui a ese hotel: no quedaban habitaciones. Bueno, me dije, ya está, no he tenido que tomar yo la decisión. Quedamos a las ocho de la tarde; yo acudí, ella ya no estaba. Había dejado una nota en la recepción para otro hombre a quien tenía que ver por asuntos profesionales: para mí, nada. Más tarde, esa misma noche, la encontré en un restaurante con todos sus colegas. Se hallaba inmersa en una conversación con su jefe, apenas me miró. Aprovechando una pausa, le dije de vernos al día siguiente para almorzar. Ella aceptó distraídamente y me dijo que pasase por la oficina. Poco después se fueron todos y apenas me dijo adiós. Estaba lejos, muy lejos. Al día siguiente, al mediodía, la encontré en la oficina con D., resolviendo sus problemas administrativos. Estaba agotada y casi ni prestó atención a mi presencia. Esperé una hora, le pregunté dos o tres veces si iba a almorzar conmigo: «No sé, no sé -contestaba-, tengo que volver al hotel». Estaba sentado en la antesala de la oficina donde ella seguía con el administrador, cuando un pajarito blanco y negro entró en la estancia. Empezó a recorrer el lugar con paso irregular pero tranquilo, lo sorprendió una puerta cerrada. Luego se volvió hacia una pequeña polilla que había allí dormitando y la atacó con el pico. La mariposa se resistió, mas fue en vano, el pájaro la engulló entre una nube de escamas, un fino polvillo blanco de alas arrancadas que formaba un halo luminoso alrededor de su cabeza. C. seguía charlando con D., ambas esperando al administrador que tenía que pagarles, hablaban vívidamente de incidentes de su trabajo y reían. Yo me senté junto a ellas, inútil. Luego volvió el administrador. Una vez más, le pregunté a C. si quería venir a almorzar: su respuesta seguía siendo vaga, estaba claro que sus problemas la acaparaban por completo, lo único que hacía yo allí era molestarla. Me fui con un leve saludo, ella no hizo nada por retenerme. Al día siguiente, el vuelo que iba a sacarme de allí fue cancelado por día festivo.

Primavera, 1997

HECHO CONSUMADO

Así que ella dijo eso y ya fue irremediable. Para él como para ella, pues no era él hombre que se lo tomase a la ligera. Pero tomar una decisión de inmediato, él no era capaz, ella tampoco. Así que primero reflexionar y luego hablar. Pero antes incluso de reflexionar primero no reflexionar, esperar, dejar pasar un poco de tiempo, maldito tiempo, pues igualmente iba a haberlo de sobra, incluso si precisamente en ese caso él estaba objetivamente limitado, por razones fisiológicas concretas, de tal modo que un cierto tiempo de no reflexión y de no discusión y por lo tanto de no decisión iba a constituir una decisión en sí misma, una decisión tomada. Así que no reflexionar de inmediato, para no reflexionar en caliente, aunque reflexionar igualmente, y lo suficientemente rápido, en tibio si no en frío. Ella pues por su parte primero no reflexionando y luego bastante rápidamente reflexionando, y él por su parte lo mismo. El otro simplemente empujando. Él pues reflexionando pero sin saber cómo reflexionaba ella, diciéndose que de todos modos para él no importa cómo piense ella, porque ella hizo la cosa, ella sólo tiene que esperar, y si no hay decisión entonces de hecho decisión, por lo que ahora le toca reflexionar a él. Primer error de razonamiento tal vez pero sin embargo así es como procede. Para él pues, dos cuestiones, a saber cuestión 1 el otro o no el otro, y cuestión 2 ella o no ella. A estas dos cuestiones cuatro soluciones, a saber solución 1 él sin ella sin el otro, solución 2 él con ella sin el otro, solución 3 él sin ella con el otro, solución 4 él con ella con el otro. Ahora bien para él en este punto con el otro excluido y por lo tanto excluidas las soluciones 3 y 4, quedan pues la 1 o la 2, sin el otro con o sin ella, así que por qué no con, no estaba tan mal, y sería casi como antes, excepto que mientras tanto habría habido eso. Ahora bien eso precisamente problema, porque para él con el otro excluido, para ella sin el otro excluido, de eso él está seguro, sin necesidad de preguntarle, a ella quiero decir. Por lo tanto, si para ella sin el otro excluido, entonces exclusión de las soluciones 1 y 2, quedan pues la 3 y la 4, ya excluidas. Así reconsiderar su postura. Para él la solución 4 absolutamente excluida porque las cadenas la puerta cerrada la llave arrojada al río. La solución 1 excluida también ya que para él ninguna ventaja y para ella excluida absolutamente. La solución 2 en vista de los hechos y en ese estado de las cosas para él casi ideal pero para ella lo contrario. En cuanto al resto endiabladamente problemático porque admitiendo que él lo propone por una sabia combinación de sentimientos y de chantaje siempre seguirá habiendo eso y el peso y la culpa de eso, una culpa que dado que sería él quien la habría llevado a ella a esa solución recaería automáticamente sobre él, lo quiera ella o no lo quiera, lo diga ella o no lo diga, y por tanto no sería jamás como antes, ya que incluso si ya no hubiera el otro lo que después de todo sería un gran alivio habría eso sobre la conciencia de él y por lo tanto también de otra manera la jaula la ventana cerrada la llave arrojada al estanque, la culpa y el dolor además. Queda pues la solución

3, ideal ni para él porque sin ella ni para ella porque sin él, pero concebible de todos modos porque para ella el otro y por lo tanto no eso, y para él como sin ella el otro la verdad tampoco, puesto que el otro se queda con ella eso está claro, así que incluso si de alguna manera el otro en todo caso no los barrotos la puerta de hierro la llave colgada de su clavo y eso pues tampoco porque ni la culpa ni el dolor, excepto el dolor de sin ella pero eso a largo plazo soportable sobre todo teniendo en cuenta las otras opciones, lo mismo que para ella a largo plazo también si no de inmediato. Solución pues que si no es perfecta al menos sin duda la menos peor, dada la situación, así que casi elegante a su manera, dado el dilema, más en todo caso que la solución 2, solución menos peor para él como se ha dicho, pero ciertamente más peor para ella, y sin duda más más peor para ella que sería más menos peor para él, si este tipo de gradación de lo peor pudiese medirse con semejante precisión eso es ciertamente lo que quedaría constatado, de donde se concluye que la solución 3 absolutamente la menos peor, quedando consideradas como excluidas las soluciones 1 y 4, la 1 por ella como por él, la 4 por él absolutamente aunque para ella solución ideal llamada en adelante nadar y guardar la ropa. Dicho lo cual tiempo para hablar porque a fuerza de no reflexionar y luego de reflexionar el tiempo pasa, maldito tiempo, y el otro empuja, maldito el otro, aunque por qué no maldita la otra, a fin de cuentas no podemos saberlo, pero aquí la lengua española, con todo el peso de su historia y sin pedir permiso, zanja la cuestión del mismo modo que hace con los plurales mixtos, así que el otro él y no la, puede que sea un poquito arbitrario, pero así son las cosas, la culpa es de la lengua española, de haber sido en inglés habríamos escrito *it* desde el primer momento. Hablar pues, una conversación como tantas otras. Ahora bien, quien dice una conversación dice una escena, es una convención del género. Una conversación que tiene lugar en un parque, junto a un estanque gris, en medio del tronar de los automóviles y los tranvías que pasan justo al lado, entre dos hileras de árboles como castaños, reconocibles por sus hojas en forma de berenjena y sobre todo por las castañas que hay por el suelo. Estamos en otoño y las hojas ya amarillas de los árboles como es el caso de los castaños caen y cubren el suelo y flotan en las aguas grises del estanque y son zarandeadas en tromba por los automóviles y los tranvías que pasan justo al lado, y ellos sus tristes pasos pisan las hojas amarillas y marrones y alguna que otra castaña y numerosas vainas, las verdes recién caídas y las marrones de ayer o de anteayer, sacudidas de las ramas de los castaños por niños traviesos que recogieron del suelo las castañas para sus tirachinas, de ahí que no tantas, pero dejaron las vainas, de ahí que numerosas. No así no marcha. Digamos más bien una estación de metro, por ejemplo la estación Maiakovskaya del metro de Moscú, al azar, con sus hermosos mosaicos ovales a lo largo de todo su techo abovedado, aviones, aeronaves, paracaidistas, jóvenes deportistas radiantes de salud y alegría soviéticas, hasta el fondo de la alargada sala donde está el busto del poeta, maldito busto, maldito poeta. Caminan, ella con la mirada avergonzada y doliente fija en el hormigón de la plataforma, él con el rostro alzado hacia los mosaicos, los fragmentos de colores atrapados entre los arcos, esa inocencia imaginaria. No así tampoco marcha. En realidad están sentados porque pensar en eso les ha cansado demasiado como para caminar. En un parque por la noche en un banco rodeado de borrachos chillando, o si no en un restaurante al lado de un acuario sórdido, o los dos, es decir del parque al restaurante para huir de los borrachos y después de la comida del restaurante en el parque, de hecho qué importan estos detalles escénicos, lo que cuenta es que están sentados y hablan, o acaso están sentados y callan, o acaso caminan y hablan, o acaso caminan y callan, o acaso él camina de un lado a otro y calla y ella está sentada y con la mirada avergonzada y doliente fija en la mesa y también calla, o acaso es él quien está sentado y calla con el rostro alzado al techo, y ella quien no deja de dar vueltas y calla también, o del mismo modo

pero hablando, él caminando ella sentada, o ella caminando y él sentado. O si no otra variante se escriben cartas y se las entregan o acaso las dejan encima de un mueble diciendo Mira, he escrito, lee. Lo que cuenta es que se comunican, una vez han terminado de no reflexionar y después de reflexionar, salvo cuando no se comunican, pero dada la situación esa no-comunicación ya lo es, una comunicación quiero decir. El otro dicho sea de paso mientras ellos lo hablan o no lo hablan vive su vida de otro, cinco milímetros y el corazón sístole diástole, sin duda seis milímetros el tiempo de que acaben de hablarlo, tendrían que darse prisa. Así que él le explica las cuestiones 1 y 2 y las soluciones 1 2 3 y 4, siendo que la 1 no presenta el menor interés ni para ella ni para él y estando la 4 excluida por los motivos que ya sabemos, quedan pues la 2 y la 3, donde la 2 eso y el peso y la culpa de eso que no dejaría diga ella lo que diga de suponer una carga para él, así que la 3, la solución menos peor, pero en tal caso sorpresa, ya que para ella la 3 queda excluida, si no él entonces el otro tampoco, si el otro no entonces él tampoco, no el otro sin él, eso es así, de modo que si la 3 entonces eso y la 3 en realidad es la 1, el otro no y ella sin él, él sin ella y sin el otro, entonces mierda, todo al traste, vuelta a empezar. Así que si la 3 excluida por ella hasta el punto de confundirse con la 1, la 3 de él supondría automáticamente como quien dice la 1 para ella, y la 4 llamada por ella nadar y guardar la ropa para él fuera de toda discusión porque la jaula la sogá al cuello la llave arrojada al pozo, queda la 2 es decir para que conste él con ella sin el otro entonces eso crece, y rápidamente. Pero eso para ella un horror una basura a cuatro patas y sangre en el suelo, no, y por otra parte si él con ella por qué no el otro, cuál es la diferencia, impertinente lógica de mujer. Así que él le explica la celda la puerta cerrada la llave, ella entiende pero el otro en los campos verdes los ríos qué hacer. Nada de campos ni de ríos para el otro para el otro la aspiradora y la sangre en el suelo, o si no sí los campos el río, pero sin él, la solución 3 para que conste, pero no porque no él entonces no el otro, solución 1, a cuatro patas la caja de cerillas la sangre en el suelo, y además no él, la desgracia absoluta. Queda pues la 4 que para que conste es la así llamada nadar y guardar la ropa. Y eso requiere de una conversación. En tales circunstancias difícil avanzar ya que habiendo él analizado a fondo las soluciones 1 2 3 y 4 a las preguntas 1 y 2, lógica elemental, estaría dispuesto a sacar conclusiones, ahora bien cuando él le habla de él ella le habla del otro y cuando él le habla del otro ella le habla de él, transformando así la solución 3 en 1 y la solución 2 en 4, la así llamada nadar y guardar la ropa, para que conste aunque suponga repetirse un poco. Ella entonces que le vuelva a explicar por qué la 4 excluida, por qué él y el otro a la vez imposible, y él que le vuelve a explicar los barrotes en la ventana la puerta con triple vuelta la llave arrojada en medio del Atlántico, y ella que dice Pues no los campos verdes los ríos, y él que responde Qué me importan tus campos y tus ríos, el problema no es ese, el problema es el horror, y ellos que se dan cuenta de que en el fondo ya no estaban de acuerdo, porque en el fondo ella abrigaba la esperanza, la maldita esperanza, es una cita lo habréis notado, que eso sería menos malo de lo que era antes, que sería un avance hacia lo menos peor y el otro también, y que por malo que sea para el otro malo siempre sería menos malo que eso, lo peor sería menos peor que nada, vil optimismo porque él seguía firmemente convencido de que malo había sido y eso sería peor aún, y sin duda peor aún más allá de lo peor imaginable, porque la imaginación tiene sus límites, pero lo peor no, y que el otro seguiría siendo una historia de ratas enjauladas, mierda, otra cita, basta de citas, vuelta a empezar, puesto que el horror está, no vale la pena aumentarlo, no vale la pena enviar a otro a primera línea de fuego y seguir así perpetuando el horror, era mejor dejarlo ahí. Ahora bien ahí es precisamente donde estaba el otro, sí, eso él lo había entendido perfectamente, y por lo tanto para que el otro no ahí había que pasar por eso, sí, eso él también lo había entendido, pero para él eso era menos peor que la jaula y la

llave y también las ratas y la primera línea de fuego para el otro pobre inconsciente con sus sístoles diástoles, así que venga, solución 2, pero para ella no, para ella la 2 era una basura y las cuatro patas y el otro en la caja de cerillas y sangre por todas partes por todas partes por todas partes, de acuerdo, así que vuelta a empezar, solución 3, nada de basura ni de cuatro patas y también nada de jaula ni de llave, los campos sí, todo, excepto que él lejos de todo eso, solución como se ve si no ideal en todo caso la menos peor ya que minimiza los costes para todos, para ella nada de sangre, para él nada de barrotes, para el otro los ríos, único problema ella no quiere, sin él entonces sin el otro, eso es así, ella es terca, así que mierda. Vuelta a empezar. Ella ella qué quiere ella quiere nadar y guardar la ropa es decir para que conste la solución 4, pero eso está fuera de toda discusión y ella no puede imponerlo, porque antecedentes la culpa es suya, si está el otro cuando no debería estar es que hay una culpa, y la culpa es suya, de ella quiero decir, en ese punto todo el mundo está de acuerdo, ella no lo hizo a propósito pero aun así hubo error y del error el otro, así que culpa, la suya, de ella quiero decir, tema solucionado, pasemos al siguiente. Habida cuenta la falta quedan cuatro soluciones, es decir la 1 la 2 la 3 y la 4 definidas más arriba si no se acuerda vuelva a leerla, siendo la 1 interesante para nadie y la 4 así llamada nadar y guardar la ropa excluida por él, en toda buena lógica y si no es lógico no es nada quedan la 2 y la 3. Ahora bien, tan pronto como él le habla del otro ella le habla de él y pasa de la 3 a la 2 y tan pronto como él le habla de él él habla del otro y pasa de la 2 a la 4, lo cual es astuto pero él dice que no y vuelta a empezar. La 3 ella no quiere si la 3 entonces la 1 la taza del váter la sangre y además no él. Queda la 2 pero la 2 es también eso es también la aspiradora la taza del váter la sangre en el suelo yo en cuatro patas mi amor a la basura mi amor en la caja de cerillas el horror situación que seguro que usted se ha dado cuenta más allá de cualquier tipo de cuestión sentimental tendría asimismo el efecto de transferirle a él la culpa de ella, como se indicaba más arriba, si lo ha olvidado vuelva a leerlo, porque la falta inicial es ella todo el mundo está de acuerdo pero una vez la falta cometida existe la solución 4 así llamada nadar y guardar la ropa, y si no la 4 entonces la 2 con la caja de cerillas y las cuatro patas, volveremos sobre eso, la 3 excluida porque ella no quiere si 3 entonces 1, sí pero él no quiere la 4, ah eso no es lo mismo ah bueno de acuerdo, volvamos a la 2, la taza del váter y la sangre y el resto a ella le parece bien, ella dice sí para la taza del váter, pero nada que hacer, la culpa pasa a ser de él, puesto que falta la hay puesto que para ella eso es las cuatro patas y la sangre, el horror, sí pero el otro para él es también el horror, la jaula y las paredes y las ratas, ah eso no es lo mismo ah bueno de acuerdo, está en tu cabeza y la caja de cerillas no está en tu cabeza si tú tienes razón lo haré así que solución 2 pero que sepas el horror ah sí el horror y por lo tanto la culpa desplazada la culpa mía primero pero dada se convertirá en la culpa tuya segundo y peor aún pues todavía no dada pues no obligatorio pues elección pues existe otra solución la solución 4 como tú la llamas la de nadar y guardar la ropa como tú la llamas pero entiendo que la excluyas sí entiendo la jaula y todo eso sí yo entiendo y la culpa es mía así que la solución 2 como tú la llamas porque no la 3 como tú la llamas pues yo sola no podría yo sola será igualmente eso así que desde el momento en que tú excluyes la 4 la de nadar y guardar la ropa como tú la llamas será eso una basura el amor de la basura sangre por todas partes pero lo haré y no te culparé cariño la culpa no recaerá sobre ti cariño sólo tienes que estar seguro, seguro de la habitación cerrada con llave y la llave arrojada a la alcantarilla, seguro de las ratas enjauladas y conozco la cita, seguro que cualquier cosa será también peor que nada, seguro de todo eso porque si tú estás seguro así es como será la aspiradora querido y nuestro amor a la basura querido y yo tu amor a cuatro patas en la sangre tratando de volver a poner mi amor querido en una caja de cerillas en mí querido en mi cuerpo

vacío así que tienes que estar seguro, seguro de tu golpe, si no lo estás queda la 4 la de nadar y guardar la ropa como tú la llamas.

Otoño, 2002

RELATO SOBRE NADA

La idea de este relato se me ocurrió el otro día. Conducía yo por la autopista del norte; el sol, una bola de fuego que atravesaba la palidez del cielo, todo lo aplastaba con su luz y su calor, y, medio aletargado por ese inmenso cielo de verano, yo flotaba insensible al filo de quedar dormido. No sabía adónde iba; a decir verdad, no estaba seguro de si estaba conduciendo o bien si, acostado en ese calor inmenso sobre el rectángulo sin sábanas de mi colchón, soñaba que conducía, o incluso si no estaba teniendo ese sueño de conductor adormecido que conduce, las manos inertes en el círculo de cuero negro del volante. Mientras dormía, me decía: habría que escribir sobre esto y nada más, ni sobre la gente ni sobre mí, ni sobre la ausencia ni sobre la presencia, ni sobre la vida ni sobre la muerte, ni sobre las cosas vistas u oídas, ni sobre el amor, ni sobre el tiempo. Para empezar, el asunto tenía toda su forma. Obedeciendo una señal con un triángulo, salí de la autopista y me dirigí hacia el mar. Los aparcamientos se sucedían, monótonos, llenos de coches calentándose al sol. Finalmente advertí una pista un tanto aislada y la tomé. Llevaba a un trozo pequeño de playa, no demasiado limpia pero casi vacía: no había más que unas pocas personas vagueando que habían extendido los coloridos cuadrados de sus toallas, desnudos y relucientes, expuestos a la rabia del sol o bien medio escondidos bajo los discos irrisorios de las pequeñas sombrillas; me pareció buena idea, así que me desnudé yo también y entré en el agua. Estaba tibia y blanda, y en lugar de despertarme, esa extensión monótona, batiente, henchida de un gran rumor machacón aún me adormeció más, envolviendo mi cuerpo aletargado en el sinuoso juego de sus formas y de sus sonidos. Desnudo, flotaba de espaldas, la cabeza llevada por las olas, los ojos ciegos bajo el cielo triunfal, perforado en su cenit por el fuego sombrío e insaciable del sol, y soñé que nadaba hacia alta mar, tranquilamente, con paciencia y ritmo, desplegando al tiempo que la reservaba la fuerza de mis músculos contra la inercia de esa inmensa masa informe, maliciosa, agitada por una violencia plácida e incesante; de vez en cuando, metía la cabeza bajo el agua, y, los ojos cerrados contra el mordisco de la sal, perdía toda noción del espacio, me sentía zarandeado, abrumado, una sorda angustia sobrecargaba mis miembros que parecían agitarse como algas, sin fuerza alguna ni poder, cada uno separado de los otros e incapaces de encontrar un conjunto que hubiese servido para darle un sentido y una dirección a este movimiento; el aire en mis pulmones se iba viciando, me molía las costillas; luego un balanceo de las olas a la contra me echo hacia el cielo, la boca abierta formando un círculo a ras de las olas, azotada por copos de espuma, y volví a mis movimientos regulares, forzando un camino a través de ese desierto sin fin. Eso duró mucho rato, hasta que oí una voz, una joven que emitió una gran risa cristalina: «Que no, idiota, no estás nadando, estás soñando que nada. ¿Acaso sabes nadar?» — «Pues claro», quise protestar: ahora bien, por más que abrí bien los ojos no vi a nadie.

Ahora me viene a la cabeza que ese mismo día unos camaradas me habían propuesto celebrar el aniversario de mi nacimiento; pero yo ya no recordaba la fecha, ni siquiera, por si fuera poco, el signo bajo el que había nacido. Así estaba: ni triste ni contento, ni abierto ni reservado, curioso ante todo pero sin interesarme por nada; conocía a mucha gente, pero no me relacionaba con nadie. No era mi culpa; si acaso de quienes me habían educado, o de mi naturaleza viciosa, o

incluso de un golpe en la cabeza, en medio de la niebla, fue una noche de otoño, en una montaña alta y oscura.

En cuanto volví a la ciudad, me crucé con un conocido. Bajaba por una gran escalera que iba a dar a una explanada vacía y rectilínea, con su traje claro resplandeciente al sol; para verlo mejor, me puse la mano en visera, y él estalló en una sonrisa con dos filas de pequeños dientes regulares y brillantes entre sus labios granate mientras me tendía la mano y me tomaba por el hombro: «¿No te acuerdas de mí? Pero si somos amigos desde hace mucho». Se puso a hablar conmigo de todo y de nada en un tono desenfadado. Resultó un tanto sorprendente: yo pensaba que había muerto hacía años. «¡Qué va! No que yo sepa, mira.» Todavía permanecimos un rato charlando en aquellas escaleras; él seguía agarrándome por el hombro amistosamente, sus ojos reían. Yo también me reí, y antes de irme a casa le di la mano.

Al abrir la puerta, me vi en el espejo, un gran espejo redondo apoyado contra la pared que reflejaba el rectángulo horizontal del colchón rayado, también él apoyado en el suelo, y el vertical de la puerta abierta, rojo por fuera, blanco por dentro. En el espejo, la figura enmarcada por los montantes de esa puerta me miraba, sonriendo apaciblemente; me pareció bastante hermosa, aunque de una belleza vaga, indefinida, turbia. Al caer la tarde, presioné el interruptor: la luz brotó, cruda y viva, de una bombilla desnuda colgada sobre el colchón, igualmente desdoblada en el espejo redondo. El espejo, de vidrio picado y parcialmente corroído, se lo había comprado a un vendedor de antigüedades, y me gustaba muchísimo. Debía de tener un defecto que yo no había advertido; con el tiempo, desde el reborde fue creciendo misteriosamente una grieta; luego una segunda fisura empezó a apartarse de la primera formando una pequeña V en la base del espejo, muy parecida al pubis de una mujer; finalmente, una larga línea horizontal acabó por tachar esa V. En cuanto al espejo, seguía mirándome, impasible, un ojo lóbrego de cíclope mudo. A veces lo ponía sobre el colchón y me acuclillaba a lo largo del borde, apoyándome en las manos; dependiendo del ángulo, veía mis rasgos sorprendentemente abstractos, muy distantes, o sólo la bombilla colgante del techo, o incluso nada, nada en absoluto, como si no se tratase de un espejo sino de una fosa abierta y luminosa, ligeramente violácea, recortada sobre mi cama, en la que podría haberme precipitado de cabeza hasta desaparecer para siempre jamás. A veces también me ponía ropa interior femenina -medias, unas finas braguitas negras de encaje, un sujetador con relleno-, acompañada a veces de un vestido fino, o a veces sin él, y contemplaba largamente esa hermosa forma femenina, elegante, con clase, de músculos finos y bien definidos, con una piel blanca bajo la cual serpenteaban unas venas gruesas e hinchadas de sangre, y en esa imagen perdía toda noción de tiempo, de lugar, de mi persona o de mi pensamiento. Que un par de oropeles comprados de prisa y corriendo en el súper bastaran para hacer una mujer, una verdadera imagen de mujer, era algo que me asombraba, un sortilegio, magia pura. Nada perturbaba esa felicidad. Sin embargo, una vez me sucedió algo curioso: en el rincón de mi cuarto, un niño decía suave aunque distintamente: «No deberías hacer eso». Yo no sabía quién era ni qué hacía allí, pero le respondí con benevolencia: «¿Por qué?». — «Preferiría que no volvieses a hacerlo.» Yo lo contemplaba sonriendo, tiernamente. En el disco del espejo, el encaje arácnido realzaba los riñones arqueados de la figura que en él se reflejaba, se sumergía entre sus nalgas; más abajo, otra cinta le cercaba el muslo. Yo seguía mirando al niño rubio, inmóvil y terco en su rincón, los puños apretados a lo largo de las piernas; al final, sin quitarle los ojos de encima, tendí la mano

lentamente hacia el interruptor, presioné, y todo aquello, niño y forma femenina, círculos y rectángulos, se desvaneció en la oscuridad.

También me gustaba salir así a la calle, con esa ropa interior de encaje debajo de la ropa: eso me procuraba una sensación extraña, ligera y flotante, como si los dos sexos a la vez se pasearan en mi cuerpo a través de la ciudad. Sentado ante una bebida fría, en la terraza de un café en una plaza pública, observaba a las mujeres que pasaban, imaginaba sus ropas, tan ligeras y flotantes como mis sensaciones, lo que llevaban debajo, encaje o tejidos finos, que a menudo dejaban entrever: para ellas, esas delicadas capas sobre su cuerpo no añadían nada, no quitaban nada, eran simplemente mujeres, desnudas o vestidas, con o sin artificios, incluso vestidas de forma grosera, o como hombres, seguían siendo mujeres; esas piezas de tela, que tan inquietantes me resultaban a mí, eran para ellas tan naturales como su propia piel, aquella era apenas la textura de sus vidas, puede que una cosa agradable y mimosa, pero de la que podían prescindir: a lo sumo, de vez en cuando, sentían un cierto placer cuando se quitaban lentamente esa ropa interior ante el ávido deseo de un hombre. A mí me transformaban completamente, hacían de mí una libre oscilación alrededor de la cual flotaban libremente mis deseos, cuestión de todo o nada, y que sólo quedaba fijada para luego separarse y convertirse en su contrario y luego regresar o marcharse, y yo ya no sabía si era hombre o mujer, a menos que me lo dijese. Eso me volvía extrañamente movedizo y me encantaba. Pero también podía ser nada más que un sueño, como ese otro sueño en el que yo intentaba descifrar las notas que había tomado al despertar de un tercer sueño, una larga historia maravillosa, lo mismo que esta. Veía las palabras, algunos dibujos garabateados con prisa, intentaba recrear ese sueño perdido que huía de mí sin piedad pero con exactitud, como los granos que van cayendo de un triángulo al otro en un reloj de arena; se me escapaba como se me escapa este relato. A decir verdad, nunca me quedó del todo claro si estaba durmiendo o despierto, también eso tenía que decírmelo alguien. Pero a la realidad nunca le falta voluntarios dispuestos a fijarla, por muy arbitrariamente que sea, como ese amigo, el de las escaleras, el que debería haber muerto pero me tiraba del brazo con una sonrisa: «Entonces, qué, ¿estás durmiendo?». Se sentó delante de mí y pidió, bebió, pidió de nuevo. «Tengo algo para ti -dijo-, te conozco, te gustará.» Se sacó un disquete del bolsillo y lo dejó encima de la mesa redonda. «¿Qué es esto?» — «Ya verás, ya verás.» Se levantó y se alejó sin pagar; eso me gustó, me alegró ver esa confianza, esa libertad, esa ligereza. El disco, que era plateado e iba en una fina funda cuadrada y transparente, quedó encima de la mesa, al irme lo dejé olvidado; apenas había dado unos pasos cuando la camarera me agarró por la manga para devolvérmelo. Tenía una sonrisa hermosa, la piel morena y sedosa: también ella portaba su cuerpo con naturalidad, como si no fuese un milagro.

Subí a mi torre alta y cuadrada, suspendida sobre la ciudad. Al fondo, detrás de los últimos edificios, el mar, de un gris metálico, se alzaba como una larga muralla bajo el pálido cielo de verano; cada vez que pasaba un barco grande, podría pensarse que volaba lentamente más allá de la ciudad. El cielo aparecía tachado por las horquillas entrecruzadas de numerosas grúas azules o verdes; a la derecha, la masa redonda de una pequeña montaña ocultaba la línea del mar. Encendí mi ordenador e inserté el disquete que me había dejado mi amigo. Se trataba de una breve película pornográfica, realizada claramente no por profesionales sino por las personas que en ella aparecían, dos hombres y una mujer, así como un cuarto, el que manejaba la cámara y que nunca aparecía en pantalla. De los dos hombres, el primero era todavía joven, de cuerpo macizo y con el

pelo rapado; el otro ya andaba metido en una grasa peluda, y ostentaba unas grandes patillas, un tanto anacrónicas, a juego con el bigote. En cuanto a la mujer, llevaba medias negras y un antifaz rojo, y su cuerpo un tanto grueso mostraba ciertas señales propias de la edad; cuando bajaba la cabeza, su barbilla formaba grandes pliegues con su cuello; pero tenía un cabello magnífico, negro y vigoroso, sujeto con una goma a la altura de la nuca. Los dos hombres le acariciaban el cuerpo; luego el más joven empezó a besarla mientras el otro le pasaba la verga por los labios. Ella gemía suavemente, llevada por el placer aunque atenta también a la escena. La relación entre los personajes me intrigó: tenía que haber un marido, al menos un amante titular, me parecía una ley del género, pues estaba claro que no se trataba de una chica pagada para darle placer a los dos hombres sino al contrario, quien estaba al servicio del placer de la mujer eran los hombres, aunque algo en la actitud de todos ellos, sobre todo en la de ella, pasiva en su disfrute, sugería que no era ella quien había organizado la escena, más bien otro, que compartía así su placer, la había organizado para ella. Pero ¿quién era él? ¿El gordo de las patillas, más abierto, menos ávido en sus gestos que el joven, o acaso el que manejaba la cámara, cuyo objetivo seguía centrado en el cuerpo de la mujer y en lo que a ella le sucedía? Aunque no podía descartarse que fuese otra mujer quien manejaba el aparato. Eso sí, a esos cuatro actores había que añadir un quinto, figura principal de la películita: la mirada. Ella era la que controlaba toda la puesta en escena. Por supuesto, estaba también la del hombre o la mujer que sostenía la cámara y miraba la escena a través de su visor, y la mía, que la contemplaba en la pantalla del ordenador; pero también se veía implicada la de las tres figuras desnudas sobre las sábanas verdes, desdoblada no sólo por la espera de la película por venir, sino allí mismo, de un modo más inmediato, por un gran espejo que ocupaba toda la pared junto a la cama, y donde se iban observando por turnos. En cierto momento, un hombre -¿el gordo, o el que filmaba?- pronunció una frase en una lengua que no entendí, puede que italiano o acaso un dialecto local, y esa frase me pareció que significaba: «¿Te gusta lo que ves?», porque la mujer, a quien el joven seguía besando, se miraba atentamente en el gran espejo siendo besada y filmada. «Sí, sí», jadeó ella; y la cámara ya no filmaba los tres cuerpos entremezclados sino sólo su reflejo en el espejo, donde la mujer, abandonada a su placer, sus ojos como canicas negras en la máscara roja, se miraba excitada, la boca abierta, la lengua fuera como la de un toro agotado por el inasible trapo rojo del matador, obscena y hermosa en su obscenidad. Así se estuvo contemplando durante un buen rato; luego, volvió lentamente la cabeza hacia el falo ofrecido a su boca. Después la cosa continuó, la movían, la tomaban por turnos; ella se dejaba llevar por sus brazos y sus cuerpos, por sus ávidos sexos, pero también se observaba constantemente en el espejo, como para asegurarse, Sí, soy yo, esa puta sublime de ahí soy yo, con ese pelo y ese cuerpo tan firme y tan femenino, siendo tomada por esos dos tipos, ah qué placer. Los hombres también se miraban, mas con astucia, a veces con sorna. Todo terminó de forma ritual, con su esperma en la boca de la mujer, su rostro, su máscara, sus senos, un breve disfrute terriblemente pobre después del de ella, que desbordaba esa películita de menos de veinte minutos.

Esas imágenes, tan torpes y banales, me exacerbaron de alegría: llevado por el éxtasis, como por la suavidad de un melocotón maduro, me sentía como flotando sobre el suelo. Fuera, ahora era de noche, las luces de la ciudad brillaban ante un cielo y un mar que se confundían en un único plano, vasto y negro, sin fondo. Volví a visionar la película varias veces; cada vez me perforaba la mirada, paralizaba todos mis deseos, por lo general tan lábiles, en un único punto ciego ante el

cual me hallaba yo como petrificado, sin aliento. Sin embargo, tal como no tardaría mucho en descubrir, no se trataba más que de un ejemplar más bien chapucero de una serie más amplia, realizada en cadena por una productora un poco más astuta que las demás; sin embargo, tal certeza no cambiaba nada, absolutamente nada: aquellas imágenes seguían siendo lo que eran, congeladas en la repetición eterna de su perfección tan violentamente humana. Dejé de salir de mi habitación, casi no me movía del colchón; apenas lograba levantarme ante el apremio de una necesidad urgente. Comer, beber, ni siquiera pensaba en ello; sin duda estaba enfermo, pero poco más sabía al respecto que lo que pudieran haberme dicho; no obstante no venía nadie, allí estaba yo solo en medio de mis espejos deformantes, que alteraban no la imagen que devolvían, sino a aquel a quien en ellos se miraba. Fue de nuevo el mismo amigo el que al final me dio, por teléfono, este sabio consejo: «Deberías ir a un médico». De hecho, de médico, tenía derecho a dos, dos mujeres delgadas y rígidas en sus largas batas blancas, una todavía joven y muy perspicaz, la otra claramente mayor y también más locuaz. «Decididamente, no le veo buena cara», dijo con gestos de pájaro. Juntas, me obligaron a desnudarme, me examinaron, me palparon, me escrutaron por turnos los orificios del cuerpo, con unos comentarios que a mí me resultaban crípticos pero que para ellas tenían sin duda mucho sentido. Al final, terminé acostado bocabajo, la médico de mayor edad, que se había puesto unos guantes de látex, me separaba delicadamente la raya de las nalgas, y ambas mujeres se inclinaban sobre mi ano como asomándose a un pozo, departiendo tranquilamente acerca de lo que allí veían. Me despidieron con unas medicinas que eligieron yo creo un poco al azar, y yo me las tomé, también al azar, más o menos desde este convencimiento: si mi estado mejora es que son buenas; si empeora, malas.

A pesar de mi estado de preocupación, volví a ver la película. Finalmente llegué a una conclusión: lo que tanto me había absorbido no tenía que ver con la vista, en realidad el origen de mi emoción, tan vívida ante esa escena, estaba en el oído. El descubrimiento lo hice por casualidad; con un gesto en falso le quité el sonido al ordenador, y resulta que mudas, aquellas imágenes no eran más que gesticulaciones grotescas. En cambio, me bastó cerrar los ojos y escuchar los gemidos, los bufidos, las palabras entrecortadas, superpuestas, las respiraciones irregulares, para volver a quedar atrapado: fue un hallazgo deslumbrante, casi cegador, pero aun así, limitado, pues el eco de esos sonidos, que en un primer momento abría el camino, terminó igualmente por constituir un obstáculo insalvable, elástico pero infranqueable; de nuevo me sentí rechazado, atrapado en sus redes, brutalmente devuelto a mí mismo, hasta el punto que todo volvía a empezar, en un vuelco desquiciado que no hacía más que arraigarme en mi imposibilidad.

«¡Ven con nosotros!», me había dicho mi amigo de forma perentoria: ¿cómo rechazar semejante orden? Fue así que terminé con toda una compañía en otra ciudad, que estaba sumida en sus fiestas. En las calles reinaba un enorme alborozo, protagonizado por una multitud alegre y sobreexcitada, enloquecida tanto por la libertad de que disfrutaba esos días como por el sol, el alcohol, las risas y el desordenado bullir de los cuerpos. Nosotros caminábamos sin rumbo; cuando nos apetecía, bebíamos vino fresco, de pie en la calle o apretados en unas terrazas abarrotadas. Entrada la tarde, mi amigo declaró: «Ven, vamos a ver la corrida de toros». Pero antes necesitaba un puro, así que entré en el primer estanco que encontré y allí el comerciante me gritó: «Un puro, vale, pero ¿cuál? ¿Cómo lo quiere?». — «Como usted prefiera, siempre que dure seis toros.» Ya en la plaza, nos apretujamos en las gradas de piedra; a nuestros pies se extendía el

ruedo, un disco pálido rodeado de rojo por una sólida barrera de tablas pintadas. Nada perturbaba su calmo mandato, ni los gritos y gesticulaciones de la multitud, ni la música siempre renovada de la banda, ni tampoco el desarrollo, medido a la par que frenético, de las figuras que iban trazando y desvaneciendo unos hombres en traje de luces alrededor del toro, monstruo negro, brutal y rebosante de vigor, y sin embargo tan rápidamente ultimado. Al arrastrar las mulas el cuerpo, la sangre dibujó sobre la arena una larga coma roja; rápidamente, se acercaron unos hombres con sus rastrillos y la borraron, para que nada perturbase la superficie plácida en que se reflejaban la gloria y el triunfo del matador de toros. Todo me encantaba, tanto los gestos acogidos con una ovación rugiente, como aquellos que recibían abucheos, y le prestaba tanta atención a la larga ceniza de mi puro como al cuerno de la bestia, que aparecía y desaparecía en los ondulantes pliegues de los capotes rosa y amarillo. Ahora irrumpía desde el fondo de la arena el quinto toro de la tarde. Al parecer, el hombre que habría de matarlo era famoso por su talento, la pureza de su estilo y sus movimientos. Cuando el toro se detenía, resoplando, nervioso, confundido, él lo citaba desde muy lejos, casi desde el otro lado del círculo rojo, para acercarse luego con pasos menudos, tenso y combado, animando a la bestia con la voz y el capote para que embistiese, algo que siempre terminaba haciendo; entonces, inmóvil, los dos pies juntos y el busto echado hacia atrás con orgullo, el hombre hizo fluir tranquilamente al animal a su alrededor, como una corriente de mar que bordea una roca. Por supuesto, me habían explicado las reglas del juego: nada obligaba al hombre a quedarse allí, ofreciéndole la tripa y los riñones a un cuerno que, a veces, pasaba lo suficientemente cerca como para engancharle los dorados del traje; era una cuestión de etiqueta, que en tales asuntos lo significaba todo; la herida o la muerte no eran cosas a tener en cuenta. Precisamente, el hombre se disponía ahora a matar al toro; puesto de puntillas, vuelto de perfil, apuntó a la nuca con su larga espada curva, recto entre los cuernos de una bestia agotada, perdida aunque todavía furiosa; la mano izquierda con el trozo de franela roja cruzada delante de su cuerpo, se sumergió con destreza; un instante más tarde rebotaba entre los cuernos, un títere deshuesado, una muñeca de trapo, grotesco en su hermoso traje dorado, como si fuese a permanecer allí colgado para siempre, al tiempo que sus asistentes se abalanzaban sobre él gritando y agitando inútilmente sus capas. Al final cayó al suelo, los hombres alejaron a la bestia, otros quisieron llevarse al herido; «No pasa nada -parecía decir mientras se levantaba y recuperaba el estoque, que alguien le alcanzó-, no pasa nada». Volvió a plantarse delante del toro. El rostro, las manos, el traje solar cubiertos de sangre; arqueado, de perfil, sostenía su estoque levantado con las yemas de los dedos, en un triángulo perfecto con su brazo, como para saludar a su adversario, y lo miró con sus dos ojos negros y redondos, vacíos de todo pensamiento más allá de la perfección del gesto que ahora retomaba, unos ojos que miraban a la bestia que iba a matar como habrían mirado un espejo. Luego hubo un gesto tajante y enseguida le estaba dando la espalda al toro, que se tambaleó, arremolinado en el ballet de las capas que le ponían bajo el hocico, el estoque plantado hasta la guarnición; caminaba hacia la barrera roja sin volverse hacia atrás, mientras el animal se desplomaba pesadamente detrás de él, las cuatro patas en el aire, alzadas al cielo.

Esa noche terminé en un sótano; al fondo, sentados en simples sillas de madera, los pies plantados en la tarima, unos hombres vestidos de negro tocaban música. Era muy bonito; pero a decir verdad, lo que más me gustó fue la cortina que había detrás de ellos, una larga cortina plisada de terciopelo granate, iluminada con una luz brillante. Me ofrecieron una bebida,

igualmente roja y servida en una copa alta, no supe muy bien qué era, seguramente vino; yo estaba sentado a una pequeña mesa redonda, en compañía de varias personas, no sabía muy bien quiénes eran; mi amigo debía de estar por allí, a menos que se hubiese ido. Al poco salieron unas chicas al escenario, llevaban unos largos vestidos negros constelados de lunares rojos, como enormes lunas sangrientas punteando un cielo nocturno; bailaban con gestos rígidos, aunque de una rigidez extrañamente flexible, formando cuadrados, círculos, para luego deshacerlos; cuando, rectas y orgullosas, giraban sobre ellas mismas, sus amplias faldas revoloteaban alrededor de sus piernas delgadas y musculosas, desplegándose en unas coronas fluidas, parecidas a la rueda que tira el arrogante matador a su espalda cuando pone fin a una serie de pases que han dejado al toro de rodillas. Destacaban sobre la cortina roja como sombras, daban vueltas y más vueltas entrechocando sus tacones, que se volvían más visibles a causa de esos sonidos cadenciosos y de las figuras que dibujaban, unas figuras estáticas y casi torpemente encadenadas, a la manera de los pases de capa mal hilvanados de un novicio todavía inseguro de su bestia, que por sus cuerpos borrados detrás del tejido de los vestidos llenos de lunas; solo el sudor, que humedecía sus axilas, visible cuando alzaban los brazos para hacer serpentear las muñecas y chasquear los dedos, recordaba a veces su materialidad. Yo me iba embriagando lentamente; pero al mismo tiempo, me di cuenta de que, igual que los gestos del torero en el centro del círculo rojo de la arena, igual que los movimientos de las bailarinas en el rectángulo de la escena, esa embriaguez era también una forma de comunión, el paso al otro lado que, de forma insensible, abre el camino del mundo de la muerte, revelándole a quien lo encara que ya se hallaba en él, que estuvo allí siempre.

Regresé a la arena; bajo el aro resplandeciente del sol, la barrera roja brillaba, su gran curva cortada al bies por la línea de la sombra. Sin embargo, de un círculo pasé a otro: porque, sumergiendo mi mirada en el que formaba el ruedo, al final me encontré encarado no al toro y a su cuerno, sino a mí mismo, a mi rostro pálido y lánguido, reflejado en el redondel esmerilado del espejo de mi habitación; y la carne que ensartaba el cuerno de la bestia, cuando pillaba al desafortunado matador por el triángulo muscular en el interior del muslo, casi por casualidad y del mismo modo que me sucedía a mí, cuando a veces enganchaba el triángulo suave y vulnerable de una muchacha que la suerte ponía en mi camino, está claro que en cierto modo no era otra que la mía, ofrecida desnuda, sin ninguna protección, ni esa risible que suponía la ropa interior de encaje, ni la protección resplandeciente y soberana que suponía el fabuloso traje de luces, solamente, tal vez, el del deseo sin fin, revoloteando aquí y allá como una muleta agitada por el viento, oropel sangriento, inasible, irrisorio, que confundía todas estas formas en un gesto imposible, para separarlas por siempre.

En mi habitación, pasé largas horas descansando, acostado sobre mi colchón, las cortinas echadas pero el gran ventanal abierto, dejando correr la brisa sobre mi piel desnuda. Con la cabeza hacia la pared, el espejo redondo me recordaba su presencia; ya no reflejaba mi cuerpo, su círculo estaba colmado por los pliegues oscuros e inflados de la cortina, incesantemente agitados por el viento. Cuando algo me apetecía, me levantaba. El agua, desplegada al fondo ante mis ventanas, me atraía; de pronto la deseaba desesperadamente, sin moderación posible, aunque era un deseo que no traía aparejada ni la paciencia necesaria para abandonar la ciudad otra vez, ni el valor para hacer frente a las muchedumbres y al ruido y a la suciedad de las playas a pie de calle. Ahora bien, un poco más lejos, en el montecillo, solución sencilla a tales dificultades, había una

piscina, y para llegar, el metro. En una parada se sentó a mi lado una pareja joven, primero el chico, luego, a horcajadas en su regazo, de espaldas a su pecho, la chica. Ella llevaba una especie de mono blanco de pantalones cortos, y se comía un plátano con voracidad; de perfil, le veía las pecas, parecía bastante ordinaria, pero vivaz y sonriente. A él no lo veía en absoluto: acariciaba con la mano el vientre de su amiga, y con cada movimiento su brazo peludo y sedoso rozaba el mío, como si en ese gesto afectuoso participásemos los tres, como si quisiesen incluirme con ellos sin ponerse de acuerdo, y yo, yo estaba encantado, les estaba agradecido por esa presencia amistosa. La chica se había terminado el plátano; aprovechando una nueva parada, saltó del vagón para ir a tirar la piel, luego volvió a meterse dentro rápidamente, y entre risas volvió a ponerse entre las piernas del chico, que reanudó sus quehaceres. Su imagen se reflejaba en el rectángulo de la ventana opuesta, yo miraba a la chica, ahora tumbada en los brazos de su hombre, abandonada en todo su peso, feliz. En la piscina, un amplio cuadrado azul a cielo abierto que dominaba la ciudad, sumergí alegremente mi cuerpo en el agua fresca y clara; mientras chapoteaba o descansaba apoyado en el borde, podía recorrer con la mirada la vasta extensión de edificios, las pilas de cubos que un niño torpe había amontonado sin orden alguno, o bien, si me dejaba llevar de espaldas, podía perderme en la inmensa cúpula vacilante del cielo. A mi alrededor resonaban las risas, los gritos de alegría, los ruidos de agua; los cuerpos desnudos brillaban al sol; justo al lado, en otra piscina, unos niños audaces y graciosos intentaban saltos acrobáticos desde unas plataformas altas y escalonadas. Siempre se tiraban juntos, las chicas con las chicas y los chicos con los chicos; su temeridad me maravillaba: yo no habría sido capaz en la vida de tan hermosos, precisos y valientes movimientos. Salí del agua, todavía goteando me senté a una pequeña mesa redonda y pedí una copa de sorbete de lima; dejé que el sol me secase mientras saboreaba el hielo y observaba a los niños tomando el baño. Dos niñas se habían colocado al borde de la plataforma más alta, de unos doce metros de altura, de espaldas a la piscina, los brazos a lo largo del cuerpo, sus pequeños músculos definidos y tersos: sin ponerse de acuerdo, se dejaron caer al vacío, recto hacia detrás, como tablas; suspendidas en el aire, desplegaron los brazos formando una punta delante de sus cabezas justo a tiempo para abrirse paso a través de la superficie del agua como una flecha poderosa. Enseguida otros niños ocuparon su lugar entre risas, yo me terminé el sorbete bien contento, saboreando con cada cucharadita la espera que me separaba de volver a tirarme al agua.

Mi amigo me invitó a celebrar su cumpleaños. Al llegar al portal del edificio, llamé varias veces al número indicado: al final, me respondió una señora que me pareció mayor con una voz delgada, casi inaudible: «No es aquí». «¡Pero es la dirección que me han dado!» — «Lo sé, no es usted el primero. Pero no es aquí.» — «¿Y entonces, dónde?» — «No lo sé.» De hecho, era el apartamento de enfrente, al otro lado del pasillo; esperé fumando en la calle a que llegase otra gente que pudiese indicarme el camino correcto. «¡Ah, has traído bebida, ¡genial!», exclamó mi amigo, desoyendo mis protestas por su error: «No es nada, no es nada». El apartamento era pequeño, la multitud densa y ruidosa; la gente bebía, hablaba, no había música. Yo no conocía a casi nadie; en realidad, aparte de a mi amigo, no conocía a nadie. Pero la gente estaba borracha y excitada y no era difícil relacionarse. Estuve charlando con una chica rusa que bebía mucho y reía con una risa quebradiza aunque simpática; en uno de sus brazos blancos llevaba una serie de cicatrices, unas tachaduras grandes y desiguales, ella aseguraba que se las había hecho ella misma, cómo y por qué, no lo entendí bien. Aunque quizá no quiso decirlo. Llegó una mujer gorda

y rubia, bastante vulgar, y la besó; era su madre, ya borracha, acompañada de un hombre mucho más joven que ella con una perilla cuidadosamente recortada. «Mi suegro», se burló la joven rusa; yo seguía bebiendo. En el pasillo, otra mujer, creo que era la señora de la casa, me cogió por la nuca y me besó la boca. Yo la aparté suavemente. «¿No? ¿No quieres?» Me miraba con desenfreno, como enloquecida. — «No -contesté sonriendo con amabilidad-, no quiero.» — «No pasa nada», replicó ella, y siguió pesadamente hacia la cocina. En el salón, la madre de la joven rusa soltó una risa gutural mientras agitaba sus pechos lechosos ante la mirada deslumbrada de su compañero. Su hija estaba sentada a una mesa baja; en compañía de dos amigas (dos gemelas aparentemente idénticas, aunque bastaba intercambiar un par de palabras con ellas para advertir sus caracteres sorprendentemente opuestos, una dulce, atenta y paciente, la otra áspera, casi rabiosa, y que alimentaba un resentimiento sordo que oscurecía cada una de sus palabras), tomaba cocaína indiferente a su madre, que jugaba con el pelo rizado de su amante y bebía. Ella también bebía, metódicamente, ya debía de estar completamente ebria y sin embargo se mantenía lúcida, clara, amistosa. Probablemente yo también estaba muy ebrio. Ella me hablaba mucho; sin embargo, no parecía especialmente interesada en mí, a veces desaparecía repentinamente en medio de una frase y me dejaba con sus dos amigas o con el mío. Yo intentaba hablar con este último, pero resultaba absolutamente incoherente, no entendía nada. Su hermano, que era siete años menor pero también celebraba su aniversario -uno había nacido antes de medianoche, el otro después, y así, sin solución de continuidad, pasamos de un aniversario al otro-, asentía con la cabeza y reía quedamente con aire cómplice; de vez en cuando se sacaba del bolsillo una bolsita y vertía cocaína sobre la mesa, mientras con un gesto amplio invitaba a los invitados a que se sirviesen. Yo, en cuanto podía, reanudaba mi conversación con la joven rusa. Su madre había desaparecido, la mujer que había intentado besarme estaba derrumbada junto a la mesa, me miró con mala cara y avidez, yo le respondí con una sonrisa y continué hablando con la joven, que seguía buscando algo que beber. Todas las botellas estaban vacías, ahora cogía los vasos abandonados sobre la mesa para rellenarse el suyo con ellos, mezclando entre risas los diferentes vinos y bebiendo sin cesar. Finalmente, la convencí para irnos. En la calle, el cielo se iba poniendo pálido y ella me arrastró a un bar donde le pagué varias copas; se había pasado a la cerveza, yo seguí bebiendo alcohol fuerte. Curiosamente, cuando me miraba, sus pupilas no sólo reflejaban mi rostro, abotargado y vencido por el alcohol, sino que quedaban como enmarcadas por el reflejo de la ventana que había a mi espalda, dos pequeñas bolas negras incrustadas en dos luminosos cuadrados. Yo traté de convencerla para que se viniese conmigo, pero ella rechazó amistosa y firmemente mis proposiciones; el alcohol y la cocaína la colmaban y hacían vibrar su cuerpo magro con una alegría maléfica; sin embargo, era muy dueña de sus actos y sus palabras: «Eso no se hace así», dijo con una risa límpida, un tanto rota. Yo reí con ella, nos entendíamos de maravilla. Afuera ya era de día. Cuando subí al taxi, me ofrecí al menos a dejarla de camino, pero ella también se negó, hasta que, al final, me empujó en el coche con bastante fuerza. Mientras este arrancaba, se alejó a largos pasos, lanzándome un último saludo con una sonrisa amplia y crispada, frágil, feliz.

No tardé en forjar una auténtica pasión por aquella chica. La llamaba por teléfono, charlábamos, intercambiábamos trivialidades; ella seguía manteniendo la misma distancia amistosa. La invité a la piscina y ella, so pretexto de una alergia al cloro, se negó; nada pudo convencerla de ir al mar. Por la noche, nos emborrachábamos juntos. Ella estaba estudiando

persa: feliz con ese pretexto incongruente, yo disertaba sobre la génesis de las lenguas indoeuropeas, tema que no controlaba mucho pero que me apasionaba. A veces, ella me interrumpía con seguridad y firmeza, y pasaba abruptamente a otro tema sin la menor relación; una hora más tarde, recuperaba el anterior, siempre de forma igualmente abrupta, y a continuación volvía a abandonarlo. Cuando ella hablaba, yo la miraba. Bonita, en realidad, no lo era tanto; pero me encantaba la desenvoltura y la seguridad con que habitaba su cuerpo y su rostro. Su risa estallaba, los vasos y los cubitos de hielo tintineaban, los encendedores chirriaban y chasqueaban, las monedas entrechocaban sobre el zinc de las mesas redondas, oh dulce idilio. Al final de la noche siempre me dejaba de la misma manera, cordial, sonriente, firme y alegre.

La verdad es que la chica a la que yo amaba no era esa, sino otra. Lo había soñado una noche, solo en mi habitación, un largo sueño, tierno y profundo, que de tanta felicidad me había colmado que, cuando desperté, fue como si me hubiesen dado un golpe de espada en la nuca, infligido por el día, con precisión y sin piedad. Era morena, de eso estoy más o menos seguro, morena y llena de amistad y de alegría y de locura; yo no sabía quién era, nunca antes la había visto, sin embargo la conocía, de eso estoy seguro, y también ella me conocía y me esperaba mientras distraía sus días tal como podía, disponiendo libremente de su cuerpo, de su tiempo y de su belleza, que no obstante estaba reservada para mí, su triste príncipe de Aquitania. Ella no hacía nada para agradarme o desagradarme, y a mí me era igual; a sus amigos y amantes, tipos grandes, lozanos y violentos, yo los ignoraba y no los recibía en mi casa. Ya había conocido a otros como ellos, antes, en el este, cuando aquellas guerras sangrientas que parecían fiestas, mientras se mataban unos a otros yo reí y bebí con ellos, preservando mi parte para mí, siempre libre. Quizá por eso me había amado: aunque yo, de su parte, jamás recibí nada, ni para bien ni para mal, ni me concedió ningún derecho ni tampoco me perjudicó; lo que me dio me lo dio libremente, del mismo modo que me lo quitó más tarde, nada tenía yo que objetar, y eso que ardía de los pies a la cabeza, ardía en un fuego de hielo del que luego no quedaba ni ceniza. Al mismo tiempo, yo la engañaba. Había conocido a otra chica, mucho más guapa y simpática, vivaz y divertida y que era mejor. Sucedió con motivo de otra fiesta, una gran fiesta popular, las calles estaban llenas de gente, cuerpos sudorosos, jubilosos y cansados que se dispersaban como gorriones cada vez que cargaban contra ellos aquellos diablos socarrones, armados con unas ruedas de fuego que disparaban a su alrededor enormes haces de chispas, y seguidos por filas de tambores que batían impasibles el compás, frenético, punzante, aterrador; detrás de ellos, se agrupaba la multitud riendo, empujándose, arremolinándose, y todo volvía a empezar. Yo me pasé la noche bailando con esa chica, a la que no conocía de nada; uno tras otro, a nuestro alrededor la gente se fue marchando, vencida por el agotamiento y el alcohol. Por la mañana, la llevé a mi casa, pero en vez de acostarla en la cama, la tomé en mis brazos y, con una carcajada loca, nos caímos los dos en el sofá. La besé, y ella también me besó, riendo y protestando mansamente, acaricié y olisqueé su largo cabello ondulado, su hermoso cuerpo, le besé el cuello, la nuca, la orejita; aun así, cuando mi mano trató de deslizarse bajo sus pantalones, ella me agarró la muñeca con un gesto firme y tranquilo; yo volví a insistir, entre dos besos deslicé mis dedos por aquí y allá, hasta que poco a poco volví al elástico; y ella opuso otra vez una resistencia débil pero implacable. Finalmente, me puse a acariciarla a través del fino tejido de sus pantalones, bajo los cuales aprecié la áspera textura de su ropa interior; ella se dejó llevar, la respiración se le aferró a la garganta y dio paso a un largo y radiante gemido. Yo también estaba contento, darle placer me

satisfacía, seguí masajéandola con delicadeza, ella se movía lentamente debajo de mí, siguiendo en pequeños círculos el ritmo paciente de mis dedos, cerré los ojos y hundí la cara entre su pelo bello y oloroso, muy cerca de su oreja, respirando con todas las fosas nasales la fragancia leve y áspera de su sudor, mientras sus manos descendían suavemente y me desabrochaban el cinturón y los pantalones, sin prisa, botón por botón, y me liberaban la verga para cogerla entre las dos palmas, acariciándola ligeramente, con un movimiento ínfimo, por el simple placer de sentirla bajo sus dedos mientras el placer se apoderaba de su joven cuerpo.

A este relato no hay nada más que añadirle. No tengo muy claro de dónde viene ni sé qué quiere decir, tampoco a quién podría estar destinado; de momento, significa que ya he terminado; sólo me queda enviárselo a alguien que a su vez se lo enviará a otro, más lejos, sin esperanza de un retorno, de una contraclave que pondría fin a mi desposesión. Como mucho, me hubiese gustado que tuviese el sabor de un sorbete de lima, fresco, ligero, acidulado, tomado al sol en una gran piscina, en el agua clara en que sumergen sus cuerpos los bañistas como se sumerge uno en la aspereza de la vida, sin una mirada atrás.

EN CUARTOS

Las carcajadas de los niños me horadaban los oídos y renuncié a leer. Di un suspiro, cerré el libro sobre mi dedo y apoyé la cabeza con desánimo contra el respaldo de la tumbona. Las risas no cesaban, seguidas ahora por un largo grito estridente; desde el interior de la casa se oyó a alguien llamándolos, voces de mujer. Cerré los ojos y traté de concentrarme en el hormigueo de mi rostro templado al sol. Pero fue en vano y volví a abrir los ojos. Estaba sentado al fondo del jardín; a mis pies, la hierba vibraba suavemente, un gran triángulo de luz verde que descansaba contra el verde más oscuro del seto y los árboles grandes y frondosos que recortaban su silueta contra el cielo blanco, sus hojas agitadas por una brisa ligera. Por mi espalda se acercaba una caótica cabalgata llena de gritos de alegría; un niño se acercó a mi silla, tiró al suelo la mesita sobre la que descansaba mi copa, afortunadamente vacía. Volví a suspirar, puse los pies en el suelo y me incliné para enderezar la mesa, recoger el vaso y ponerlo encima. El libro también lo dejé allí, su encuadernación de tela color menta destacaba sobre la madera oscura de la mesa como un pequeño rectángulo luminoso. No muy lejos, los niños corrían por el césped dando gritos; un poco más allá, una niña rubia con un vestido amarillo mostaza los observaba pensativamente, acostada bocabajo y apoyada en los codos, con una larga brizna de hierba entre los dientes. Los rodeé a todos y entré en la casa. A diferencia de durante el día, los cuartos parecían sumidos en la oscuridad, así que, ciego por un instante, pestañeeé y caminé a tientas hacia el largo pasillo. El sol penetraba al bies a través de las altas ventanas y trazaba finas láminas de luz sobre el suelo encerado. Indeciso, paseé mis dedos por el papel pintado color crema, con motivos florales entrelazados de filetes dorados, y luego me detuve ante una reproducción enmarcada en la que aparecía una dama arrogante, de tiempos pasados, tenía un rostro pálido y severo como una máscara de marfil ajena a cualquier sentimiento, los secretos de su cuerpo escondidos para siempre. Al fondo del pasillo, otra vez se escucharon las risas de los niños, se estaban acercando; todo parecía sólido, demasiado sólido para mi gusto. Entré en una habitación, cogí un libro al azar y me senté en el borde de la cama. Sobre el armazón de la cama, hecho de latón, colgaba un cuadro, esta vez era una obra original que representaba a un grupo de personajes vestidos de marrón, de rosa y de blanco, dispersos por un jardín sombreado. Había allí una joven sentada que miraba fijamente al espectador; otra sonreía y apoyaba la cabeza y las manos, que tenía cruzadas, sobre el hombro de un hombre vestido con una chaqueta; la tela de su fino vestido de verano, pintado con maestría, permitía adivinar un cuerpo flexible dispuesto en una curiosa torsión, con una pierna debajo de la otra, como si fuese a dar la vuelta de un salto para hacer volar su vestido alrededor de sus caderas. Abrí el libro y lo hojeé, distraído por los gritos que se oían tras la puerta, penetrantes chillidos de alegría mezclados con risas infantiles a las que, de vez en cuando, venían a unirse algunos retazos de voces más adultas, divertidas o enojadas, al principio cercanas tanto unas como las otras aunque luego más alejadas, perdidas en las profundidades de la enorme casa. Entró un niño, un muchacho rubio con el pelo corto, también él buscaba un libro. Ni siquiera me miró, lo observé en silencio mientras él rebuscaba en la biblioteca, apartando bruscamente los volúmenes que no le convenían hasta que, finalmente, hizo su elección y salió sin decir una palabra. ¿Era hijo mío? Con toda sinceridad, no sabría qué decir. Miré las páginas del libro, pero las palabras flotaban ante mis ojos vacías de sentido. Al final lo dejé sobre la colcha bordada y

también yo salí, enfilando el pasillo hacia el gran salón. Una niña, puede que la de antes, puede que otra, vino hacia mí a toda velocidad, golpeando el suelo con sus pies descalzos; me dio un golpe en la pierna, estalló en una carcajada, y continuó su carrera sin detenerse. En el salón, el chico rubio leía sentado a una mesa, entre dos grandes ventanas por las que entraba un chorro de luz; su cabello dorado brillaba, pero su cara seria y concentrada quedaba en la sombra, no pude ver sus ojos, que estaban fijos en las páginas abiertas. Delante de él, encima de la mesa, había un gran bol de frutas; sin levantar la cabeza, alargó la mano y se apoderó de una ciruela, se la llevó a los labios y la mordió, sorbiendo su jugo. Un poco por encima de su cabeza, entre una ventana y la otra, colgaba un lienzo enmarcado en madera sencilla con una joven pensativa que llevaba una blusa rosa, sentada a una larga mesa, un melocotón en su mano. La decoración interior, muy blanca con muebles oscuros y discretos, se asemejaba a la de donde estaba yo; pero esa chica de mirada serena y a la vez juguetona tenía en él su lugar, mientras que yo vagaba como una sombra entre aquellos cuartos llenos de vida. No muy lejos, en un largo sofá de cuero color burdeos, había dos jóvenes sentadas con un gato, charlando y tomando el té: «¿Has visto el tiempo?». — «Sí, dicen que va a llover.» — «Quién lo diría, ¿verdad?» El gato se estiró ronroneando y, de pronto, se volvió a dormir, su cabeza puntiaguda sobre las patas alargadas. Yo avancé un poco, hasta el centro de la gran alfombra roja que llenaba la habitación, ellas siguieron hablando sin prestar atención a mi presencia, yo vacilé, resiguiendo con el pie los motivos negros y blancos y entrelazados de azul de la alfombra, luego me dirigí casi reculando hacia el gran aparador que había al fondo del salón para servirme también yo una taza de té. Todavía estaba caliente; tomé la pesada tetera de cerámica y soplé sobre la taza escuchando distraído el palabreo de las dos mujeres; mi mirada se paseó por las diferentes pinturas que adornaban la habitación, pasando de una a otra, volviendo luego hacia atrás, para terminar posándose otra vez sobre el niño del pelo soleado. Absorto en su lectura, no le prestaba la menor atención a cuanto lo rodeaba, ni a mí ni a las dos mujeres que charlaban y reían, una de las cuales quizá fuese su madre. A pesar de recorrer las líneas impresas del libro, la mirada del chico sólo percibía un flujo de imágenes interiores, mucho más verdaderas y apasionantes para él que todo lo que había en la casa; al mismo tiempo, vivía su vida de niño en perfecta armonía con el entorno, los grandes cuartos de la enorme casa, aireados y luminosos, eran como una extensión de su pequeño cuerpo, tan variados y misteriosos como sus estados de ánimo. En cuanto a mí, yo miraba a esas personas que me rodeaban, las miraba atentamente, pero quedaban fuera de mi alcance, como una imagen atisbada a través de una pared de cristal; por más que acercase la cara, no lograba penetrarla, romper esa superficie invisible o, al revés, sumergirme en ella como en una extensión de agua fría, y detrás de ella, las cosas, iguales a ellas mismas, aparecían ordenadas en una especie de tranquilidad muda, un armonioso arreglo de colores, de luz y de movimientos, que organizaba en una sola imagen, pacífica pero inaccesible, tanto al niño rubio como al gato dormido, a las mujeres charlatanas y a la muchacha del melocotón.

En la comida, todo siguió igual. Los niños gritaban, se quejaban, reían, volcaban sus vasos sobre la mesa, se limpiaban la boca con la manga o se frotaban los dedos grasientos en el pantalón, las mujeres los regañaban, los limpiaban, luego volvían a servirles, todo ello en medio de un estruendo continuo de cubiertos, vajilla, y ruidos de masticación. Si quería vino, tenía que esperarme a que alguien sirviese a otra persona para intentar cazar unas gotas al pasar, mi vaso tendido a través de la mesa; para comer, pinchaba al azar con la punta del tenedor en los platos

que tenía cerca, una alubia por aquí, un trozo de carne por allá, nadie parecía darse cuenta. De vez en cuando, aprovechando una breve pausa en la conversación, yo aventuraba tímidamente una frase, pero pasaba desapercibida mientras el flujo de palabras y de gritos continuaba sin cesar. Los niños se levantaban con un terrible ruido de sillas, salían a jugar, luego volvían a mordisquear algo allí de pie hasta que alguien los obligaba a sentarse de nuevo, bebían dejando que el zumo se les escurriese por el mentón y la camisa, rebuscaban en el plato con las manos hasta dar con cosas que no les gustaban y echarlo en el plato de su vecino, luego se levantaban de nuevo de un salto para volver a sus juegos, inmunes a cualquier requerimiento. Cuando el postre, todo el mundo se dirigió al salón con su porción de pastel; yo, abrumado, me comí rápidamente los restos que se iban dejando en los platos de mi alrededor. En el salón, iban llegando visitantes, les servían bebidas alcohólicas y cigarros pequeños mientras entablaban una conversación entrecortada de bromas y fórmulas de cortesía; yo busqué una silla para, por lo menos, sentarme y escuchar, pero fue en vano, no había ninguna libre, más valía retirarse. Así me vi en un gran cuarto de baño blanco y azul; tres niñas chapoteaban entre risas en una gran bañera llena de espuma, intenté pasar pero ellas se pusieron a agitar los brazos y a dar chillidos, a tirarme unos grandes chorros de agua a través de la habitación, y eso me obligó a retroceder para que no me empapasen. El niño rubio, por su parte, tocaba el piano en otra habitación, una cancioncilla bastante simple cuyas notas iba desgranando al tiempo que marcaba los tiempos en voz baja. Yo quise alargar la mano para tocar algunas notas; sin darse cuenta, él cerró la tapa sobre mis dedos y se largó en un rápido tronar de pasos. Volví a abrir el piano e intenté esbozar el principio de una pieza, pero mis dedos entumecidos ya no recordaban el gesto. Sobre el piano, el retrato de un anciano de aspecto noble y un tanto amargo me contemplaba con un aire de reproche, sus labios prietos como para decirme que yo, allí, no tenía sitio. Preso de la fatiga, decidí acostarme; pero no sabía dónde dormir: visité varias habitaciones, todas igualmente limpias y hermosas, finalmente elegí una al azar. Me desvestí al pie de la cama, doblé la ropa con cuidado y la coloqué en una silla; al deslizarme bajo las sábanas, advertí el reflejo de mi cuerpo en el gran espejo redondo que colgaba enfrente de la cama, un cuerpo blanco, aparentemente bien hecho, pero que me resultaba completamente extraño. Apagué la luz y me tumbé de lado, una mano bajo la mejilla, la otra recogida contra el pecho. Pero no logré conciliar el sueño. A través de la puerta de madera seguían llegando los gritos de los niños, ruidos de pasos, trozos de voz. Parecían llegar desde todos los lados de la casa, pasaban de un sitio a otro, se alejaban, luego volvían todos juntos a precipitarse sobre mí. La alegría se había transformado en ira, oí llantos, frases bruscas y entrecortadas aunque no supe de qué se trataba. Luego todo se calmó, luego volvió a reavivarse, hasta que al final las voces se volvieron más ligeras, más alborozadas. Una mujer reía a carcajadas, un hombre se unió a ella, también los niños reían tranquilamente en un rincón. Un poco más tarde, seguía sin dormirme, la puerta se abrió y de la lámpara salió una luz fuerte. Apreté los párpados y hundí la cabeza en la almohada. A mi lado, alguien se desvestía, oí una tela arrugarse, luego el sonido de un cepillo sobre unos cabellos largos. Al final la persona se metió en la cama a mi lado, me dio la espalda y apagó la luz. Por el olor, comprendí que era una mujer; su cuerpo, cálido y suave, se entregó enseguida al sueño, su respiración se fue igualando, luego se vio tomada por un ronquido muy ligero. Irritado, me volví de espaldas y abrí los ojos. Poco a poco, estos se fueron acostumbrando a la oscuridad; girándolos a un lado, logré discernir a duras penas la curva de las sábanas, echadas sobre del hombro de la mujer, y la masa oscura de su cabellera. Volví a mirar el techo, escrutando en la penumbra las largas vigas de roble y la araña, cuyas facetas de vidrio tallado y brazos de cobre amarillo desprendían unos vagos reflejos de luz. La mujer dormía a mi lado sin moverse, las

sábanas subían y bajaban al ritmo regular de su respiración. Y yo seguía sin conciliar el sueño, mis pensamientos, preocupados, se negaban a concedérmelo. Al final, cuando vi tras la ventana que el cielo se aclaraba, me levanté silenciosamente y me vestí en la penumbra. La mujer se había vuelto y puesto boca arriba, yo adivinaba su brazo bajo la sábana, tendido sobre el vientre, la mano metida entre las piernas. Salí y cerré la puerta lentamente. Enseguida me perdí en el desorden de los cuartos: en uno ellos, dormían cuatro niños en literas, sus cabecitas apenas emergían de entre las sábanas y los numerosos peluches; en otro roncaba una anciana, acurrucada en una estrecha cama de hierro colocada contra la pared; más lejos aún, había una pareja, la cabeza de la mujer escondida en el hueco del hombro del hombre, la sábana bordada echada a un lado, dejando a la vista un seno blanco con la gran aréola rosada, un seno lechoso en comparación con el busto más oscuro sobre el cual reposaba. En los pasillos, ya aclarados por el día, los cuadros polvorientos destacaban en la oscuridad, dibujando unos pequeños rectángulos de color sobre las paredes cubiertas de un tejido crudo, verde espárrago y blanco roto, realzados con marrón o con oro. Al final di con la salida de aquella casa adormecida, me deslicé por la puerta y la cerré con cuidado para no molestar a nadie.

El portal se cerró tras de mí con un ligero clic y emergí a la palidez del alba. Después de pasar los camiones de la basura, la calle todavía estaba húmeda; a lo largo de la acera, las hojas aún vacilantes de los plátanos enmascaraban el cielo blanquecino, estriado de amarillo y reflejos anaranjados. Caminaba a buen paso, examinando con placer el cemento de la acera, aplicado a grandes pinceladas, como dando golpes con la brocha, luego ensanchando mi mirada para incluir los grises de la calzada, las fachadas de las casas, y los troncos jaspeados de vainilla de los plátanos, el verde anisado de las hojas en el resplandor de la madrugada, el rojo coral, el azul marino, el amarillo canario o el blanco de las carrocerías de los coches aparcados. Cuando llegué al edificio, inserté mi llave plana en la cerradura, colocada a una cierta altura de la pesada puerta de madera, y la empujé con todas mis fuerzas para desplazarla y acceder al estrecho pasillo de la entrada. Empecé entonces a sentirme más vigoroso: recuperé solidez, mi cuerpo se reencontró con sus formas y sus límites, volvía a ocupar el espacio. Ante mí se alzaba la puerta de un vecino permanentemente ausente, pintada de verde oliva; a mi derecha, la escalera de madera de color lavanda, cubierta con una vieja alfombra de terciopelo rojo fijada a los escalones por unos pequeños raíles de latón, conducía al entresuelo, donde estaban mis puertas. Allí vacilé ante la de la izquierda, pintada de negro, y la de la derecha, de un rojo carmesí; pero mi cuerpo revigorizado me recordó sus propias exigencias, así que di media vuelta y volví a salir a la calle, en busca de un bar abierto. Un poco más arriba había una placita bordeada de plátanos; un camarero con chaleco negro a rayas doradas disponía sobre la acera las mesas redondas de mármol verdoso y las pequeñas sillas de mimbre color paja, trenzadas de rojo y negro, dos de las cuales ya estaban ocupadas por unos hombres con abrigos oscuros. Uno de ellos leía el periódico, su titular, del que yo sólo llegaba a leer la mitad, hablaba de un país conocido por su hostilidad hacia nosotros; el otro levantó brevemente la cabeza: bajo el reborde de su sombrero blando, unas gafas de pasta con el cristal tintado ocultaban su mirada. Entré en el café, mientras el camarero les servía dos tacitas blancas, y pedí yo también un café y unas tostadas con mantequilla, las degusté lentamente en el mostrador, me tomé un segundo café y me fumé un cigarrillo, disfrutando felizmente del sentido recobrado de mi cuerpo.

Afuera, a la vuelta de la esquina, vi una sombra detrás de uno de los plátanos. Fui por ella y la agarré por la muñeca: «¿Qué quieres? ¿Qué haces aquí? ¿Me estás espiando?». Ella me miró con desprecio y aire travieso, e intentó soltarse el brazo, pero yo la sostuve firmemente. «Ven conmigo.» Sin soltarla, la llevé de vuelta al apartamento, ella me siguió sin rechistar hacia la puerta azul, que destacaba de lejos en medio de la sucia fachada de ladrillo del edificio. Al abrirla, noté que la pintura se estaba descascarillando: Habría que darle una mano de pintura, me dije al empujar la puerta, tal vez con un color que combine mejor con el de la escalera. Tiré de la chica, que seguía sin protestar, encaré las escaleras hacia el rellano estrecho, donde, delante de las dos puertas, otra vez dudé. Al final, me decidí por la de la izquierda, la negra. La habitación estaba a oscuras, encendí la luz: todo, los muebles, el suelo, el atillo elevado de la cama, estaba cubierto por unas grandes lonas de plástico, sucias pero translúcidas. Una de las lonas cubría un taburete formando un bulto sobre el cual había colocado un juego de construcción, un conjunto de piezas rojas, amarillas, azules, negras y blancas, el único toque de color en esa habitación gris y abandonada, como a la espera de unas reparaciones postergadas de forma indefinida. Hice una mueca y contemplé la ventana, detrás de la cual brillaba débilmente la pared blanca del pozo de aireación interior. «Bueno, la otra habitación, entonces», admití finalmente con pesar, sin mirar a la chica que seguía callada. Esta estaba más despejada, lo reconocí sin dudarle; la ventana, aquí, daba a una pared de ladrillos, tan cercana que casi podía tocarla, pero la habitación, larga y estrecha, no parecía oscura, la encontré a mi gusto. Las paredes eran claras, antes debían de haber sido blancas, pero el tiempo las había salpicado y ensuciado, incluso se veían trazas indistintas de color, y estaban cubiertas de imágenes, fotografías, recortes de periódicos, viejas impresiones en sepia, páginas arrancadas de libros, clavadas o pegadas allí con celo amarillento. Quién pudo haber reunido semejante cantidad de imágenes, no tenía ni idea, tal vez otro inquilino, puede que yo en otra época, difícil decirlo. Cerca de la puerta se alzaba una tabla de madera clara, asentada sobre unos caballetes metálicos, con unos cuantos libros encima, la mayoría con las tapas arrancadas, y algunos fajos de papel; al otro lado, una mesa de centro redonda con una silla ocupaba el espacio de delante de la cama, tan ancha que sólo dejaba un paso muy estrecho para acceder a la puerta del baño, pintado del mismo rojo que la puerta de entrada. Le dije a la chica: «Toma, acuéstate ahí». Ella, con una risa de niña, me rodeó y atravesó el suelo caoba como si no tuviese pies; cuando estaba delante de la cama, se giró en un movimiento fluido y se dejó caer hacia atrás, los brazos en cruz, esparciendo su cabellera de un rubio veneciano sobre la extensión lila de las sábanas, todo ello sin quitarse el chubasquero verde manzana, que descubría unas piernas morenas y esbeltas. Yo me senté a la mesa redonda, me serví una copa de una botella que andaba por allí y me encendí un cigarrillo. La chica estalló en una carcajada cristalina y se levantó de un salto. «¡Eres gracioso!», se reía. Dejó caer su chubasquero sobre la cama; debajo llevaba un vestido de verano muy corto color berenjena, puede que de muselina, que apenas le llegaba a la parte superior de los muslos. Se pasó los dedos por la tupida cabellera, cortada medio larga, y dio un paso saltarín hacia delante. Yo alargué la mano para acariciarle el muslo al pasar, pero ella la esquivó con un gesto suave, y mis dedos apenas rozaron el tejido fino y rizado del vestido mientras ella se deslizaba detrás del escritorio y se ponía a jugar con los papeles, hojeando distraídamente los fajos. «Deja eso», gruñí, divertido. — «¿Por qué no me ofreces algo para beber?», preguntó sonriendo, sin quitarle el ojo de encima a los papeles. Yo le serví un vaso y se lo llevé; ella tomó un sorbo y, de repente, alzó hacia mí sus grandes ojos oscuros, profundos, sonrientes. «¿Me preparas un baño?» — «Abre el agua tú misma», repliqué yo de mala gana, volviendo a la mesa redonda. Ella rompió a reír, se levantó y volvió a cruzar la habitación,

desabrochándose a la espalda los clips del vestido, el cual, tras un gesto brusco, fue a parar junto al chubasquero verde, encima de las sábanas. Aparte del vestido, sólo llevaba unas pequeñas braguitas de tul salmón, casi transparentes, yo contemplé la larga curvatura de su espalda, el brillo de su piel dorada, su cuello delgado bajo el pelo corto. «¡Eres un grosero!», me dijo, y luego se dio la vuelta con las manos en las caderas. «¿Te parezco hermosa?», continuó, redoblando su risa. Sus pezones marrones se alzaban sobre los senos pequeños, podía adivinar su espeso vello púbico bajo el fino tejido de las braguitas, ella se ahuecaba el pelo con las dos manos y sonreía con la boca muy abierta, joven, espléndida y orgullosa. Yo no respondí nada, feliz simplemente de verla. «¡Grosero!», repitió ella sin dejar de reírse. Abrió la puerta del baño y se entretuvo con algo al lado de la bañera esmaltada; de los grandes grifos blancos comenzó a salir agua. Yo la observaba a través de la puerta entreabierta: vi cómo se enderezaba y se quitaba las braguitas, alzando el pie hacia atrás, luego el otro; luego desapareció de mi vista y oí un chorro, esta vez más fino y agudo que el de la bañera. Mientras el agua seguía fluyendo, eché una ojeada a las fotografías que cubrían las paredes. Había imágenes extrañas, una mujer embarazada caminando con orgullo ante unos soldados puestos en fila, una aglomeración de hombres amontonados con el puño alzado y con una manta a rayas al hombro, dos hombres con trajes negros de pie frente a una cerca, con un paraguas multicolor en la mano y la parte inferior de la cara cubierta con una máscara quirúrgica. Una de ellas me llamó especialmente la atención: un soldado asiático, en medio de una multitud con trajes orientales de época, completaba espada en mano un súbito movimiento, al tiempo que la cabeza de un condenado, de rodillas ante él, salía despedida de sus hombros entre una densa surgencia de sangre. Era la captura perfecta de un doble instante, practicada a la manera de un deporte: el instante en que la hoja corta el cuello en un gesto perfeccionado, sincronizado con el instante en que el dedo del fotógrafo presiona el disparador; el momento de la ejecución armonizado con el de la fabricación de la imagen, la imagen soñada, inaudita, producida, en su repetición banal (porque de ese tipo de imágenes había cientos, yo eso lo tenía claro) del instante de la muerte de un hombre. Aún sobre los hombros, la cabeza vacilaba, su boca deformada en un grito mudo, sus ojos cerrados ante la inasible evidencia; como también vacilaba la vida del condenado, suspendida una vez más y para siempre del breve clic del obturador. La chica, desnuda, había salido del baño y andaba por delante de la cama cepillándose los dientes vigorosamente, como una niña, con una ligera espuma blanca en los labios. Me lanzó una mirada, sonrió a través de la espuma, luego volvió al baño. Yo acabé de fumarme el cigarrillo, contemplando una vez más la imagen del chino decapitado, luego fui con ella. Acababa de acostarse en la bañera; el agua, todavía agitada, difuminaba las líneas de su cuerpo, sólo sobresalían de la superficie azulada el rostro estrecho y las puntas de los senos. «Sí, eres hermosa», reconocí tristemente al sentarme en el borde y tantear la temperatura del agua.

En el fondo, la chica no me desagradaba. Era alegre, ligera, a todo decía que sí. Pero había algo en ella que se me seguía escapando. En mis brazos, desnuda, temblaba como un pajarito sacudiendo sus alas, mis gestos obtenían de su cuerpo largos suspiros que se convertían en jadeos sofocados, pero por mucho que la tocase, que la acariciase, que separase sus miembros flexibles para enterrarme en ella, nunca lograba poseerla del todo, y la sensación de ella se me escapaba continuamente entre los dedos. Yo también gozaba, en largas corrientes blanquecinas sobre su piel dorada, luego me acostaba a su lado, la recogía en mis brazos, dormía un poco; al despertar, todo empezaba de nuevo, sin fin, sin desenlace, sin satisfacción. Cuando hablábamos, ella me

respondía, riendo, palabras ligeras como ella, no necesariamente vacías, pero sin consistencia, como una agradable puntuación sobre mis observaciones. Comíamos todo cuanto se nos ponía por delante, en bares o cafeterías elegidos al azar, yo engullía los platos con apetito pero sin discernimiento, para recobrar fuerzas antes de llevarla otra vez a la habitación. A ella todo le daba igual, picoteaba en sus placeres sin preocupaciones, llevada por la ligereza del momento, ávida y al mismo tiempo indiferente. Pero ella no podía rendirme cuentas de nada, y yo nunca llegaba a estar seguro de ella, ni en lo tocante a su cuerpo ni a sus palabras. Sin embargo, en este cuarto con paredes cubiertas de fotografías yo me sentía totalmente yo mismo, una criatura igual a los demás, arreglándoselas con su propia vida según la regla general, como todo lo que es. De este acuerdo tácito sólo escapaba la chica, su presencia seguía siendo una disonancia perpetua, siempre oblicua. Su misma vivacidad la convertía en una aparición, una mariposita que revolotea entre cuatro paredes hasta morir al alba. No es que me hubiese cansado, no se trataba de eso, pero no sabía qué hacer con ella, ni dónde ni cómo colocarla para asegurar un equilibrio aunque fuese transitorio, tropezaba con las aristas de su pequeño cuerpo móvil como con una superficie mal ajustada, incapaz de situarla en el mismo espacio que yo, aunque fuese por un momento.

Me encontré con mis amigos en el compartimento del tren con una cierta satisfacción. Una de entre ellos me había llamado riendo: «No lo habrás olvidado, ¿verdad? El tren sale mañana por la mañana a las 8.43. Tu billete lo tengo yo.» — «¿Qué tiempo hace allí?» — «No lo sé. Siguen anunciando lluvia, pero de momento hace buen tiempo.» Al cerrar la puerta roja de la habitación, me di cuenta de que no había cogido ninguna bolsa; en cuanto a la chica, no sabía muy bien dónde estaba, tal vez se hubiese quedado en la cama sin darme yo cuenta, o a lo mejor había salido antes que yo, no lo sé. Delante de la puerta de mi edificio había dos hombres con trajes oscuros: uno, su pie apoyado sobre un escalón, anotaba algo en un cuaderno, el otro me retuvo un momento para pedirme fuego. De camino, pasé junto a unos edificios grandes y modernos, unos ensamblajes de cubos de tonos azules, marrones y óxido, en los que los cristales armonizaban con unas placas de metal para formar largas franjas verticales, recortadas en partes distintas de anchura desigual. El tráfico se activaba, me crucé con un montón de gente, hombres y mujeres que corrían al trabajo, perdidos en sus pensamientos; sólo de vez en cuando, de hecho muy raramente, una joven levantaba los ojos y me sonreía, yo entonces se la devolvía. En el vestíbulo de la estación, reinaba una alegre efervescencia; mis amigos se intercambiaban libros en el compartimento que habíamos reservado; yo fui a la cafetería del tren a pedir un sándwich y me instalé en un taburete. El tren se estremeció en un chirrido, detrás de la ventana empezaron a desfilan los edificios de la ciudad, luego los suburbios cada vez más confusos y sucios, hasta que finalmente dejaron paso a los primeros árboles y a los campos salpicados de cementerios pequeños y hermosos. El cielo era claro, luminoso, estriado por largas estelas blancas; a lo lejos, se ensamblaban algunas nubes que, con sus grandes sombras, cubrían los campos de trigo y de pálida cebada. El destino no lo había elegido yo, sino la amiga que me telefoneó la víspera; había estado elogiando, largamente y ante todos nosotros, uno tras otro, los encantos de la pequeña ciudad de provincias, así como el placer de la multitud que, en esta época del año, llenaba sus calles por la noche: todo, según ella, lo convertía en el destino ideal para nuestra excursión. El hotel también lo había elegido ella: mi habitación era blanca, con una alfombra marfil y una colcha blanca, una silla de cuero negro y, como única decoración, la imagen de un cuadrado rojo enmarcada sobre la cama. La ducha, chapada de blanco y gris, era espaciosa, me puse bajo el agua bien a gusto, lamentando vagamente

que la chica no estuviese allí, porque esa ducha le habría gustado, estaba seguro; mas el pensamiento se fue tan rápido como había venido, y me abandoné al chorro ardiente que martilleaba mi nuca.

Mis amigos querían visitar una iglesia y luego pasearse; yo, por mi parte, elegí el museo y quedé en volver a vernos al caer la tarde. Sobre el laberinto de callejones estrechos que conducían a la plaza del museo, el cielo se iba volviendo gris, pensé que debería haber hecho caso de las previsiones y traerme un paraguas, o al menos un impermeable. El museo, todavía no muy conocido, había abierto sus puertas no hacía mucho: un rico excéntrico de la región, cuya única hija, según se decía, se había ahorcado, legó su colección a la ciudad, así como una fortuna suficiente para garantizar su conservación y exposición. Las salas no eran grandes, pero sí altas y claras, blancas como mi habitación del hotel, lo cual daba una sensación de espacio propicio para el recogimiento. Había pocos visitantes, los escasos sonidos se oían amortiguados, ni siquiera los pasos resonaban en el suelo encerado. Atravesé aquellas estancias alineadas como capillas, paseando mi mirada por las imágenes que había allí colgadas, la mayoría de ellas, en realidad, no me decían nada. Eran cuadros hermosos, pintados con talento y con vigor, las figuras, formuladas según todas las reglas del arte, parecían dotadas de vida y de movimiento, pero no me decían nada, así que seguí mi camino. Al final, me detuve delante de un gran lienzo casi cuadrado, un poco más grande que yo, un fondo rojo sobre el que había pintado un gran rectángulo negro, luego, debajo, otro rectángulo más estrecho, rojo también pero en un tono más oscuro que el del fondo, y más irregular. Ciertamente, era poca cosa, pero lo que me llamó la atención fue que, si se movía para contemplarlos, aquellos rectángulos empezaban a moverse, a avanzar o a retirarse, desmesuradamente. En cuanto yo retrocedía un poco, el rectángulo negro se movía lentamente hacia mí, como si me invitase a unirme a él; pero tan pronto como daba un paso al frente, él retrocedía a toda velocidad y se iba lejos, detrás del fondo, revelándose como un abismo vacante en el que a punto estaba yo de precipitarme. Aterrorizado, amagué con un paso atrás, y de inmediato él se precipitó hacia delante, recuperando al instante su lugar suspendido ante el fondo, abriéndose a mí con una ligera sonrisa muda. El rectángulo inferior, por su parte, se apartaba de una forma más traviesa: por ejemplo, si dabas uno o dos pasos al bies, cambiaba de color, viraba a naranja, un color sordo, un tanto quemado; si no, bailaba de un lado al otro, siempre un poco más retrasado que el gran rectángulo negro. Aquella pintura asombrosa actuaba como si fuese ella la que me miraba, era un rostro sonriendo con seriedad y clemencia, una cara que me miraba mirarla, que me impedía alejarme o incluso mirar hacia otra parte. Tuvo que llegar un guardia y tocarme el hombro: «Señor, es la hora, vamos a cerrar». Liberado por su intervención, me uní a los últimos visitantes que se dirigían a la salida. Afuera, unas cuantas gotas habían punteado, una tras otra, la piedra gris de la acera, una de ellas me dio en la frente, otra en la mano. Justo delante, una tienda cerraba sus puertas; la vendedora me permitió con amabilidad que le comprase un sombrero de fieltro antes de bajar la persiana. En la plaza donde iba a reunirme con mis amigos, la multitud era densa, compacta y ruidosa, ni siquiera las primeras señales de lluvia desalentaban su alegría y su animación. A mis amigos los encontré en la terraza cubierta de un café, pedí una copa mientras se burlaban de mi sombrero, que sin embargo tan útil me resultaba. Bebimos y fumamos; me describieron la iglesia con pelos y señales, yo, por mi parte, me callé, feliz de escuchar la excitada algarabía de sus voces. Al salir del bar, la lluvia arreciaba, entre la multitud, se iban abriendo un paraguas tras otro hasta que empezaron a entrechocar, a tal punto que a veces

tuve que meter la cabeza en los hombros para evitar que me diesen un golpe en el ojo. Poco a poco, en el seno de esa multitud fui perdiendo de vista a mis amigos; al final desaparecieron por completo, y me quedé solo. No me preocupé: La ciudad no es tan grande, me dije, no tardaré en dar con ellos. Caminaba a lo largo de un parapeto de piedra un tanto curvo; yo sabía que detrás corría el río que rodeaba la ciudad, pero de este lado estaba demasiado oscuro como para ver nada. Dos hombres con impermeable se acercaban hacia mí caminando al mismo paso, bajo los grandes paraguas negros, sus rostros resultaban invisibles. Su apariencia me resultó vagamente amenazante; pero cuando llegaron a mi altura, se alejaron sin decir una palabra, pasando por un lado y el otro, y reuniéndose de nuevo a mi espalda. Más adelante, la calle subía, se ensanchaba y conducía a un gran puente de piedra que conectaba esta orilla con la parte nueva de la ciudad; a la entrada del puente, decidí retroceder y escogí un estrecho callejón que se dirigía hacia la zona alta. Pero tampoco allí encontré a mis amigos. Bajo los árboles, susurrando furtivamente y formando pequeños grupos, vi numerosas figuras turbias vestidas con largos abrigos; coches con los cristales tintados iban y venían en un incesante ballet, a veces uno de ellos se detenía a la altura de uno de los grupos, se abría una portezuela, entonces intercambiaban unas palabras, o bien se subía un hombre, cerraba la portezuela, y el coche se iba. Sobre las calles y las plazuelas, brillaban adornos luminosos que colgaban de cables, bajo la lluvia ahora incesante, su resplandor formaba como grandes nimbes ovoides. Aquí ocurren cosas extrañas, me dije, mientras evitaba los grupos de hombres de aspecto inquietante; en cuanto a mis amigos, por más que recorriese las calles, seguía sin hallar el menor rastro, tal como se iba haciendo más tarde, me iba encontrando con menos gente, pero yo, sin embargo, seguía obstinado, recorriendo cada rincón con una creciente sensación de malestar. Fue así como llegué a un pequeño parque acogido por unas casas antiguas, entre las entradas crecían unos árboles altos y antiguos, encaramados sobre unos montículos rodeados por raíles de metal; en un hueco, un tanto retirada hacia atrás, se apreciaba la apertura de una especie de glorieta, accesible a través de unos pocos escalones y débilmente iluminada; metí la cabeza con la vana esperanza de encontrar allí a mis amigos, conversando al abrigo de la lluvia, pero en los bancos de piedra sólo había tres militares, iban vestidos con uniformes de oficial y llevaban las hombreras mojadas; fumaban cigarrillos y hablaban en voz alta sin prestarme atención. «Francamente, exageran», decía uno de ellos con el bigote gris, amarillo de nicotina, estremeciéndose sobre su desagradable boca. — «Sí, es cierto. Nos están provocando», declaró el segundo, levantándose el quepis para rascarse la frente. — «Esta no la podemos dejar pasar», concluyó gravemente el tercero. — «Hay que reaccionar.» Los dejé allí debatiendo y, profundamente desalentado, me dirigí a la calle. Yo sabía que mi hotel no estaba muy lejos; quizá fuese mejor esperar allí, en lugar de deambular bajo la lluvia. Y luego estaban todos esos tipos siniestros, que no me decían nada bueno. Precisamente, delante del hotel había dos de ellos con las manos en los bolsillos; a pesar de la noche y de la lluvia, que seguía cayendo en pequeñas gotas, llevaban gafas oscuras, como si jugasen a los policías, o acaso a los espías. Pasé por la entrada sin detenerme, ellos me siguieron con la mirada pero no se movieron. El callejón bajaba hasta la calle principal; aquí la multitud era de nuevo más espesa, pero igual me pareció ver a uno de los tipos siniestros, plantado bajo un árbol o sentado tras la ventana de un bar. Al fondo de la calle se alzaba la estación; en una hora salía un tren, compré un billete y tomé asiento con alivio, limpiando con el revés de la manga el fieltro mojado de mi nuevo sombrero.

La lluvia estriaba las ventanas del tren; más allá, todo era negro, opaco, inaccesible. Cuando

llegué seguía lloviendo, esta vez un aguacero cerrado y persistente, llegué al apartamento empapado y un tanto pesaroso. La chica, vestida con apenas unas bragas de algodón verde con finas rayas rojas, hojeaba una revista, tumbada bocabajo sobre el rectángulo lila de la cama. «Pero ¿tú qué pintas aquí?», pregunté, sorprendido, al tiempo que me quitaba la ropa mojada. Mientras luchaba con los pantalones, ella me sonrió: «Pues esperarte». — «Por lo menos, podrías haber puesto la calefacción -renegué-. Esto está helado.» A pesar de ir prácticamente desnuda, ella no parecía notarlo, pero yo temblaba, me apresuré a ponerme unos pantalones secos, luego una camisa y un jersey. No noté mucha diferencia, me senté a la mesa redonda y me serví una copa. La chica se había incorporado y, sentada con las piernas cruzadas, me contemplaba con gesto divertido: su sonrisa, su fina cintura, sus pequeños senos enhiestos, la arista de sus rodillas, todo en ella me dirigía como un reproche, amistoso e indistinto. Me levanté con el vaso en la mano y me senté al escritorio. La chica se inclinó hacia atrás y apoyó la cabeza en las almohadas, sus rodillas, tocándose, formaban un triángulo inestable con los pies, que aplastaban las sábanas violáceas. «Si tienes frío, ven aquí.» — «No, ahora no», respondí distraídamente, manoseando un bolígrafo y moviendo papeles, paseando mi mirada por las innumerables imágenes que adornaban las paredes sin realmente llegar a verlas. «Entonces tómate un baño caliente», sugirió. Yo me froté el hombro: «No, ahora no». Entre mis dedos apareció un pequeño huevo de cristal, opaco y bastante áspero; lo sopesé, lo deslicé en la palma de la mano, luego lo levanté a la luz: se iluminó con un resplandor cálido, rojo, oscuro y moviente, como si estuviese lleno de sangre o incubase una misteriosa criatura vinculada de algún modo con el fuego. Me acabé la copa y busqué la botella con la mirada, pero la chica, no sé cómo, se la había llevado y la hacía rodar entre sus piernas mientras sonreía: «¿La quieres? Ven a buscarla». — «Venga ya, me aburres.» Mis hombros temblaban: debía de haber cogido frío. Tras la ventana, seguía cayendo una lluvia espesa, oscureciendo el espacio, casi ocultando la pared de ladrillo a pesar de lo cerca que estaba. Me levanté y me dirigí al baño; la chica había vuelto a su revista y pasaba las páginas sin que sus pies dejaran de jugar con la botella. Me puse delante del espejo y examiné mi rostro: me parecía extrañamente borroso, medio borrado, no lograba determinar su disposición; mistificado, lo froté, pero era como si la piel se deshilachase entre mis dedos, dejándome aún más inconsistente. Preferí no ver eso y volví a la habitación; la chica seguía leyendo, bastante animada y absolutamente real, con sus huesos finos y sus articulaciones delicadas, su piel tibia y dorada, sus greñas con reflejos rojizos, sus ojos oscuros siempre un poco distraídos. Temía tocarla, me parecía que mis dedos atravesarían su piel, o se desmoronarían contra ella como arena húmeda. Regresé al despacho y al pasar cogí la botella, me serví otra copa, y empecé a leer los folletos que había allí amontonados. La escritura no se diferenciaba en nada de la mía, debía de haber sido yo mismo quien escribió aquellas líneas, aquellas páginas de texto, pero no me sonaban de nada, apenas lograba descifrar su sentido. Era una especie de narración: el narrador, sombra extraviada, deambulaba por una gran casa en cuyos cuartos resonaban las risas de unos niños pequeños. La decoración me pareció vagamente rusa, como si me hallase en un relato de Chéjov, si es que eso hubiese tenido la menor consistencia psicológica; en todo caso, no tenía nada que ver conmigo. ¿Se trataría de una traducción que yo había hecho y que luego olvidé? ¿O acaso de la copia de un texto que había caído en mis manos? No tenía la menor idea, y tampoco importaba. En la cama, la chica parecía dormir, sus senos escondidos bajo la revista bocabajo, la cabeza de lado, la cara medio oculta por el pelo. Cada vez ocupa más espacio, me dije, pronto estará aquí como en su propia casa. Yo seguía teniendo mucho frío, todo el cuerpo me temblaba, pero no quería acostarme junto a ella, tenía miedo de herirme con sus huesos puntiagudos, con su cuerpo tan duro y afilado;

así que amontoné los papeles, salí al pasillo, y abrí la segunda puerta, la de la izquierda, atravesé la habitación caminando sobre la lona de plástico, subí por la escalera del altillo y, hecho una bola, con los ojos cerrados y las extremidades sacudidas por largos escalofríos, me deslicé bajo la lona que lo cubría. ¿Cuánto tiempo duró? No sabría decirlo, una eternidad de arena y lava, mi cuerpo se había deshecho de toda solidez y de toda presencia, flotaba muy arriba en la fiebre como en una barca fúnebre, recorriendo a lo largo de los años todas las aguas del mundo, incapaz de encontrar su camino, ni hacia la vida ni hacia la muerte. Cuando al final de ese viaje plurisecular volví a abrir los ojos, la lona había desaparecido, me hallaba acostado bajo un gran edredón metido en una funda beige totalmente impregnada de mi sudor. Me di la vuelta y examiné la habitación, la lona había sido retirada, el suelo estaba cubierto por una espesa alfombra azul azur con motivos en azul oscuro, todo parecía limpio y aseado, el juguete de colores seguía estando encima del taburete. Contra la pared se alzaba un gran espejo rectangular con un fino marco naranja: busqué en él mi reflejo, pero no alcanzaba a ver más que el juguete, que me parecía más grande y elaborado de lo que recordaba, como si durante la larga noche hubiese crecido. Oí abrirse una puerta en el altillo, no me había fijado nunca en que había una, y la chica apareció en la alfombra azul. Esta vez, llevaba unos ligeros pantalones marrones y una camiseta roja sin mangas, adornada en el pecho con un gran círculo negro. «Mejor, ¿no?», dijo, alzando la cabeza hacia mí y sonriendo con todos sus dientes. «Deberías derribar el tabique, o al menos hacer que te abriesen una doble puerta, ganarías mucho espacio.» No me llegaron las fuerzas para decirle que se guardase sus consejos, cerré los ojos, me acosté de espaldas y estiré los miembros doloridos. Hasta entonces, no me había dado cuenta, pero mi ropa había desaparecido junto con las lonas, estaba tumbado desnudo bajo el edredón y sentí una súbita vergüenza, transformado en pájaro desplumado, irritado y miedoso. «¿Dónde está mi ropa?», pregunté en un susurro, pero, me oyese o no, no respondió, había vuelto a desaparecer. Oí un ruido confuso de agua, sin duda la estaba dejando chorrear en el baño, al otro lado; de repente, el sonido se volvió más preciso y, antes siquiera de que ella reapareciese, entendí que la misteriosa puerta debía de comunicar con el baño, y permitir el paso de un cuarto al otro. Esta vez tenía una manzana verde en la mano, se la llevó a la nariz y le dio un mordisco. Me ofreció otra que llevaba escondida a la espalda: «Toma, coge una». Como yo no reaccionaba, insistió, moviendo la manzana prácticamente bajo mi nariz: «Venga, te vendrá bien». Yo no me moví y ella mordió de nuevo la suya, masticando lentamente y con aplicación mientras se metía la otra en el bolsillo de los pantalones. «El baño estará listo. ¿Vienes?» Yo no podía dejar de mirar el bulto redondo en su cadera; al final levanté la mirada hacia el espejo, que desde su marco naranja reflejaba la línea larga y flexible de su cuerpo. «¿Dónde está mi ropa?» — «¡Oh, mira que eres pesado!», se rió. «Está aquí, en una silla. He añadido unos calzoncillos limpios, tú no los habías puesto.» Volvió a pasar bajo el altillo y cerró la puerta. Yo escuché lo que hacía detrás del tabique, había cerrado la llave del agua y debía de estar desnudándose, luego oí cómo su cuerpo se deslizaba en la bañera. Seguía mordisqueando su manzana, chapoteaba en el agua. Yo entonces me retorcí bajo el edredón y apenas pude llegar a la escalera, que tal como iba bajando mal que bien, agarrándome con todas mis fuerzas para no caer, cedía bajo mi peso. Mi ropa estaba exactamente donde ella me había dicho, pero el sombrero había quedado en la otra habitación, por no hablar de la chaqueta, con la cartera y los cigarrillos. Ahora bien, volver a pasar por ese baño, que yo imaginaba radiante por el exceso de vida de esa chica, era algo que superaba mis fuerzas, y la llave de la puerta del rellano había quedado precisamente en el bolsillo de la chaqueta. Traté de reflexionar sobre la situación, pero mis brumosos pensamientos resultaban contradictorios, la lluvia, que seguía repiqueteando en el

conducto de ventilación, todavía los complicaba más, porque salir en camisa bajo la lluvia no era siquiera una opción, pero volver a encarar a esa chica imposible, no me sentía capaz, y de momento no se me ocurría ninguna otra opción. Podría haberme pasado ahí mucho tiempo, dándole vueltas y más vueltas a esos pensamientos circulares, pero cada vez que me movía, el enorme espejo que había en la pared me devolvía un reflejo, demasiado fragmentado y agresivo para ser el mío, que me hacía daño. Sin lograr decidirme, abrí la puerta del pasillo: encontré un gran paraguas de tela habana, abierto y del revés, empapando de agua la vieja alfombra roja. ¡Eso lo resuelve todo!, me dije con alegría, al tiempo que asía su mango de cuero negro. Apoyado contra la barandilla, lo sacudí y rocié la alfombra y el piso lavanda con una lluvia de gotitas, luego lo cerré y empecé a bajar las escaleras, apoyando todo mi peso en el mango, en un vano intento de controlar mis miembros, que, extraviados, trataban de moverse cada uno en una dirección distinta.

Caminando bajo la lluvia, con la cabeza y la parte superior del cuerpo bien protegidos por el paraguas desplegado, me sentí embargado por una alegría infantil, teñida no obstante de una cierta inquietud: miraba a mi alrededor, escrutando los árboles y los coches aparcados a lo largo de la acera, pero no veía nada fuera de lo normal. Los escasos transeúntes, también ellos protegidos de las trombas de agua por sus paraguas o, a veces, por un periódico sobre la cabeza, avanzaban con paso rápido, cada cual iba a lo suyo y nadie se fijaba en mí. Cuando llegué a casa, abrí el portal y, tras cerrarlo cuidadosamente detrás de mí, atravesé el jardín y llamé al timbre. Llevaba los zapatos y los bajos de los pantalones empapados, pero eso no me preocupaba; mientras volvía a llamar distraídamente, me di cuenta de que ya me encontraba mucho mejor de pie. Una mujer de una cierta edad abrió la puerta: «¡Ah, es usted! Nos preguntábamos dónde estaría. El pequeño está enfermo». Cerré el paraguas, lo deposité en un tubo grande previsto a tal efecto, la seguí hasta la habitación de los niños a lo largo de un pasillo adornado con reproducciones, dejando en el suelo las huellas de mis pasos húmedos. El niño yacía bajo varias mantas oscuras, acurrucado entre grandes temblores. Alargué le mano y le toqué la frente, que ardía bajo mis dedos, luego le acaricié el pelo empapado en sudor. «¿Ha venido el médico?», le pregunté sin volverme a la mujer que permanecía junto a la entrada de la habitación. — «Sí. Le ha puesto una inyección.» — «¿Cuándo?» — «Esta mañana.» A la cabecera de la cama vi un frasco de pastillas, lo cogí, leí la etiqueta, lo volví a dejar. «¿Esto lo ha dejado aquí el doctor?» — «Sí. Ha dicho que hay que darle una cada cuatro horas.» — «¿Y se ha hecho?» — «Sí, puede usted contar con nosotros.» Junto a las medicinas, sobre la mesa de café, había también una jarra de agua y un vaso; volví con cuidado al niño para ponerlo boca arriba, le levanté la cabeza y le puse el vaso en los labios: «Bebe -le dije-, hay que beber». Él no abrió los ojos pero separó los labios, yo le acerqué el vaso, pero la boca le temblaba demasiado, el vaso tintineaba contra sus dientes, el agua le chorreaba por la barbilla. Volví a dejar su cabeza sobre la almohada, empapado en su sudor, y de nuevo le acaricié el pelo. «Tráigame un cubo de agua. Con una esponja, o un guante de baño.» La mujer se retiró sin una palabra y regresó con lo que le había pedido. Puse el cubo en el suelo, remojé el guante, lo escurrí, y, sentado en el borde de la cama, se lo puse al niño en la frente. Él levantó la mano y la posó sobre la mía, era ligera como la pata de un gato, seca y caliente también. Volví a remojar el guante y repetí la operación varias veces seguidas; poco a poco, los largos temblores se fueron calmando; al final logré que bebiese un poco. A mi espalda, la mujer me miraba hacer en silencio. Yo me levanté y la miré: «Las sábanas están empapadas, el pijama también. Cámbielas. ¿Puede usted hacer eso?». Ella me miró y asintió. Yo salí y me dirigí hacia el

gran salón. Había allí varias personas intercambiando trivialidades con poca convicción; en la mesa junto a la ventana, los niños jugaban quedamente a las cartas, varias niñas y un muchacho, más joven que ellas; sobre sus cabezas, la chica joven de rosa me seguía contemplando con su mirada tranquila, casi cómplice, como si quisiese invitarme a compartir su melocotón. Yo me serví una copa de vino y me senté en el sofá, crucé las piernas y agarré firmemente la mano de la mujer que estaba a mi lado. Cuando abordábamos un nuevo tema, yo daba mi opinión con voz firme, clara e inapelable; las personas reunidas a mi alrededor asentían ante el jefe con gravedad, sin contradecirme nunca. Por la noche volvió el médico; mientras tanto, yo me había lavado y cambiado, me había puesto un traje limpio con un chaleco e incluso una corbata de lana de ganchillo, color pardo igual que el traje. Acompañé al médico al cuarto del niño y estuve con él mientras lo examinaba, lo auscultaba y le tomaba la temperatura. Con nosotros habían venido otras personas, mujeres y hombres e incluso una niña, no se quedaban quietos e iban y venían sin rumbo, sin decir una palabra pero, afortunadamente, manteniendo una distancia suficiente. Por fin, el médico emitió su veredicto, que coincidía con el mío punto por punto: continuar con las pastillas y las compresas, vigilar al niño y darle de beber. «¿Lo habéis oído? -les dije a cuantos andaban por allí-. Es importante darle de beber, eso es lo que yo había dicho.» Le di las gracias al médico y lo acompañé hasta la puerta; nos despedimos con un sincero apretón de manos, y me dio su palabra de que volvería el día siguiente, por la mañana temprano.

Durante la comida, siguieron las palabras banales y desordenadas; sin arrogancia pero con firmeza, fui desalentando las discusiones inútiles, poniendo punto final a las controversias estériles mediante una opinión mesurada, llamando al orden a los que se excitaban, arguyendo palabras sensatas. No es que me tomase a mí mismo demasiado en serio, al contrario, me sentía como un niño jugando a ser mayor, lo que pasa es que, precisamente, jugaba con seriedad, con tal seriedad que nadie se daba cuenta, y cuando comenté en detalle la grave crisis de política exterior que se avecinaba, todos me escucharon atentamente, tragándose mis palabras sin interrupciones. Los niños comían en silencio, con sólo un ligero tintineo de cubiertos, pidiendo a veces, en los interludios entre un tema y otro, educadamente, un poco de sal, de agua, o una porción adicional de comida. Un niño se llevó la mano a los labios: yo lo miré, él se sonrojó y cogió la servilleta para limpiarse. Cuando hubieron terminado, los niños se excusaron y se levantaron de la silla; yo serví un poco más de vino a los mayores y repartí unos puritos entre quienes quisieron uno. La mujer que había sentada a mi izquierda, sus hermosos ojos claros fijos en mí mientras escuchaba mis palabras en silencio, levantó un mechero encendido; yo acerqué su mano a la punta de mi cigarro y le di las gracias con una sonrisa, reteniendo los dedos con delicadeza para que la llama no temblase. Ella me contemplaba con una gratitud apasionada, pero al mismo tiempo una ola de angustia turbaba su mirada, la volvía borrosa y rarificaba sus rasgos, como era el caso de todos cuantos había reunidos en torno a esa mesa. Oí un ruido y levanté la cabeza: el niño rubio estaba en el umbral de la puerta, descalzo, pálido como la cera. Dejé el puro en el cenicero, me levanté, fui donde estaba y lo cogí en brazos para llevarlo a una de las habitaciones vacías, donde lo dejé sobre el cubrecama bordado. Él murmuraba palabras confusas, acerqué la oreja, las palabras ganaron fuerza y empezaron a formar frases, yo escuchaba atentamente, ahora hablaba en voz alta, con los ojos bien abiertos dirigidos hacia un punto que yo no podía situar, sus palabras eran claras pero me sentía incapaz de captar su sentido, enunciaba frases de una sintaxis impecable, pero la palabra clave en cada una de ellas, la que habría de concederle su sentido a todas las otras,

resultaba incomprensible, un grupo de sílabas aparentemente significantes pero que no guardaba relación con nada, otras veces aparecía una palabra absolutamente comprensible, llena de sentido, pero encadenada en una frase confusa por completo, incapaz de soportar ningún significado. Yo también hablaba, palabras calmas y apacibles, respondía sin reflexionar a sus frases, tratando de llevarlo a un sentido de lo real, pero cada vez sus palabras seguían a las mías solamente para superarlas y alejarse de ellas en sentido contrario, a toda velocidad, hasta una distancia vertiginosa, al fondo de la cual se volvían para regresar, trazando el camino inverso con una lógica implacable. Yo había pedido el cubo y le aplicaba compresas frías mientras le acariciaba la espalda y le hablaba dulcemente; no obstante, el terror iba ganando terreno, sus rasgos se crispaban, yo repetía mis palabras reconfortantes con una sonrisa, sus ojos seguían abiertos pero yo no tenía forma de saber si veían algo, no sabía si estaba despierto o si dormía y soñaba en voz alta, incorporando mis palabras a su sueño, no quería violentarlo, seguía humedeciéndole la frente y la cabeza tratando de traerlo conmigo, a la realidad del cuarto en que nos encontrábamos. Poco a poco, el flujo de palabras fue disminuyendo, las frases se espaciaron; al final, el niño cerró los ojos y su cabeza mojada se inclinó contra mi pecho, donde la sujeté en la palma de mi mano, que al lado de su cara pequeña parecía enorme. Con una toalla que me trajeron, le sequé el pelo, luego lo acosté en la cama y me tumbé a su lado sin siquiera quitarme los zapatos. Ya calmado, respiraba con un ruido silbante pero regular, sus párpados, hinchados y translúcidos, se estremecían sobre sus ojos. Lo rodeé con el brazo y permanecí con él durante un buen rato. Mucho después, el niño dormía regularmente y yo me levanté: «Usted se queda con él», le dije a la primera persona que me encontré en el pasillo. Los otros se habían dispersado por la casa, a través del resquicio de una puerta o al fondo de un pasillo veía a unos y otros, me daba igual, volví a por mi cigarro apagado, me lo encendí, me senté bajo el retrato de la muchacha del melocotón, y abrí el periódico que había por allí para estudiar las últimas declaraciones del dirigente extranjero que nos amenazaba de manera tan incomprensible.

En el desayuno, las personas reunidas alrededor de la mesa parecían aún más insustanciales, aún más efímeras que la víspera. La mujer que había pasado la noche conmigo metía una cuchara en un huevo pasado por agua sin quitarme el ojo de encima; en su cuerpo, bajo el vestido de batista, debía de quedar algún rastro de nuestros retozos; creo que era la que me había dado fuego durante la cena, pero no podía estar seguro. Los niños se habían callado, comían tostadas con mantequilla y bebían vasos de zumo de fruta; en cuanto a mí, estaba hojeando el periódico de la mañana, lleno de unas noticias cada vez más inquietantes en las que me esforzaba por concentrarme, y es que hasta ese punto me distraía la conciencia de mi propia presencia: me sentía tan sólido que hasta me dolían las articulaciones. Anunciaron que llegaba el médico: me reuní con él en el pasillo y, en pocas palabras, lo puse al corriente de cómo había ido la noche. «No hay de qué preocuparse -afirmó-, a esas edades, tener la fiebre tan alta es algo que pasa. Lo importante es bajar la temperatura, precisamente como ha hecho usted.» En la habitación, examinó al niño, que se dejaba hacer con una mirada cansada, sin protestar; el médico intentó que le respondiese a algunas preguntas, pero él no recordaba nada. La fiebre le había bajado. «Tendría que comer un poco -decretó el médico, mientras guardaba su instrumental en el maletín-. Caldo, puré, un poco de arroz blanco, si puede.» Afuera seguía lloviendo, cogí el gran paraguas marrón para acompañarlo hasta su coche, me aparté para que pasase delante de mí por el portal, protegiéndolo de la lluvia. Solo en la calle, de espaldas al portal, dudé: ¿y si volviera al apartamento? Miré la

calle en esa dirección y, cuando vi a los dos hombres de negro, cada uno con su paraguas, se me encogió el corazón. Los sujetaban muy alto, lo cual me permitió ver, aterrorizado, sus ojos brillantes, sin vida, y sus labios abiertos en unas sonrisas grandes, carnívoras. A paso tranquilo, uniforme, resuelto, se dirigían hacia mí.

UNA VIEJA HISTORIA

I

Mi cabeza atravesó la superficie y mi boca se abrió para tomar aire mientras mis manos, en un jaleo de salpicaduras, dieron con el borde, se apoyaron en él y trasladaron la fuerza del empuje a los hombros, izando mi cuerpo empapado fuera del agua. Me quedé un instante en equilibrio sobre el borde, desorientado por los ecos amortiguados de los gritos y los ruidos del agua, aturdido por la visión fragmentada de algunas partes de mi cuerpo en los grandes espejos que rodeaban la piscina. Alrededor de mis pies fue creciendo un charco; un niño salió corriendo ante mí y a punto estuvo de hacerme caer de espaldas. Recuperé el equilibrio, me quité el gorro y las gafas y, echando un último vistazo por encima del hombro a la línea reluciente de mis músculos dorsales, salí por las puertas batientes. Una vez seco y vestido con un chándal gris y sedoso, agradable a la piel, volví a encontrar el pasillo. Pasé sin vacilar por una bifurcación, luego por otra, aquí estaba bastante oscuro y la luz indistinta apenas permitía distinguir las paredes, me puse a correr a pequeñas zancadas como de footing. Las paredes, de un color apagado, desfilaban a los lados, a veces me parecía apreciar una abertura, o por lo menos una parte más oscura, la verdad es que no podía estar seguro, otras veces el tejido de mi chaqueta rozaba la pared y me desviaba hacia el centro del pasillo, que al parecer debía de curvarse, aunque muy poco a poco, de forma casi imperceptible, apenas lo suficiente para poner en duda el equilibrio de mi carrera, empecé a sudar, sin embargo no hacía ni frío ni calor, respiraba con regularidad, inspirando cada tres pasos una bocanada de aire insípido para expulsarla sibilante, los codos ceñidos al cuerpo evitando así tocar las paredes, que unas veces parecían alejarse y otras acercarse como si el pasillo serpentease. Al frente no distinguía nada, avanzaba casi al azar, por encima de mi cabeza no veía ningún techo, puede que por fin estuviese corriendo al aire libre, puede que no. Un fuerte golpe en el codo me hizo tropezar, lo froté con la mano en un acto reflejo y me volví: en la pared, un objeto reluciente destacaba sobre la negrura. Lo toqué con la mano, se trataba de un pomo, lo giré y la puerta se abrió, arrastrándome tras de ella. Me encontré en un jardín que me resultó familiar, calmo y apacible: el sol brillaba, numerosas manchas de luz salpicaban las hojas entremezcladas de la hiedra y las buganvillas, limpiamente podadas sobre su emparrado; más allá, los troncos trenzados de unas viejas glicinas emergían del suelo para ascender y cubrir con su verdor la alta fachada de la casa, erigida ante mí igual que una torre. Hacía mucho calor y me sequé con la manga el sudor que perlaba mi cara. Luego entré. Del fondo del pasillo, por una puerta entornada, me llegaron una serie de curioso ruidos, oclusivas más o menos graves entrecortadas de silbidos: el niño debía de estar jugando a las batallas, derribando uno tras otro a sus soldaditos de plomo en una tromba de tiros y explosiones. Lo dejé y subí por la escalera de caracol que llevaba al piso de arriba, me detuve en el rellano para contemplar un instante la mirada irónica, perdida en el

vacío, de la gran reproducción de *La dama del armiño* que había allí colgada. La mujer estaba en la cocina; al oír mis pasos dejó el cuchillo, se volvió con una sonrisa y vino a abrazarme con ternura. Llevaba una bata de ir por casa gris perla, fina y ligera, yo le acaricié el costado a través del tejido, luego hundí la cara entre sus cabellos rubio veneciano recogidos en un moño sabiamente despeinado para olfatear su aroma, mezcla de brezo, musgo y almendra. Ella rió tiernamente y se liberó de mi abrazo. «Estoy preparando algo de comer. Enseguida estoy contigo.» Me rozó el rostro con la punta de los dedos. «El pequeño está jugando.» — «Sí, lo sé. Lo he oído al entrar.» — «¿Vas a bañarlo?» — «Claro. ¿Qué tal el día?» — «Bien. Fui a recoger las fotos, están arriba, sobre el mueble. Ah, otra cosa: tenemos un problema con el circuito eléctrico. Ha llamado la vecina.» — «¿Y qué ha dicho?» — «Parece que hay picos de tensión y que eso provoca cortes en su casa.» Eso me preocupó: «Esa mujer delira. Ya es la segunda vez que hago que repasen ese circuito. Y a un electricista profesional.» — «Sí, ya lo sé.» Le di la espalda para volver a bajar la escalera. Los ruidos de batalla habían cesado. Antes de abrir la puerta, pasé por el cuarto de baño contigo, abrí el grifo y comprobé la temperatura para que no estuviese demasiado caliente. Entonces entré en el cuarto del niño. Sólo llevaba puesta una camiseta; estaba de cuclillas y con las nalgas desnudas fotografiando con una camarita digital a sus soldaditos de plomo armados con lanzas y carabinas, cuidadosamente alineados sobre la alfombra que cubría las baldosas grises. Lo contemplé un momento como a través de una pared de cristal. Luego me adelanté y le di unas palmaditas en las nalgas: «Venga, al baño, que ya es hora». Él soltó el aparato y se echó en mis brazos gritando. Lo levanté y lo llevé hasta el cuarto de baño, le quité la camiseta y lo metí en el agua. Enseguida se puso a dar golpes con las manos, salpicando las paredes y riendo. Yo reí con él, pero al mismo tiempo me retiré contra la puerta para contemplarlo mientras él se sumergía por completo bajo la superficie.

Mientras cenábamos, el niño, sentado entre nosotros dos, parloteaba sobre sus batallitas. Yo lo escuchaba distraídamente, saboreando el vino fresco y las cigalas al ajillo. La mujer, su fino rostro cercado por unos mechones rubios que se le habían escapado del moño, sonreía y también bebía. El niño se calló por fin para ensañarse con una cigala, tratando de quebrar una de las pinzas con sus dienteitos de leche; yo me limpié con mi servilleta y, con la punta de los dedos, le acaricié el pelo, rubio como el de su madre. En cuanto hubo terminado, se levantó y desapareció por la escalera, limpiándose las manos grasientas en el pijama mientras su madre lo reñía amablemente. Acabé de recoger la mesa mientras ella bajaba a acostarlo, me lavé cuidadosamente las manos y volví para acabarme el vino. Encima del equipo de música había una funda, una grabación reciente de *Don Giovanni*; puse el tercer disco y fui a sentarme delante del ventanal, me encendí un purito fino y contemplé la luz azafranada de la tarde espolvoreada sobre las masas verduscas del jardín. El Comendador estaba a punto de presentarse a cenar y yo pensé en el sentido de esa figura moralizante y acusadora. Pretendía imponerle a toda costa su ley al hijo rebelde; pero ¿no lo habían ensartado ya, al principio del primer acto? Era evidente que no había servido de nada, pues ahí estaba de nuevo, aún más monumental y mortífero, azote de todos los placeres. Sin embargo se acercaba el final y el hijo seguía resistiendo como un jovencuelo terco, taimado y pertinaz, negando cualquier obediencia a esa ley muerta, desusada, sofocante, aun cuando le iba la vida en ello. Fuera caía la noche y yo me levanté para ir a encender una a una las lámparas del salón. Luego me serví otra copa. El disco llegó a su término, en un final jocoso que sonaba como el último eco de la risa burlona del intratable bribón. Al rato, la mujer volvió a subir

y yo la seguí hasta el piso de arriba. En la penumbra de la escalera, sus caderas se mecían suavemente. Mientras se duchaba miré por encima las fotografías que había sobre la cómoda: en todas aparecía yo junto al niño, en diferentes épocas y situaciones, en el circo, en la playa, en una barca. Ninguna de ellas me llamó la atención y volví a dejarlas en el mismo sitio para desvestirme, examinando distraídamente mis músculos esbeltos en el gran espejo vertical junto a la puerta. Visto de espalda, mi cuerpo me parecía casi femenino, me fijé en el culo, blanco y redondo como el de la mujer. Cuando ella salió del cuarto de baño, desnuda y todavía húmeda, su hermoso pelo enrollado en una toalla, la tomé por los hombros y la empujé encima del cubrecama, un espeso tejido dorado bordado con largas hierbas verdes. Ella se dejó caer bocabajo con un pequeño grito y yo alargué la mano para apagar la luz. Ahora sólo el resplandor macilento de la luna alumbraba la habitación, se colaba a través de los cristales detrás de los cuales se apreciaban las imprevisibles torsiones de los brotes de glicina, iluminando las hojas verdes del bordado y el cuerpo blanco extendido encima, la espalda recta y fina, los riñones, el doble globo de las nalgas. Me acosté sobre ese cuerpo y se estremeció. La toalla le había caído y la cabellera le tapaba la cara. Con la punta de los pies le abrí las piernas, pasé una mano bajo su vientre para alzarle los riñones y restregué mi sexo erguido contra la abertura del suyo. Pero estaba seco, reculé un poco, me humedecí los dedos con algo de saliva y lo unté, masajeándolo con soltura. Su respiración se apresuró, su trasero empezó a moverse bajo mi cuerpo, su cuerpo largo, sujeto entre mis dos manos, se estiró hasta escapársele un grito que enseguida acalló. Yo mismo sentía que me derretía suavemente, que una larga aguja de placer me traspasaba la espalda, muy fina, estirándome la piel de la nuca y electrizándola. Volví la cabeza: en el espejo, vi de nuevo mi culo y mis muslos nerviosos blanqueados por la luz de la luna, también los suyos, atrapados debajo, y entre unos y otros unas formas oscuras, rojizas, indistintas. Fascinado por tan incongruente espectáculo ralentice mi movimiento, la mujer, su cuerpo perdido en las hierbas bordadas del cubrecama, jadeaba mientras su mano buscaba mi cadera, yo la veía en el espejo, sus uñas pintadas clavándose en mis músculos, fue entonces cuando se abrió la puerta, junto al espejo, y la luz lunar me permitió atisbar el pequeño rostro afilado del niño, sus ojos bien abiertos, los labios tercos, pertinaces. Me quedé petrificado. También su rostro permaneció inmóvil; justo a su lado, en el espejo, todavía podía ver la doble masa de las nalgas y el oscuro cúmulo de los órganos entre ellas. Sentí cómo el placer iba en aumento, la mujer gemía, me retiré abruptamente y rodé hacia el costado, mi verga, húmeda y escarlata, palpataba mientras yo gozaba en largos jadeos casi sin darme cuenta, la cara del crío desapareció en la oscuridad de la escalera, se oyeron sus piecitos desnudos golpeando a toda velocidad la piedra de los escalones, la mujer me miró con gesto perdido y confuso, todavía en éxtasis. Empapado en sudor, la respiración entrecortada, me volví de espaldas y me sequé distraídamente el vientre con la sábana mientras la mujer, ya de pie, se ponía un batín para salir tras del niño.

Cuando ella volvió a acostarse yo debía de estar dormido. Al despertar, el cielo palidecía tras los cristales. Los tentáculos de la glicina se balanceaban quedamente; anidados en las ramas, los pájaros empezaban a cantar un concierto de agudos piulidos. La mujer me daba la espalda a medias, la cara de nuevo escondida bajo sus largos cabellos deshechos, la dejé y me puse rápidamente el chándal para bajar al salón. Coqueteaba con la idea de hacerme un café, enseguida renuncié y descendí hasta el piso inferior donde el niño, hecho una bola en su estrecha cama de madera, seguía durmiendo. Me senté en el borde y contemplé su semblante severo alumbrado en

diagonal por la luz del alba. También aquí el canto de los pájaros llenaba la estancia. El niño parecía respirar con dificultad, el sudor le adhería el pelo rubio a la frente, lo despegué con los dedos y abrió los ojos. «¿Te vas?», dijo sin moverse. Yo meneé la cabeza. «No quiero», prosiguió mirándome fijamente con aire obstinado, casi ávido. «Tengo que hacerlo», respondí en voz baja. — «¿Por qué?» Yo lo pensé y luego respondí: «Porque me apetece». Su mirada, impotente y a la vez terca, se había velado: «Pues cuando tú eres feliz, yo soy desgraciado. Y cuando yo soy feliz, tú eres desgraciado». — «Pero no, qué va. No lo eres en absoluto.» Me incliné, besé con delicadeza su frente sudorosa, me levanté y salí. En el jardín todo estaba tranquilo, las hojas crujían ligeramente, ocultando los movimientos bruscos de los pájaros que seguían sin callar; ya hacía calor, un intenso calor matutino que se pegaba a la piel. La puerta se abrió fácilmente y encontré el pasillo, allí retomé mi carrera resuelta, las largas zancadas ritmadas por mi respiración. Era como si en el pasillo hubiese un poco más de claridad, me parecía apreciar mejor las curvas aunque seguía sin poder situar con precisión ni las paredes ni el techo, si es que había uno. Aquí la temperatura era más moderada, pero mi cuerpo, calentado por la carrera, sudaba en el interior de la ropa, los pantalones pegados a los riñones, lo cual no me impidió mantener la regularidad del ritmo, como una máquina bien engrasada. Pasé sin detenerme junto a unas aberturas más oscuras, bifurcaciones o puede que sólo alcobas de nicho; por fin algo me llamó la atención a mano izquierda, un brillo metálico que flotaba a un lado de mi campo de visión; sin vacilar ni aminorar la marcha, di con el pomo, abrí la puerta y atravesé el umbral. Mi pie se hundió en algo blando y me detuve en seco. Me hallaba en una habitación bastante amplia, en penumbra, con pocos muebles; en las paredes, las vides doradas del papel pintado ascendían entrelazándose; una moqueta rojo oscuro, color sangre, cubría el suelo. Al otro lado de la estancia, más allá de la cama cubierta por una pesada tela de color dorado con largas hierbas verdes bordadas, frente a la ventana, había una figura de pelo corto negro azabache; las contraventanas estaban cerradas pero ella miraba algo en el cristal, puede que su propio reflejo. Yo mismo la contemplé un momento como a través de un cristal, con una sensación distante, casi placentera. Al oír el ruido de la puerta que se cerraba, se volvió, vi entonces que se trataba de una mujer, una hermosa mujer cuyo rostro apagado y anguloso, al verme, se iluminó con una sonrisa. Con un movimiento suave le dio la vuelta a la cama y me abrazó, metiendo su pequeña lengua móvil entre mis labios. Yo perdí el equilibrio y caí con ella sobre las hojas verdes del cubrecama, mi nariz aplastada por su pelo corto, que colmaba mi rostro con su olor a tierra y canela. Debajo de mí, ella se retorció entre risas tratando de liberarse. Yo me levanté y empecé mal que bien a desabrocharle la blusa de tul claro, rozando sus senos aprisionados por un sujetador rígido. Ella volvió a reír, se deslizó entre mis manos y se arrodilló sobre la extensión verde y dorada de la cama para abrocharse la blusa de nuevo. «En la calle -dijo, levantando, bajo las largas pestañas cargadas de rímel, sus hermosos ojos oscuros llenos de alegría-, soñé que te tocaba la cara. Y ya ves, aquí estás.» Yo alargué la mano otra vez hacia su cuerpo y ella la apartó entre risas. «¿Qué impaciente! Espera, me muero de hambre.» Descolgó el teléfono que había junto a la cama, marcó un número y, blandiendo un folleto de cartón, enumeré varios platos. Yo me levanté y estiré las piernas entumecidas. Luego pasé al cuarto de baño y abrí a tope los grifos de porcelana de la bañera, con los dedos bajo el chorro de agua para controlar la temperatura.

En el agua, de espaldas a mí, ella acercó su largo cuerpo moreno al mío. Su pelo corto y tupido me hacían cosquillas en la nariz, le acaricié pacientemente los brazos, el vientre, la parte

superior de los senos que flotaban en la superficie del agua un tanto verdusca del baño. Unas cuantas cicatrices pequeñas decoraban su piel mate, en algunos casos costurones bastante gruesos y más o menos largos, comprobé que tenía tres en el hombro izquierdo, una en la ingle, una grande en las costillas, justo bajo el seno derecho, y otra, bifurcada, en el ángulo de la mandíbula. Sonaron unos golpes secos en la puerta de la habitación. La chica se volvió en medio de un gran ruido de agua, me dio un beso rápido en los labios y saltó fuera de la bañera para ir a abrir, deslizando su cuerpo empapado en un amplio batín. Yo me sumergí en el agua, la cara aflorando apenas. Un poderoso sentimiento de plenitud colmaba mi cuerpo, pero una plenitud casi inquietante, inasible, imposible de poseer, que dejó tras de sí una sensación como de vacío. Asfixiados por el agua que cubría mis orejas, me llegaban algunos ruidos de forma indistinta. Salí del baño, me sequé rápidamente, me puse otro batín que había allí colgado y, sin molestarme en cerrarlo, volví al cuarto. De nuevo arrodillada sobre el cubrecama dorado, la chica contemplaba una gran bandeja en la que se alineaban varios platos de madera lacada hasta arriba de pescado crudo y verduras confitadas. Dos cervezas doradas espumaban en vasos de boca ancha. Yo fui con ella y empecé a comer sin decir una palabra. Aparte del tintineo de los palillos, todo permanecía en silencio; del otro lado de las contraventanas, donde debía de haber una calle o un patio, no llegaba el menor sonido; sólo la lámpara de la mesita de noche nos iluminaba con su halo amarillento, distinguí netamente nuestros reflejos en los cristales de la ventana, dos siluetas un tanto vagas, vestidas de blanco, que destacan sobre el campo de hierbas verdes del cubrecama. De vez en cuando, uno le ofrecía un pedazo de pescado al otro, quien lo atrapaba con la boca con una sonrisa sorprendida; cuando la besaba, sus labios tenían el gusto amargo de la cerveza. En la habitación se notaba una gran sequedad, sentía tirante la piel de las manos y el rostro, el pescado crudo también me dio sed, me acabé la cerveza rápidamente. La chica se levantó, cogió mi vaso vacío y fue al cuarto de baño. Yo me terminé las últimas verduras, apilé los platos en la bandeja y la dejé en el suelo, en un rincón. La chica tardaba en salir, yo me deshice de mi batín y me acosté sobre el cubrecama, bocabajo, con la cabeza sobre los brazos cruzados. Si me volvía, podía apreciar la doble luna de mis nalgas reflejadas en los cristales de la ventana, blanca y ligeramente abombada. Cuando volvió a aparecer, también la joven iba desnuda, espléndida, avanzaba con los pies desnudos sobre la moqueta rojo sangre con el vaso lleno de agua por delante, con los riñones atrapados en un arnés de cuero que mantenía erguido sobre su pubis un falo largo y negro. Tomé el vaso de su mano y bebí. Ella pasó por detrás de mí, sin pensarlo abrí las piernas y estiré los pies, sus dedos, untados con una sustancia líquida y resbaladiza, se movían entre mis nalgas masajeándome la aureola del ano, mis riñones se alzaron, ella se acostó encima de mí y pude oír su respiración ronca silbando en mi oído mientras su mano jugueteaba con mi cabello, apretándome la cabeza contra el cubrecama. El objeto pegado a sus riñones me daba golpes en el culo, pesado, duro y sedoso. Arqueé un poco las caderas y empezó a ir y venir entre mis nalgas, con una lentitud deliberada, luego se retiró con la punta colgando, yo me llevé la mano a la espalda para guiarla y la chica embistió con todo su peso: entonces mi culo se abrió de golpe y ella entró en mí, con sus dos manos agarradas a mis nalgas para mantenerlas separadas y su cabeza en mi nuca. Una llama fría y mordaz me colmó la pelvis, erguí la espalda y me apoyé con las dos manos en la cabecera de la cama, ahora sus riñones presionaban los míos a base de grandes golpes que difundían más allá, a través de mi cuerpo, la sensación de una dulzura espantosa, mis piernas se retorcían buscaban apoyo, se deslizaban, sus muslos firmes y suaves pesaban sobre los míos, ahora sus manos ascendían y se apoyaban en mi cabeza con todo su peso. El placer invadió mi cuello y mis hombros, una larga corriente difusa, eléctrica, me

convulsionaba; mi verga, floja y casi olvidada, batía contra el borde del tejido al ritmo de sus golpes de riñón; apoyándome sobre uno de sus hombros, me liberé un poco, me volví de lado y abrí los ojos para mirar bajo su brazo. Su muslo moreno, marcado por varias cicatrices, apresaba el mío, mucho más pálido y cubierto de una pelambre rizada; las correas de cuero que mantenían en su sitio el objeto con el que me estaba ella trabajando los riñones formaban pequeños michelines en su carne; y en el espejo, más allá de su espalda larga y esbelta, podía apreciar su culo, dos globos dorados realzados por las correas que les pasaban por debajo, cabalgando el mío sobre el campo verde y dorado del cubrecama. De pronto se apagó la luz, borrando la imagen del cristal y sumergiendo el cuarto en la oscuridad; por más que abriese los ojos ya no veía nada, debía de ser una avería eléctrica, yo ahora estaba gozando con todos mis músculos y ella, restregándose contra mí entre gemidos, también debía de disfrutarlo, finalmente se dejó caer sobre mi espalda, su pelvis extendida contra mis nalgas, el falo inmóvil ensartado en mí, pasé una mano por detrás de la cabeza para revolverle el pelo, ella me mordió la nuca y yo volví a menear los riñones de forma espasmódica. El filo del placer no dejaba de fluir en olas sucesivas a través de lo largo y ancho de mi cuerpo abandonado. Yo quería recuperarme, tal vez liberarme de ella para esta vez tomarla yo, pero me vi invadido por una gran somnolencia, bostecé, mis manos se movían de forma cada vez más lánguida y ligera, volví a rozar mi espalda, mis riñones y sus muslos y así me quedé dormido, su verga alojada en mí y su cuerpo contra el mío, temblando de placer.

Cuando volvió la electricidad me desperté. La chica había rodado hacia un lado, sus piernas enmarañadas en las mías, el falo aún alojado en mí. Separé una nalga y me retiré con cuidado, ahora estaba seco y se enganchaba un poco, al final el objeto quedó liberado y cayó sobre el cubrecama con un ruidito amortiguado. Tenía la boca seca, pastosa; con cuidado, me desprendí de sus piernas, me levanté y me dirigí hacia el cuarto de baño. La luz blanca del neón me deslumbró, la apagué enseguida; todavía parpadeando, me incliné sobre el lavabo para beber ávidamente del grifo. Al salir contemplé a la joven: seguía durmiendo, acostada de lado, el falo casi escondido por completo en la sombra de su cuerpo curvado; detrás de ella, la luz amarilla de la lámpara de mesa iluminaba su espalda desnuda y morena, las largas hierbas verdes del cubrecama arrugadas bajo su cuerpo, las vides doradas del papel pintado. Me senté a su lado y le pasé con ternura la yema de los dedos por la nuca, la cerviz, la nalga. Ella se estremeció, pero sin despertarse. Su piel, casi áspera, rechinaba bajo mis dedos; entre sus piernas, sobre el falo negro se habían secado los humores, que en algunos lugares reflejaban la luz. Habría que bajar la calefacción, me dije confusamente. Pero no encontré ningún termostato, ninguna manecilla. Me levanté, llené dos vasos de agua, los coloqué sobre el radiador; luego apagué la luz y volví a acostarme junto a la muchacha, bocabajo, la mano en el hueco de sus riñones. Un ruido de agua procedente del cuarto de baño me despertó. La luz otra vez encendida y yo estaba solo en la cama. Me levanté, llamé a la puerta y entré sin esperar respuesta: la chica, desnuda y sentada en la taza, los codos apoyados en las rodillas, el falo aún atado a su vientre, estaba meando. Me incliné para darle un beso en el pelo. Ella se limpió y se levantó en un movimiento rápido que hizo rebotar su verga artificial, luego accionó la cisterna. «¿No vas a quitarte eso?», le pregunté mientras ella se aclaraba la cara y se echaba agua sobre el cabello. «¿Para qué? Me ha gustado, esto de tener una cola. Creo que me la voy a dejar puesta todo el día.» Ella se rió y yo salí y me acosté en la cama. Seguía haciendo mucho calor y sequedad y otra vez tenía sed. Ella salió tras de mí en el momento en que sonaba la melodía de un teléfono móvil. «¡Oh! Tengo que irme», dijo alegremente al mirar la

pantalla. Apoyado en un codo, la contemplé mientras se vestía. Para tratar de introducir el objeto a lo largo de su muslo, tuvo que pelearse con sus vaqueros, ya de por sí demasiado estrechos para sus caderas. Al final logró cerrarlos y abrocharse el cinturón. Luego se puso el sujetador y la blusa, y se dio unos golpecitos en la bragueta: «Bonito paquete, ¿no?». Yo alargué la mano y la acaricié sin decir nada. Ella sonrió, meneó la cabeza y se marchó. Yo me levanté, me di una ducha rápida y también me vestí. La materia lisa y sedosa del chándal se deslizó agradablemente sobre mi piel, resultó reconfortante. Al salir de la habitación, vacilé: había dos puertas, una frente a la otra, no me había dado cuenta. ¿Cuál había tomado la chica? No tenía importancia. Abrí una al azar y atravesé el umbral con paso seguro; mis pies, enfundados en unas deportivas ligeras como plumas, retomaron sus pequeñas zancadas, pegué los codos contra las costillas y me concentré en la respiración, inspirando por la boca al ritmo de mis pasos. El aire aquí era menos seco, el sudor perló rápidamente mi rostro, humedeció mis axilas, el hueco de mis riñones, yo recorría el pasillo gris lanzando los pies sin apenas ruido. Estaba oscuro, pero no me molestó demasiado, se veía bastante bien; sin embargo, no podía distinguir el origen de la luz, las paredes parecían lisas, planas, indistintas, me pregunté vagamente de dónde podía venir la claridad, un dato que en el fondo me importaba muy poco. Aquí y allá había partes más oscuras que parecía abrirse a algún rincón, tal vez a un túnel, continué adelante sin disminuir la marcha, siguiendo la curva que no cesaba, y como un niño tendí la mano y dejé que mis dedos palpasen la pared hasta que tropezaron con un objeto que no había advertido. Era un pomo, lo giré y abrí la puerta. Supe enseguida que ese espacio me convenía. Era un estudio enorme y muy claro, las paredes forradas por libros, con un ventanal al fondo que daba a un montón de pequeños edificios escalonados delante de una franja de mar gris y luminoso. Fui a apoyar las manos sobre la larga mesa situada ante el cristal y observé la ciudad, contemplando los cambios de color de las fachadas a medida que la luz bajaba. Luego me volví. Encima del equipo de música vi la funda de un disco, unas viejas grabaciones de conciertos para piano de Mozart; puse uno al azar y deambulé por el estudio escuchando las primeras notas, dejando errar la mirada sobre el lomo de los libros y los numerosos grabados y reproducciones colgadas entre las estanterías. Las lúcidas y vivarachas notas de la música danzaban a través de la estancia, colmándome de una sensación de serena ligereza. Me serví un vaso de aguardiente, encendí un puro que encontré en una caja y me arrellané en un diván de cuero negro a hojear un álbum que había sobre la mesa baja. De formato horizontal y encuadernado en tela blanca, mostraba series de fotografías de hombres y mujeres desnudos llevando a cabo diversos movimientos descompuestos en secuencias por el dispositivo de grabación. Me detuve en una página: con un poderoso movimiento, un hombre hacía pivotar a otro alrededor de su cuerpo para echarlo al suelo, bocabajo, y abalanzarse sobre él para placarlo, su cabeza como confundida con la de su adversario mientras los blancos globos de las nalgas y las líneas nerviosas de los muslos se superponían, un sinuoso apilamiento de formas, fijado para siempre por el disparo sucesivo de los obturadores.

En este estudio hacía fresco, casi frío. Cambié el disco e inspeccioné los armarios buscando algo que comer. No había gran cosa, pero pude prepararme una cena revitalizante a base de sardinas en aceite, cebolla cruda, pan integral y vino rosado. Mientras me lo terminaba, mi cuerpo tiritaba, recogí rápidamente y fui a abrir la ducha, esperé a que saliese agua caliente para desvestirme. Debajo del chorro estiré los músculos, disfrutando de las sensaciones que atravesaban ese cuerpo, largo y nervioso. En la habitación, me sequé delante de un gran espejo

redondo colocado al pie de la cama, un simple colchón echado en el suelo, cubierto por un grueso cubrecama bordado con unas largas hierbas verdes sobre fondo dorado. El espejo no reflejaba más que la parte inferior de mi cuerpo, que a pesar de la pequeña verga acurrucada entre las pelotas, se me aparecía casi como un cuerpo femenino, imagen que no me causaba la menor inquietud, más bien una difusa y agradable sensación de placer. Me volví para contemplar de perfil la combadura del muslo, la curva de los riñones, el óvalo delicado de la nalga. Me arrodillé sobre la cama, de espaldas al espejo, y levanté la cabeza. El culo, que ocultaba la parte de arriba del cuerpo, estaba ahora frente al círculo del espejo y, con una mano, lo abrí ligeramente, revelando la flor amarillenta del ano que parpadeaba suavemente, como si se estuviese mirando; una abertura minúscula pero sin fondo, deslumbrante. Aquello me pareció muy hermoso, lo contemplé pacientemente, hasta que al final me dejé ir y me acosté sobre el cubrecama. Ya no tenía frío y me dormí, como acostado en un campo de hierba, mecido por las cadencias alegres, burlonas, lúdicas de un último concierto. Cuando desperté estaba oscuro, todo en silencio, la carne de gallina me erizaba la piel y me deslicé bajo el cubrecama y las sábanas, envolviéndome bien para entrar en calor. Pero no logré volver a dormirme y al final me levanté, con el cubrecama sobre los hombros, para ir a la cocina americana a por un vaso de agua. Allá abajo, a través del ventanal, divisé en la negrura un rombo de luz, la ventana de un apartamento vecino que formaba un plano atravesado al bies por un largo diván de tejido blanco sobre el cual acababa de recostarse una joven en fina ropa interior. Sujeto encima del diván había un espejito redondo y ella se maquillaba, erguida sobre sus rodillas, con los riñones un tanto torcidos para mantener el equilibrio. De vez en cuando, levantaba el brazo para ajustar el ángulo del espejo, fijado en un soporte móvil, o bien para acercárselo a la cara, y ese gesto estiraba su pecho, anidado en un sujetador escotado, y hacía sobresalir el borde del pectoral, como un cable lechoso atado al hombro. Ella completaba esos gestos con rapidez y precisión, absorbida en la felicidad inconsciente de una rutina tan familiar para su cuerpo. La miré un momento, luego volví a acostarme. El sueño me llevó rápidamente a la entrada de una casa, una casa que debía de ser la mía, cerrada con llave tras una larga ausencia. Una serie de puertas daban a la cocina, de donde, tan pronto como abrí, salió un gato gris. La estancia apestaba a mierda y a basura, el gato debía de haberse quedado encerrado durante mi ausencia y lo había ensuciado todo: Poco importa, me dije encogiéndome de hombros, mi mujer lo limpiará. Abrí la puerta que llevaba al jardín trasero para airear, luego bajé al sótano; allí, atravesé un largo pasillo que desembocaba en una especie de cueva, abierta al gran jardín de delante. Mis obreros estaban allí esperando. «Dime, Emilio -pregunté-, ¿cómo va el trabajo?» Aquel a quien me había dirigido se adelantó, el sombrero entre las manos, y con una señal me pidió que lo siguiese afuera. La visión que allí me esperaba me horrorizó: el jardín, que antes dibujaba hermosas curvas montañosas protegidas de la vista de los vecinos, estaba ahora totalmente relleno, formando una superficie plana a la misma altura de la casa siguiente. Desesperado, miré a mi alrededor: el viejo granero en ruinas contiguo a la casa había desaparecido, Emilio, en un exceso de celo, lo había demolido para nivelar el jardín. Fuera de quicio, arremetí contra él violentamente: «¡Pero Emilio! ¡Eso no es para nada lo que te había pedido!». Emilio intentó defenderse tímidamente, yo corría de un lugar a otro comprobando la magnitud del destrozo. El jardín así renovado desembocaba en las ventanas de la casa vecina, apenas escondidas por unos arbustos, y prolongaba ahora un camino vecinal que, antes, terminaba en las inmediaciones de mi propiedad. Precisamente por allí llegó un coche que atravesó mi jardín tocando alegremente el claxon a su paso. «¡A ver, Emilio! -exclamé-. ¡Mira bien y dime! ¿Y mi granero? ¿Quién te ha dado permiso para arrasarlo?» En vano estuve pensando en la forma de

arreglar todo aquello, pues los daños eran demasiado importantes, me pareció una tarea imposible. El coche volvió a salir del jardín por un pórtico abierto cerca de la casa de los vecinos, y yo, furioso, lo seguí. «¡Venga, vas a cerrarme todo esto ahora mismo!», ladré señalando al camino. «¡Esto es una propiedad privada, por Dios, no una carretera!» Me adelanté y contemplé el callejón. Otro coche venía lentamente hacia mí, conducido esta vez por una mujer rubia. Emilio también había salido y estaba junto a mí, un poco en retaguardia. El coche deceleró, como para aparcar, pero no se detuvo y, con un gran estruendo metálico, fue a estrellarse perezosamente contra el pilar de piedra que sostenía el pórtico. Me acerqué deprisa, pero la conductora, las manos todavía sobre el volante, no se había hecho nada. Me pareció reconocer a mi vecina, que por otra parte se parecía curiosamente tanto a mi esposa como a mi madre -dos mujeres que tampoco sabían conducir-, y me incliné para hablar con ella de nuestro recién estrenado problema de vecindad; pero ni tiempo tuve de abrir la boca, pues, a través del cristal bajado, empezó a largarme una letanía de quejas: «¡Oh, precisamente usted! ¿Es consciente de que su circuito eléctrico anda como una cafetera? Hay picos de tensión todo el tiempo y eso provoca cortes en todo el vecindario». Aquellas palabras me llenaron de rabia y también yo me puse a gritar: «¡No sea usted exagerada, señora! He hecho que un electricista profesional revise el circuito por completo, dos veces. ¡Así que ya basta!». Cuando desperté, una luz fría bañaba la habitación, haciendo relucir el campo dorado del cubrecama pero sin calentar lo más mínimo. Me levanté y me vestí rápidamente, me bebí un vaso de zumo y salí. En el pasillo retomé la carrera sin vacilar, el esfuerzo me relajó y acabó de disipar los últimos restos del sueño. Todavía distraído, no obstante, tropecé alguna que otra vez con las paredes, la luz indistinta confundía los puntos de referencia y no siempre lograba situarlos con precisión, a veces aparecían zonas más oscuras, nuevos túneles o acaso nichos, yo los evitaba y me esforzaba por permanecer en el centro del pasillo, avanzando a zancadas cortas y regulares, mis deportivas golpeando con un sonido amortiguado un suelo tan liso como las paredes. Respiraba con regularidad, en pequeñas bocanadas rápidas, no me cansaba, sabía que así podía correr mucho tiempo. En un momento dado, advertí que llevaba los cordones sueltos, interrumpí la carrera y me arrodillé para atármelos; al levantar la cabeza, me di cuenta de que me hallaba ante un pomo, lo hice girar sin titubear y se abrió una puerta que franqueé en cuanto me hube levantado. Unos pasos más lejos me esperaba una hermosa mujer altiva, de físico muy sensual. Tenía una mano sobre la cadera; la otra acercaba a sus labios, pintados de color sangre, una larga boquilla para cigarrillos: «Llegas tarde, querida», murmuró exhalando una nube de humo y cogiéndome de la mano. «Dios mío, estás sudando. Y ni siquiera vas vestida.» En su muñeca tintineaban varias pulseras doradas; me agaché y rocé con los labios su hombro desnudo, la nariz entre sus largos rizos de reflejos pelirrojos, inspirando su rico olor a ámbar, ligeramente almizclado. «Disculpa. He tenido que correr.» — «No pasa nada. Ven.» La seguí a través de una gran estancia, al fondo de la cual había abierta una puerta con vidriera que daba al exterior. Un césped de un verde brillante, sobre el que dos hermosos dálmatas se perseguían ladrando y trazando grandes elipses erráticas, se extendía hasta unos bosquetes de palmeras, ficus y buganvillas; un grupo de chicas en pantaloncitos ceñidos y bikinis o en camisetas de tirantes jugaba al voleibol. «Ya ha llegado casi todo el mundo», dijo mi amiga con un ligero tono de reproche, subiendo una escalera de piedra que bordeaba la fachada de la vivienda. Sus altos tacones de aguja repiqueteaban sobre la piedra y sus caderas ondulaban delante de mí. La escalera desembocaba en una amplia terraza embaldosada, de color terracota, en medio de la cual brillaban las aguas verde esmeralda de una piscina rectangular. Una chica grande de pelo corto y negro hacía largos con el pecho desnudo; cerca del borde, acostada bocabajo y

apoyada en los codos, otra joven, rubia con un moño retorcido, me seguía con la vista con aire burlón; sus hermosos piecitos, las uñas de rojo vivo, se mecían por encima de sus nalgas rollizas, apresadas en un bañador blanco a rayas azules que le dejaba la espalda al descubierto. Contemplé aquel cuerpo magnífico con un deje de envidia; pero mi amiga ya me arrastraba por otra puerta corredera a un gran salón enmoquetado de paredes gris pálido, con cortinas naranja quemado y amarillo limón, organizado en varios planos y amueblado con elegancia y sobriedad en tonos verdes que hacían juego con el césped. En el centro reinaba una especie de lecho o de diván de dimensiones imponentes, sin respaldo, cubierto con una gruesa tela dorada bordada con unas largas hierbas verdes. Rodeamos aquel mueble para seguir un pasillo que llevaba a un dormitorio. El cuarto de baño contiguo, con suelo de pizarra y paredes chapadas de blanco, me pareció inmenso. «Dúchate ahí -ordenó mi amiga-. Voy a buscar algo con que vestirte. Algo clásico, ¿no?» Me rozó la barbilla con sus uñas pintadas: «Y afeitarte. Rascas». Me desvestí rápidamente e hice lo que me ordenaba. Apenas terminé de afeitarme, volvió con una pila de trajes y los dejó sobre una silla. La sesión de pruebas duró un buen rato, la talla no siempre me iba bien; me pasó un sujetador de encaje gris cuyo escote redondeaba un poco mis formas, unas bragas de tul bordado y unas medias de seda rematadas por una ancha banda de encaje, también grises pero de un tono más oscuro, casi metálico. Encaramada sobre los zapatos de tacón en los que había deslizado mis pies, admiré en el espejo la curva de mis nalgas y de mis muslos realzados por el encaje, retrasando el momento de ponerme el vestido. Este era sublime, un largo vestido tubo de lino y viscosa gris perla tricotado y muy sedoso, sin la menor costura, forrado en su interior con una seda rosa palo que resbaló delicadamente sobre mi piel cuando me lo puse por la cabeza. Los tirantes dejaban al descubierto mis hombros angulosos; delante, el tejido, modelado por el sujetador, daba forma a un pecho menudo pero encantador. Mi amiga me alisó el tejido sobre las caderas sin perder de vista nuestro reflejo en el espejo. Luego me maquilló, gris azulado para los párpados, un color más bien rosado para los labios y una laca también rosa pero más oscura para las uñas; me puso también algunas joyas, pendientes de perlas, collar trenzado, pulseras y anillos de plata labrados con gusto. En cuanto al pelo, fue sencillo: me lo alisó con gel, luego me lo separó con una raya larga y limpia, y lo dejó con una mecha aplastada de través en la frente, y los costados recogidos con pinzas. Me encaramé en mis zapatos de tacón y esboqué algunos movimientos. «Estás soberbia», le susurró con voz ronca mi amiga a la gran mujer con porte de reina que me devoraba con los ojos desde el espejo, los ojos realzados con kohl y con rímel, ardientes de excitación. «Puede que no sea la más guapa de la velada -murmuré pivotando sobre mis tacones y mirando por encima del hombro la espalda y los riñones de la figura en el espejo-, pero mi culo pondrá tiesa a más de una.»

La fiesta estaba en pleno apogeo. El remolino de mujeres a mi alrededor me provocó un ligero vértigo, en mis oídos resonaban ruido, música, risas, gritos, tintineo de vasos y joyas, me hallaba en medio de una zarabanda de guiños, mohines, sonrisas, contactos, gestos cariñosos, atisbos de movimiento repetidos en los grandes espejos que rodeaban el salón. El vestido, estrecho, me obligaba a dar pasos menudos, todavía no acababa de sentirme a gusto sobre los tacones; pero mi equilibrio se iba a afianzando poco a poco y, con él, iba ganando seguridad y empezaba a reírme, hablar, gesticular tan libremente como mis compañeras. Mi amiga me ofreció un cóctel, un gin-tonic fresco, chispeante, casi amargo, y se inclinó a susurrarme unas palabras al oído: «Aquí todo es perfecto, ¿no? Estamos entre las nuestras». Había demasiado ruido para oírla y meneé la

cabeza. En una parte un tanto elevada del salón, tres chicas bailaban contoneándose, sus hermosos traseros apesados en minifaldas o en pantaloncitos, sus piernas largas y desnudas y lisas. Muy cerca de mí, una mujer altiva de cuerpo escultural, exagerado, que me sacaba casi una cabeza, se miraba fijamente en un espejo, sus dos manos remontando las caderas y el vientre hasta llegar a sopesar gravemente sus senos abombados. La joven de pelo rubio recogido en un moño, a la que había visto poco antes al borde de la piscina con un bañador rayado, se unió a nosotras, ahora llevaba un corto vestido bordado con una estola morada drapeada sobre los hombros estrechos. Su mano se posó con familiaridad sobre mi espalda y me rozó el cuello con los labios: «¡Qué hermoso vestido! Te queda muy bien». Me sonrojé de placer y, atrayendo su nuca con la mano, ceñí mi boca a la suya. Cerca de nosotras mi amiga reía; delante de mí, en el espejo, vi la espalda y los riñones de la joven, nuestros cuerpos enlazados y mi propia mirada filtrada a través de sus mechas despeinadas que olían a brezo, musgo y almendra. Finalmente se liberó y me contempló con una sonrisa breve y alegre; luego, acariciándome la cara con la punta de los dedos, se alejó: «Hasta luego». Di un trago mientras la veía desaparecer entre el gentío. Mi amiga seguía riendo y me ofreció un pintalabios: de pie ante el espejo, me retoqué con cuidado el trazo de los labios; cuando los presioné el uno contra el otro, en ese gesto tan íntimamente femenino, experimenté un placer sensual que se difundió por todo mi cuerpo. Cerca de mí, varias chicas se abrazaban sobre los sofás o de pie contra las paredes, vi manos de uñas variopintas errando sobre los muslos y las nalgas y desapareciendo bajo los vestidos o las faldas, senos que aparecían bamboleantes, su pezón erecto convidando a los labios, la joven peinada a lo chico que antes hacía largos en la piscina estaba ahora arrodillada entre los muslos de la gran mujer escultural; esta, su cabeza inclinada sobre aquella, seguía mirándose en el espejo, me volví hacia su reflejo e intenté que nuestras miradas se cruzasen, pero ella continuaba ensimismada en sí misma, impenetrable, así que podía contemplarla con total tranquilidad, sin que se diese cuenta; visto desde esa perspectiva su rostro adquiría un visaje duro, anguloso, casi masculino, a medida que la cabeza de pelo negro descendía a lo largo de su cuerpo, su mirada se ensombrecía virando hacia un aire feroz, desmesurado; y cuando por fin la chica le hubo apartado los muslos con ambas manos para posar la hermosa boca pintada sobre su sexo, sus ojos se vieron animados por una alegría furiosa, devoradora, soberbia. Yo bebía a sorbitos sin dejar de mirar el espectáculo en el espejo, mi amiga observaba igualmente a la pareja por encima de mi hombro y yo distinguía también, delante de mi propio reflejo, el de sus formas generosas y sus cabellos ensortijados. Una bandejita plateada que circulaba entre las invitadas llegó hasta nosotras; me agaché, cogí con delicadeza la paja de cristal e inspiré por la nariz una línea de polvo blanco, y luego otra; un temblor me atravesó el cuerpo, me incorporé, combada nerviosamente sobre mis piernas tensas por los altos tacones, y con una mano me alisé el tejido tricotado sobre la cadera y la nalga. También mi amiga tomó un poco de cocaína mientras yo le sujetaba la bandeja. Luego la hice pasar, y a ella la agarré de la mano para sacarla fuera. Al atravesar el umbral de la puerta corredera de cristal tirité, afuera hacía fresco, también humedad, bajo el haz de puntos luminosos dispuestos aquí y allá, la hierba brillaba por el rocío. «Hay mucha luz -le dije a mi amiga-. ¿Estás segura de que no van a saltar los plomos?» — «No te preocupes. Un electricista profesional ha revisado el circuito, dos veces.» También ahí había decenas de invitados charlando o besándose mientras bebían, reían, fumaban. Varias chicas, desnudas excepto por un tanga o una camiseta, nadaban en las aguas iluminadas de la piscina, sus cuerpos hermosos y esbeltos deformados por las ondulaciones del agua verde. En el borde, arrodillada, desnuda también salvo por unas finas bragas de encaje negro y violeta, la joven del moño medio deshecho a la que había besado contemplaba su imagen en el agua agitada.

Desde donde yo estaba, veía su perfil: su lengua nuca realzada por el moño, su hombro anguloso y la graciosa curva de su espalda eran casi las de un chico; pero la forma redondeada de sus caderas cuando se levantó con un movimiento flexible, y las nalgas firmes que tensaban el tejido translúcido de las braguitas eran las de una mujer, toda una mujer. Yo seguía bebiendo, mi amiga me había pasado otro gin-tonic y el rojo de mis labios maculaba el borde del vaso, sentí que se me erizaba la piel bajo la ropa interior que la apesaba, una piel que buscaba con delicia, en los lugares donde estaba desnuda, el contacto del sedoso forro del vestido. La joven rubia, las manos sobre las rodillas y las nalgas hacia atrás como una chiquilla, seguía contemplándose en las blancas aguas de la piscina, y ese espectáculo me llenó de alegría. Luego se incorporó de golpe, brazos alzados y pequeños senos menudos lanzados hacia delante, tomó impulso y se sumergió, borrando así su reflejo. Vi cómo su cuerpo largo y blanco se esfumaba bajo el agua, el brazo a lo largo de los costados, propulsada por los pies. Mi amiga me acariciaba los riñones y las nalgas, haciendo resbalar el tejido del vestido sobre la tela chirriante del forro, pero yo apenas me daba cuenta. «Te gusta -me dijo su voz al oído-. Más que yo.» — «No es eso -dije yo con tristeza-. Siento celos de su cuerpo. El mío jamás será así.» — «Tú también eres muy guapa. Tu cuerpo me excita.» — «Tal vez. Pero no es lo mismo.» Me acerqué a ella, el pulso acelerado. La chica salió del agua, chorreando, los cabellos deshechos y empapados, las braguitas mojadas pegadas al pequeño sexo delicado. Otra mujer le tendió una toalla y ella se cubrió los hombros y corrió hacia nosotras a pasos menudos: «¡Dame un trago!», exclamó estallando en una risa alborozada. Apoyada contra mi amiga que ahora me acariciaba suavemente el vientre, le ofrecí mi vaso con una sonrisa afectuosa. Me sentía feliz y ligera, el espíritu dilatado por el alcohol y la cocaína, invadido por la plenitud del cuerpo ambiguo que dibujaba la hermosa ropa que me había prestado mi amiga. «Te vas a enfriar», le dije a la chica rubia que tiritaba, estirando los dedos para secar el agua que perlaba la piel erizada de su brazo. «Ven a secarte.»

Sola ahora en el cuarto de baño, examiné mi rostro a la luz cruda y despiadada del neón. Bajo su máscara de colores y de polvos me parecía hueco, casi febril. Me repasé rápidamente los pómulos ardientes con un poco de colorete y volví al salón. La joven rubia había salido antes que yo y bailaba ahora casi desnuda, su imagen repetida en los espejos ante la gran cama del tejido verde y dorado. Por todas partes reinaba una enorme confusión de cuerpos; desvestidos del todo o sólo en parte, se enlazaban sobre los divanes y la moqueta, abriéndose los unos a los otros en un comunismo alegre y salvaje en que los órganos, las manos y las bocas ávidas se imponían a los individuos haciéndolos estallar, revolverse, mezclándolos en una marea de gritos y de suspiros roncós, sacudidos por espasmos irregulares. Busqué con la mirada a mi amiga: seguía del otro lado del ventanal, encaramada con aire irónico sobre sus altos tacones, fumando un cigarrillo y contemplando con aparente indiferencia, a través del cristal, aquella utopía desordenada de los cuerpos, en cuyo seno me fui abriendo camino lentamente. Llegué delante de la chica rubia, la tomé por los hombros y la acosté bocabajo, empujando su pecho menudo y su cara sobre las largas hierbas de la tela. Así como involuntariamente, abrió las piernas, yo me arrodillé detrás de ella sobre el diván y acaricié sus muslos finos y nerviosos; cuando estiré del fino tejido de sus braguitas, las nalgas se ahuecaron para aflojarse enseguida y abrirse bajo la presión de mis dedos. Me agaché y rocé con los labios la piel todavía erizada del culo; con los codos prietos contra las costillas, ella tiritó; entonces le pasé la lengua por la raya, degustándola con un ligero amargor al contacto del ano, fruncido en medio de una escueta mata de pelo rubio. Deslicé una mano bajo su

cuerpo estrecho, a lo largo del vientre y luego de la ingle, apartando el tejido mojado de su braguita para arropar entre mis dedos su pequeña verga blanda y sus pelotas acurrucadas. Ella empezó a gemir, yo le lamía el ano a golpecitos secos jugando con su sexo, mi propia verga se había endurecido y me incorporé para levantarme el vestido y extraerla de mi braguita, la unté con saliva y luego atraje contra mi vientre la espalda y las nalgas desnudas de la chica y me deslicé en ella de golpe para doblarme hacia delante, mis dientes sobre los pelos rizados de su nuca. Con las manos crispadas sobre el cubrecama bordado y la respiración entrecortada, la joven bufó de placer, yo solté su verga floja para acariciarle un seno, girándome un poco y apoyando la otra mano en su nuca: así podía contemplar una parte de nuestros cuerpos en el espejo, mi culo, moldeado bajo el vestido, dibujando una curva gris perla realzada por la luz del plafón, y debajo, casi carmesíes, desnudos salvo por la fina banda arrugada de la braguita, arqueados sobre la tapicería verde y dorada de la tela, el muslo y el culo de la chica rubia. Apreté su cuerpo menudo y fino entre mis manos y volví a buscar su verga, ahora sí estaba empalmada y el sexo, atiesado, parecía minúsculo entre mis dedos, lo bamboleé mientras seguía hurgando en su culo, ella jadeaba y gozaba dando chillidos, su trasero y su espalda estremeciéndose de forma continua. Luego se hundió en las hierbas bordadas, expulsando mi sexo de su culo en un movimiento largo y resbaladizo. Yo todavía no había gozado y mi verga palpitaba, yo jadeaba como ella, las manos apoyadas sobre sus largos muslos blancos. Pero llegó otro cuerpo para instalarse contra el mío y levanté la cabeza para frotarla contra la suya: se trataba de la gran chica peinada a lo chico, cuyo pelo negro y tupido, apretado contra mi cara, me colmaba las ventanas nasales de un olor a tierra y canela. Levanté la cabeza para besarla en los labios: justo delante de mis ojos, una espesa cicatriz bifurcada le marcaba el ángulo de la mandíbula. Totalmente desnuda, se restregó contra mi espalda, me acarició el pecho, presionó mis muslos con sus rodillas; luego me subió el vestido hasta los riñones, apartó mis braguitas hacia una nalga y se puso a su vez a acariciarme el ano, la yema del pulgar húmeda de saliva. Impasible detrás del cristal, mi amiga nos observaba atentamente; la chica rubia se había acurrucado como una bola y, retirada a un lado del diván, también nos miraba con los ojos húmedos de placer. La verga de la chica de pelo negro empujaba contra mis nalgas, pesada, caliente y tierna; apresado por su cuerpo palpitante de excitación, yo sentía cómo mi propio cuerpo se endurecía, cómo por un breve instante adquiriría la densidad de un hueso de fruta para luego fundirse poco a poco. Con la mano atrás y el corazón batiente, guié la verga resbaladiza de saliva hacia mi ano, ella presionó y me ensanchó y entró, llenándome de gozo la espalda entera, desplegándola bajo el tejido del vestido. Yo no acababa de empalmarme, mi sexo rebotaba muellemente contra el encaje de mis braguitas bajadas, mis muslos enfundados en seda restregándose contra los muslos musculosos de la chica que, de una poderosa arremetida, se metió en mi interior, yo me repantigué sobre un hombro, retorciéndome un poco de lado, así podía ver otra vez varias partes de nuestros cuerpos enmarcados en los espejos, un amasijo de carnes movientes, de pedazos de ropa dispar amontonados sobre la extensión verdosa de la tela, rematados por el culo abombado de la chica, que a cada investida se estremecía, y bajo su culo mi muslo y la curva de mi nalga, delimitados por el gris de la media y del vestido arremangado. Sus manos se apoyaban con todo su peso en mi nuca y mi cabeza y fue así que, bien abierto por su verga magnífica, mi cuerpo se arrancó de sí mismo, proyectándose tal que una sombra sobre los que lo rodeaban, el que lo estaba dominando y otros que andaban cerca, ligeros y dislocados por el placer que los elevaba como una inmensa marejada.

Cuando abrí los ojos estábamos las tres echadas sobre el diván, nuestros miembros mezclados los unos con los otros, desnudas excepto por algunas prendas de tul y de encaje. Tenía la boca pastosa, algunos calambres me recorrían los músculos. La joven de los cabellos rubio veneciano dormía bocabajo totalmente desnuda, la del pelo negro yacía de espaldas, su larga verga apoyada en el muslo. La rocé con el envés de los dedos, pero la chica no despertó. Me incorporé, me senté en el borde de la gran cama y me deshice del zapato de tacón que no me había quitado durante toda la noche, así como de la media de seda. A pesar del dolor ácido que se ensortijaba con intermitencia en mi cabeza, una enorme sensación de paz y plenitud colmaba mi cuerpo. A nuestro alrededor había otras chicas que también dormían, echadas sobre los sofás y las mullidas moquetas. Algunas seguían gozando en sueños, una de ellas, una muchacha muy delgada de pechos desmesurados, se acariciaba distraídamente un seno y soltaba pequeños gemidos. De mi amiga no había el menor rastro. Me levanté y deambulé por la casa silenciosa buscando el cuarto de baño, donde estuve un buen rato meando, sentada en la taza. Luego me desmaquillé y me di una ducha, estremeciéndome de placer bajo el chorro caliente. Mi ropa de deporte estaba enrollada en el rincón y, en cuanto me hube secado, me la puse en un santiamén. En el salón, mis dos compañeras seguían durmiendo, acurrucadas ahora la una contra la otra en medio del campo verde y dorado de la gran pieza de tejido. La chica del pelo a lo chico se había vuelto sobre el costado de tal modo que su pelvis encajaba con las nalgas finas y nerviosas de la joven rubia, medio escondidas bajo las más musculosas de la otra. Mis deportivas no hacían el menor ruido sobre la moqueta y al salir no desperté a nadie. Bajé, atravesé la casa y abrí la puerta del fondo para meterme en el pasillo; tan pronto como la cerré me puse a correr, subiéndome la cremallera del chándal hasta el cuello. No contaba los pasos, se iban sucediendo uno tras otro, firmes y regulares como mi respiración, conduciéndome mal que bien en la difusa luminosidad, tratando de adivinar la curva del pasillo, temeroso por chocar con la pared. De cuando en cuando, cada vez que aquello se volvía demasiado oscuro, alargaba una mano para guiarme, pero a veces mis dedos no encontraban más que el vacío, tal vez otro ramal o acaso un hueco, entonces vacilaba pero no me detenía, esforzándome por mantener el rumbo. Cuando mi mano golpeó un objeto metálico, supe enseguida que era el pomo de una puerta, ajusté mi paso para cogerlo y abrí. Más allá del umbral, la luz me deslumbró, parpadé y me tapé los ojos con el brazo. El aire era como el de un incendio, la cara y el torso cubiertos de sudor, me quité rápidamente la chaqueta para secarme con ella, luego me la anudé a la altura de los riñones. Entonces miré a mi alrededor. Me hallaba en el lindero de una extensión de tierra roja sobre la cual había dispersos varios grupos de cabañas redondas con las paredes de arcilla y los tejados de paja. La gente iba y venía, sobre todo mujeres y grupitos de niños, algunos hombres también, todos de piel negra y pelo corto y crespo, vestidos de colores vivos y a menudo mal combinados. Unas cuantas palmeras ascendían enormes entre las cabañas; más lejos se alzaba una gigantesca pared de vegetación, donde el verde brillante de los mangos destacaba sobre los tonos más oscuros, verdín o amarillento, de los otros árboles. En el aire flotaban ruidos de pájaros y gritos de niños; a veces también resonaban los ladridos de un perro invisible. El aire era pesado, eléctrico. Una mujer, sentada a la sombra delante de una cacerola ennegrecida que cocía a fuego lento sobre un pequeño fuego, me hizo una señal con su cucharón para que me acercase. A su lado, sobre una estera de paja trenzada, dormía un bebé, una niña desnuda con sólo un cordoncillo de color alrededor de los riñones. La mujer me señaló otro taburete y me ofreció una escudilla humeante llena de alubias rojas con una cuchara de latón. Yo tenía mucha hambre y devoré jovialmente el plato, dándole las gracias con una sonrisa y algunas palabras; ella respondió en una lengua que no entendí, animándome con un gesto a seguir

comiendo. Le faltaba sal pero poco importaba, devoré cucharada tras cucharada hasta vaciar la escudilla. Seguía sudando copiosamente, aquel húmedo calor me pegaba la ropa al cuerpo. Una bocanada de viento caliente sacudió las palmeras y la mujer levantó la cabeza. Yo también miré: unas pesadas nubes negras cubrían el cielo sobre el bosque. Las primeras gotas empezaron a estrellarse contra el suelo, haciendo brotar partículas de tierra roja; la mujer recogió al bebé en su estera y agarró la cacerola, gesticulando para que la siguiese bajo un tejado de paja sujeto por estacas, como una cabaña sin paredes. Allí había tres sillas pequeñas o taburetes de madera, tomamos asiento en silencio mientras que, afuera, la lluvia iba intensificando su zumbido y creciendo en volumen hasta ahogar cualquier otro sonido. De pronto, todo se había ensombrecido. El bebé despertó y rompió a llorar. La mujer lo meció, luego, con un gesto seco, liberó de su blusa un grueso seno redondo y flácido del cual se apoderó la criatura con avidez para mamar con todas sus fuerzas. La lluvia martilleaba ahora la tierra y yo miraba en silencio a la mujer y a su bebé, escuchando el croar de los sapos que se elevaba desde el linde del bosque. De repente, delante del refugio apareció una sombra que gritó unas palabras guturales. La cara de la mujer se descompuso, apretó al niño contra su pecho, la sombra se había agachado para entrar en el refugio, cuando se incorporó vi que se trataba de un soldado armado, la cabeza cubierta por trencitas y el pecho y los brazos decorados con objetos heteróclitos, joyas o fetiches. Gritó y agitó su arma hacia el exterior, la mujer se había apartado de la silla y se había sentado en el suelo, con el bebé bien abrazado, sin previo aviso el hombre me dio una buena patada, caí al suelo y seguí moliéndome a palos hasta que me puse a reptar hacia fuera para escapar de él. La lluvia me empapó inmediatamente; apoyado sobre las manos, traté de levantarme, pero un mal golpe en la espalda me lanzó volando sobre un charco. Aturdido, medio grogui, la boca llena de un lodo que en vano traté de escupir, me acurruqué sobre el costado, el dolor chisporroteando como la quemadura de un hierro candente, incapaz siquiera de salir del charco. Borrosas, apenas distinguibles, las botas de goma verde del hombre me tapaban todo el campo de visión, rodé sobre los hombros, la figura verde y morena, velada por la lluvia, seguía encima de mí agitando su fusil, a mi espalda la mujer gritó, yo seguí al soldado con la mirada mientras iba hacia ella, que se agarró convulsivamente a su bebé hasta que el hombre se lo arrancó en un gesto brutal y lo lanzó volando a un matorral, la mujer dio un grito estridente y se apresuró hacia el matorral; pero un violento golpe en el vientre la dobló en dos y la tiró al suelo, y allí el hombre le asestó una patada en la cabeza. Fue lo último que vi, algo o más bien alguien me había cogido por el pelo para arrojarme sobre el lodo, di un alarido y procuré agarrarme al brazo, lo que me valió una buena tunda, sofocado, medio asfixiado por el fango y el terror, al final logré rehacerme y caí de rodillas mientras una mano implacable me retorció los brazos a la espalda y me los ataba a la altura de los codos. Luego me pusieron de pie y un violento empujón me propulsó hacia delante. Se estaba haciendo de noche, la lluvia me cegaba y no veía nada, un último golpe volvió a tirarme al suelo cerca de unas personas a las que oía pero no podía distinguir. Me retorcí para volver a ponerme de rodillas, parpadeando con furia, varias cabezas me rodeaban, chicos y chicas, todos parecían muy jóvenes, gritaban y lloraban en su lengua. La cuerda me cortaba la circulación a la altura de los codos, sentí que mis manos se entumecían. Poco a poco la lluvia se fue apaciguando, tras de una nube apareció un pedazo de cielo apagado que depositó sobre la escena una luz vacilante, estábamos rodeados de soldados, todos semejantes al primero, dos de ellos le anudaban cuerdas a los niños sentados alrededor de los riñones, vino otro y me ató de esa misma manera, más lejos, otros soldados blandían sus fusiles automáticos, empujaban a una media docena de hombres hacia el mango inmenso y solitario que se alzaba en medio de la plaza, los pusieron contra el tronco y

los ataron juntos, los hombres se dejaban hacer sin resistirse, desde donde yo estaba no podía escuchar si protestaban o no, seguía lloviendo un poco y el croar de los sapos colmaba el crepúsculo, la luz del sol poniente hacía relucir los charcos esparcidos por la plaza, uno de los soldados cogió un grueso palo que andaba por allí y, con gesto tranquilo, preciso y metódico, le fue reventando la cabeza a los hombres del árbol. Otros hombres empezaron entonces a molernos a golpes para que nos pusiésemos en pie, fue cuando me di cuenta de que nos habían atado de tal modo que formábamos una especie de cadena humana, tuve la impresión de ser el único adulto, todos los demás parecían niños o adolescentes. A mi lado había dos soldados: «Por favor, please, bitte, s'il vous plaît, min fadlikoum, pozhaluista, molim vas», mascullé de forma idiota en todas las lenguas que conocía, agitando los brazos a mi espalda. Uno de ellos me miró con ojos muy rojos; el otro lanzó unas palabras y el primero se sacó un cuchillo y se adelantó para cortar las cuerdas que me apresaban los codos. Mis manos y mis antebrazos estaban amoratados, ya no los sentía, los golpeé contra mis muslos y un horrible hormigueo los invadió, casi insoportable, los codos también me quemaban, un dolor agudo, a la altura por donde me los habían atado, me di unos masajes mal que bien, apretando los dientes para no gemir. Un poco más lejos, una joven se debatía en el suelo gritando. Un soldado quiso levantarla pero ella se resistió, pataleando en el suelo cenagoso y aullando con todas sus fuerzas. Por fin el soldado la soltó y se incorporó, tomó el fusil que llevaba al hombro y le aplastó la cabeza de varios culatazos, no se detuvo hasta que la chica quedó inmóvil por completo. Luego le desató la cuerda de los riñones y volvió a atarla para reestructurar la cadena, que se puso en marcha entre gritos y golpes, dejando atrás el cadáver, echado en el lodo, la sangre y los sesos salpicando unos charcos todavía acribillados por las últimas gotas de lluvia.

Nos obligaron a caminar toda noche. Igual que los niños atados conmigo, tuve que cargar sobre la cabeza un pesado saco lleno de grano o de harina. El sufrimiento lancinante en mis brazos, magullados por las cuerdas demasiado apretadas, agravaba la dificultad del ejercicio; no dejaba de resbalar en el lodo, de tropezar con raíces, lianas o zarzas, a menudo dejaba caer el saco y me caía una lluvia de golpes como castigo. Las ramas espinosas me laceraban los brazos y la cara, los mosquitos me devoraban sin que pudiese rascarme, avanzaba paso a paso, jadeando, guiado de forma aproximada por la cuerda que me unía a la niña de delante. Cuando uno de los niños, agotado por el cansancio, acababa cayendo al suelo, lo machacaban a patadas; si no se levantaba lo suficientemente rápido, lo mataban con un palo, un culatazo o un cuchillo: desde que aparecieron los primeros soldados, no había oído un solo disparo. A nuestro alrededor se alzaban los árboles inmensos del bosque, negros y amenazantes, entrelazados en redes de vegetación como en telarañas gigantescas, la luz de la luna apenas se filtraba entre ellos, pero eso no parecía molestar a los soldados que guiaban la marcha. A ambos lados de la columna, la oscuridad estaba animada por un baile enfurecido de luciérnagas, minúsculos puntos de luz verde que aparecían y desaparecían, breves como un parpadeo amistoso; el bosque crujía por todas partes, gritos de aves o de monos asustados por el rumor de la tropa, sonidos de hojas pisoteadas, de ramas quebradas, de gotas de agua sacudidas de las ramas, una orden ladrada en una lengua desconocida, el aullido de dolor y de miedo de un niño golpeado, el ruido ronco de las respiraciones desconsoladas. Violentos olores se me agarraban a la garganta, olores de tierra, de lodo, de ciénaga, de hojas descompuestas, el agrio aroma del sudor de los soldados que a veces pasaban a mi lado, el hedor más dulzón de la mierda cuando uno de los niños, no pudiendo aguantarse más,

se cagaba encima mientras caminaba, el olor, reconocible entre todos los otros, del puro miedo. Cuando llegamos al campo todavía era de noche. En un gran murmullo contenido, fuimos acogidos por soldados armados y por una muchedumbre de niños; unas manos ágiles e invisibles nos quitaron los sacos de la cabeza, los bidones y las cacerolas; separados en dos grupos, chicos y chicas, y a través de un claro todavía empapado por la lluvia, fuimos llevados ante el jefe de aquel ejército extraño. Retrepado en un pequeño asiento de madera trenzada, imperaba bajo un toldo de paja, rodeado por una decena de soldados armados con fusiles rusos y con machetes, y por mujeres jóvenes y niñas, sentadas a sus pies en silencio. Unas manos rudas nos obligaron a arrodillarnos sobre la hierba húmeda, a diez o doce metros del grupo; el comandante se acercó, la luna iluminaba sus rasgos y pude distinguirlos con claridad, tenía pinta de ser muy joven, apenas un poco mayor que sus hombres, también a ellos los veía mejor y ninguno parecía haber abandonado la adolescencia. Un soldado se acercó a su jefe y este, con una voz fuerte pero un tanto aguda, pronunció varias frases que el soldado tradujo enseguida a una lengua que, como la original, tampoco entendí. Luego, toda la asamblea se arrodilló a nuestro alrededor; sólo quedó en pie el comandante, con sus trencitas aceitadas y sus grisgrises relucientes en la claridad nocturna, que entonó un solemne cántico, repetido en coro por todos los presentes. Cuando hubo terminado, varios soldados pasaron entre nosotros con una pequeña calabaza en la mano, mojaban los dedos en una sustancia espesa y líquida que había en el recipiente y le trazaban a cada nuevo cautivo una cruz sobre la frente, el pecho, la espalda y las dos manos. Cuando llegó mi turno, me dejé hacer de forma pasiva y cerrando los ojos; de ahora en adelante, les pertenecía. Luego el comandante distribuyó a las niñas entre sus soldados, quedándose dos para él, y yo, junto con otros muchachos, fui apartado hacia un rincón del claro, donde nos ataron de nuevo los unos a los otros por la cintura y nos dijeron que nos echásemos a dormir. Por encima de mi cabeza, el follaje de los árboles destacaba sobre un cielo pálido, de las hojas todavía caía alguna que otra gota, la luna brillaba más alto y no vi ninguna estrella. Detrás de mí resonó un grito breve, seguido de un crujido de hojas y de un gruñido; me volví mal que bien: en medio de una extensión de altas hierbas verdes, cerca de los primeros árboles, un soldado había arrojado al suelo a una de las niñas. Ella cayó bocabajo, sobre el suelo un poco dorado, y él se bajó los pantalones, se arrodilló detrás de ella y le levantó el vestido. Ella volvió a gritar y él la golpeó, un puñetazo brutal en la nuca; ella se calló inmediatamente, y él se acostó encima de ella; tenía frente a mí sus dos nalgas negras y sus muslos poderosos, casi azules bajo el frío resplandor de la luna, durante unos instantes los miré ir y venir, el cuerpo de la muchacha había desaparecido en las altas hierbas, pero no costaba imaginar su temblor impotente, finalmente me volví sobre la espalda y cerré los ojos. La tregua no duró mucho, una patada en las costillas me despertó demasiado pronto; con las luces del amanecer, el campo se ponía en marcha, había jovencitas machacando alimentos en morteros de madera y muchachos trajinando madera seca para avivar los fuegos y hervir agua. Unos pocos soldados nos desataron y nos indicaron que podíamos entrar en el bosque para hacer nuestras necesidades. Pasé entre los árboles, alejándome un poco de los otros chicos para buscar un arbusto, y finalmente me bajé los pantalones tiesos de barro y mugre y me agaché: la mierda empezó a fluir de inmediato, líquida, hedionda, casi verde. Cuando hube terminado me limpié mal que bien con unas hojas y me levanté. Un poco más lejos, había soldados gritando y niños correteando por entre los árboles hacia el campamento. Fue entonces cuando reparé con asombro en una choza, plantada al borde de un terreno despejado entre los árboles, con paredes de tierra cerradas por una puertecita de madera. Me acerqué y agarré el picaporte de metal para empujar la puerta, que cedió fácilmente, entonces agaché la cabeza y los hombros para entrar. Una vez en el

pasillo me recuperé y, a pesar de los dolores que todavía me atenazaban, retomé la carrera enseguida. Ya no sentía la menor fatiga ni incomodidad, respiraba con facilidad y daba largos pasos de forma regular, aunque me costaba mantener el equilibrio, andaba un poco a tientas, desorientado por la falta de luz y de indicaciones, y me di un golpe violento contra una pared sin interrumpir por ello la carrera, tanteando la forma de navegar entre aquellas paredes, evitando los sectores más oscuros que podrían haber sido bien mazmorras, bien galerías laterales que sabe Dios dónde llevarían. Al final desemboqué en el vestuario y me cambié de prisa, me encasqueté el gorro de baño en el pelo sucio todavía de barro y pasé por las puertas batientes para entrar en un espacio enorme y azul lleno de ecos de gritos y ruidos de agua. Por todos lados había unos grandes espejos que rodeaban la piscina y me devolvían reflejos de mi cuerpo fragmentados e imposibles de unir los unos con los otros, seguía vacilando, luego recuperé mis fuerzas y, con el cuerpo tenso y las nalgas prietas, me zambullí recto como una lanza en el agua clara y fresca.

II

Encadenaba largos sin contarlos, complacido por la fuerza de mis músculos y el contacto fluido y viscoso del agua, marcando apenas la pausa en los extremos de la piscina para volver a lanzarme con un vigor cada vez renovado. Por fin, sumergido bajo la superficie con los ojos bien abiertos, di el circuito por terminado. Mi cabeza surgió a la superficie, mis dos manos encontraron el borde, se apoyaron en él y, de una tracción, izaron mi cuerpo empapado fuera del agua. Desorientado por la luz azul y los ruidos, me quité el gorro y las gafas y me quedé allí un instante, el agua goteando de mi cuerpo para formar un charco a mis pies. A mi alrededor resonaban chapoteos, gritos y risas, los grandes espejos que rodeaban la piscina me devolvían fragmentos de mi cuerpo desde todas partes, un hombro aquí, un muslo allí, el costado, el pectoral, la nuca, la larga curva de la espalda. Cerca de mí, una joven esbelta se zambulló en un movimiento breve y poderoso. Yo recuperé mis fuerzas, fui hacia las puertas batientes y las empujé con un golpe brusco con la palma de las manos. Una vez seco y vestido con un chándal gris y sedoso, agradable a la piel, volví a encontrarme en el pasillo y eché a correr a zancadas cortas, mis deportivas blancas golpeaban el suelo a paso ligero, mi respiración sibilante entre los labios. Reinaba aquí una claridad difusa, casi opaca, no veía ninguna fuente de luz y a duras penas distinguía las paredes para orientarme; en algunos lugares, unas zonas todavía más apagadas parecían sugerir encrucijadas o, en rigor, algún tipo de depresiones, yo las ignoraba y mal que bien continuaba recto, pues el pasillo parecía curvarse y todo el tiempo me tocaba corregir la carrera para evitar tropezar con las paredes. A veces, para guiarme, alargaba los dedos, y fue así que chocaron con un objeto metálico, un pomo al que me agarré y que giré con gesto decidido, siguiendo el movimiento de la puerta que se abría. Me hallé en un jardín desconocido pero que, no obstante, me resultó vagamente familiar, un jardín casi salvaje, abandonado, invadido por las malas hierbas. Avancé con dificultad entre las largas ramas espinosas de las buganvillas, medio asfixiadas por la hiedra que todo lo recubría; delante de mí, la alta fachada de la casa, erguida como una torre, desaparecía bajo la glicina que crecía hacia el tejado y que, en algunos tramos, se doblegaba bajo su propio peso, ocultando el sol y sumergiendo el jardín en una semioscuridad que no atenuaba en absoluto el calor húmedo y pesado. Con la manga me enjuagué el sudor que me bañaba el rostro y entré en la casa. Todo estaba en silencio. Al fondo del pasillo empujé una puerta entreabierta: era el cuarto de un niño, examiné los juguetes por un instante, los carteles de cine, los soldaditos de plomo esparcidos sobre la gran alfombra para luego retroceder y encarar la escalera de caracol que llevaba al piso superior. El rellano lo adornaba una reproducción enmarcada de *La dama del armiño*, apenas visible bajo tanta suciedad; arriba todo estaba vacío. Pasé los dedos sobre superficies grises de tanto polvo, una capa espesa e intacta, como si la casa llevase mucho tiempo

abandonada; sin embargo, por todas partes encontré rastros de una presencia reciente, la vajilla sucia se amontonaba en el fregadero, el frigorífico estaba lleno aunque los alimentos empezaban a apestar, los lirios de un estrecho florero apenas empezaban a marchitarse; en el salón, la mesa estaba puesta, había restos de comida llenando platos y más platos, montones de ropa sobre los muebles, un libro abierto en el sofá, una botella descorchada sobre una cómoda. Subí al siguiente piso. La habitación estaba a oscuras, bañada por una débil luz verde, la luz del día filtrada casi por completo por la glicina que cubría la ventana. Aquí reinaba un calor sofocante y traté de abrir la ventana, pero la glicina me lo impidió y no logré más que entornarla. Quise encender la luz pero las bombillas parecían fundidas; en un armario del cuarto de baño encontré una nueva y cambié la de la mesita de noche, tampoco se iluminó; bajé y localicé en la cocina la caja de fusibles, los plomos habían saltado, rearmé el disyuntor principal, y varios plafones se iluminaron a la vez. Arriba, la lámpara de la mesita de noche emitía ahora una luz amarilla y lúgubre. Miré a mi alrededor. Amontonado a los pies de la cama, allí tirado sin cuidado, había un cubrecama bordado, unas largas hierbas verdes sobre un fondo dorado; había vestidos de mujer por todas partes, bragas sucias, faldas, zapatos desparejados; encima de la cómoda hallé varias fotografías que recogí y examiné brevemente, una tras otra. En todas aparecía yo acompañado de un niño guapo y rubio de ojos vivos y chispeantes, se nos veía a diferentes edades y en diferentes situaciones, en la playa, en el circo, en una barca, pero siempre a mi lado, entre mis brazos o sentado sobre mis rodillas. Las dejé allí y me puse a registrar los cajones. En el de la mesilla de noche encontré lo que buscaba, unas tijeras de papel de un metal muy pesado; volví a coger las fotos y empecé a recortarlas, separando cada vez mi imagen de la del pequeño, y metiendo las tuyas en el cajón para cerrarlo al terminar. Luego barajé los fragmentos de fotos restantes como si de naipes se tratasen y los desplegué en abanico. Así arrancado de su contexto, mi rostro congelado adquiría vida propia y reflejaba como un espejo la presencia del niño eliminado, evidenciando todo cuanto a él lo unía y ya nunca podría deshacerse. Eso suscitó en mí un sentimiento glacial, no podía apartar la vista de esas imágenes y, al mismo tiempo, no podía seguir mirándolas; al final, agobiado por la angustia, las arrojé con rabia encima de la cómoda y allí quedaron esparcidas.

En la cocina, inspeccioné el frigorífico y el congelador en busca de algo comestible; al final di con unas cigalas congeladas que me preparé salteadas al ajillo con aceite de oliva. Las saboreé con un delicioso vino blanco muy fresco, desmembrando con los dedos el caparazón del abdomen y quebrantando las pinzas con los dientes para chuparles las fibras y el jugo. Cuando acabé de comer, recogí rápidamente, me lavé con cuidado las manos, que olían a ajo y a marisco, y fui junto al ventanal del salón a beberme el vino con un fino purito, contemplando la luz azafranada de la tarde a través de la maraña de la glicina. Cuando el sol se puso por completo, fui encendiendo una a una las luces del salón. También intenté poner un disco, pero el equipo de música estaba roto, algo debía de haberlo fundido. Finalmente subí. Junto a la cama, la lámpara de la mesita de noche seguía iluminando la habitación con su luz sucia; mi mirada recorrió las sábanas arrugadas, sucias, desgastadas; cuando intenté mullir la almohada, esta despidió una nube de polvo que me hizo estornudar repetidas veces. Irritado, le quité la funda y saqué las sábanas, luego revolví un armario buscando otras limpias e hice la cama deprisa. Arrastré el cubrecama hasta la escalera para sacudirlo; el espacio se llenó de polvo, lo batí varias veces contra los peldaños de piedra, estornudando convulsivamente, y volví a ponerlo sobre las sábanas. La luz de la luna, que

penetraba a través de los intersticios de la glicina, moteaba las largas hierbas verdes y el fondo dorado del tejido con minúsculos puntos blancos. Me desvestí rápidamente; una película de sudor cubría mi piel, seguía haciendo mucho calor, tenía la sensación de asfixiarme. Me eché bocabajo, extendiendo los brazos y acariciando con los dedos la trama roída del bordado. La verga se me había quedado aplastada bajo el vientre y la solté; me picaban las nalgas, y me volví para observar el gran espejo vertical que había junto a la puerta: pero no me devolvió más que la imagen de una esquina vacía de la cama, un lienzo de pared blanca, el borde de la ventana. Me dormí así, mi cuerpo desnudo sobre los restos del cubrecama, bañado en aquella luz desigual y vacilante. Un ruido indefinible me sacó de un sueño en el que trataba de convencer a una joven rubia, su moño sabiamente despeinado, para que se apuntase a clases de conducción. Sin volverme, miré por encima del hombro hacia la puerta: ahora estaba abierta, y yo tenía la certeza de haberla cerrado. El rectángulo negro de la escalera destacaba del marco de la puerta, escudriñé en esa oscuridad, en vano, no había nada. Cuando volví a despertar, el cielo tras la glicina parecía palidecer. Aparte de un rumor de hojas muy ligero seguía sin escuchar el menor ruido. Me levanté, me puse rápidamente el chándal y bajé al salón. Delante de la puerta de la cocina, por un momento sopesé la idea de hacerme un café, pero de pronto la desestimé y descendí al piso inferior. En la habitación del niño intenté llegar hasta la cama, pero los soldaditos de plomo esparcidos sobre la alfombra me lo impidieron, tenía miedo de pisarlos y permanecí un instante junto a la puerta, contemplando la cama vacía y las sábanas amontonadas, luego di media vuelta y atravesé el pasillo para salir al jardín. Las hojas secas y las ramitas crujían bajo mis pies, el calor matutino se me pegaba a la piel, la profusa vegetación descontrolada me inspiró una inquietud sorda, vaga. Me dirigí hacia la puerta del fondo, que se abrió fácilmente bajo la presión de mi mano. Tan pronto como se cerró tras de mí, me puse a correr, aliviado por la frescura relativa que aquí reinaba. La cadencia de mi respiración ritmaba la de mis zancadas; todo parecía un poco vago, indistinto, ni siquiera veía el techo, si es que había uno, aunque no era algo que me molestase, más que distinguirlas con precisión, adivinaba las paredes, la grisalla tenebrosa que aquí y allá indicaba un nuevo cruce o acaso un rincón, evité un obstáculo tras otro para seguir la larga sinuosidad del pasillo, golpeando nerviosamente una pared de vez en cuando para asegurarme de su solidez y de la suavidad de su revestimiento. Fue así que mi mano acabó dando con una protuberancia metálica: me agarré a ella, la giré y empujé. Más allá del umbral, mi pie se hundió en algo blando y me detuve en seco. Me hallaba en una habitación bastante amplia, más bien clara, con pocos muebles; en las paredes, las vides doradas del papel pintado se entrelazaban hasta las molduras; el suelo lo cubría una moqueta roja, descolorida, manchada y más bien grisácea. Al otro lado de la habitación, separada de mí por una cama cubierta con un pesado tejido dorado bordado con largas hierbas verdes, había una figura de pelo corto color azabache. Las contraventanas estaban cerradas pero miraba algo en el cristal de la ventana, puede que su propio reflejo. Empujé con cuidado la puerta, hasta que se cerró con un ruido sordo; la figura se volvió, vi entonces que se trataba de un hombre, un hombre joven y guapo que, al verme, dejó que una sonrisita furtiva le atravesase el rostro apagado y anguloso. Era de una belleza irreal, casi perfecta, una belleza que lo aislaba definitivamente del mundo. Con un movimiento flexible y felino, rodeó la cama y, sin decir una palabra, me cogió de la nuca para atraer mi boca hacia la suya. Su barba, mal afeitada, me rascó la piel, pero le devolví febrilmente el beso, embriagado y al mismo tiempo repelido por su olor a agua de colonia barata mezclado con un sudor almizclado. Con un movimiento, me acostó sobre las hojas verdes del cubrecama y vino a arrodillarse encima de mí, apoyándose sobre unos poderosos brazos que yo acaricé con la punta de los dedos al mismo tiempo que sus

hombros, su nuca, sus costados. Mi verga, atrapada de lado, se endureció bajo el chándal; él se incorporó, yo tendí las manos y me propuse desabrochar la hebilla de su pesado cinturón de cuero, él volvió a retroceder y se puso en pie, mis dedos hurgaron para soltar su sexo, bloqueado bajo el elástico de los calzoncillos, por fin se liberó, ya hinchado, dulce y firme, y me agaché a lamerle la punta y deslizarla entre mis dientes. Todavía se le puso más dura y me llenó la boca, haciendo presión contra mi lengua y el fondo de la garganta, la rodé entre mis labios, saboreando su suavidad y su potencia; su mano, sobre mi nuca, me aplastaba contra los pelos de su bajo vientre, respiré por la nariz, enloquecido por su olor soso y agrio mezcla de orina y desodorante, aspirando con la lengua y los labios aquella verga enhiesta, hasta que una arcada me hizo hipar y me despegué de él, deglutiendo convulsivamente. Su miembro húmedo me golpeó en la mejilla al tiempo que él me regalaba una breve risa seca, su mano todavía agarrada a mi nuca. Quise acercar mi boca al sexo pero él se alejó unos pasos, dejándolo latir al ritmo de su corazón entre los faldones abiertos de sus vaqueros para luego metérselo de nuevo en los calzoncillos y abrochárselo todo. «Espera. Tengo hambre.» Descolgó el teléfono que había junto a la cama, marcó un número y, blandiendo ante sus ojos un folleto de cartón, pidió algunos platos. Yo me levanté, moviendo mis piernas entumecidas, y fui al cuarto de baño donde abrí a tope los grifos de porcelana de la ducha, con una mano bajo el chorro para controlar la temperatura.

Bajo el agua ardiente se restregó en mí, estrechándome el culo y apretándome contra su cuerpo, su verga todavía medio rígida chocando contra la mía. Hice que se girase para enjabonarle los hombros, la espalda, las caderas, deslizando mis dedos entre sus nalgas y acariciando las matas de pelo rizado alrededor de su ano. Su piel mate estaba cubierta por numerosas cicatrices pequeñas, lo suficientemente gruesas en ciertos lugares como para formar costurones, conté tres en su hombro y todavía noté otras bajo mis dedos, en el pecho y la ingle, y una larga y bifurcada en el ángulo de la mandíbula. Empujé mi verga contra su culo y le mordí la nuca con él apoyado en la pared alicatada. En la puerta de la habitación sonaron unos golpes sordos. Él se retiró, pasándome sus dedos a lo largo de las pelotas y el sexo, y se puso un gran albornoz para ir a abrir. Yo me abandoné al chorro de agua, encorvando la nuca bajo su presión ardiente. Unas poderosas ganas recorrían mi cuerpo, tensando mis músculos de excitación y dejándome atravesado por una sensación de vacío, saciado. Por fin cerré el grifo y me sequé rápidamente, me puse otro albornoz que había allí colgado sin preocuparme por anudarlo. Sentado con las piernas cruzadas sobre el cubrecama, el joven contemplaba una gran bandeja con varios platos de madera lacada llenos de pescado crudo y verduras confitadas. Dos cervezas doradas espumaban en unos vasos altos más bien estrechos. Me uní a él y empecé a comer en silencio. Aparte del tintineo de los palillos no había el menor ruido; detrás de las contraventanas, que daban, eso suponía yo, a una calle o acaso a un patio, todo permanecía en silencio; sólo una lámpara sobre la mesita de noche nos iluminaba con su halo pálido, yo veía claramente nuestros reflejos en los cristales de la ventana, dos siluetas un tanto vagas vestidas de blanco, que destacaban sobre el campo verdoso del cubrecama. Me acabé las últimas verduritas, deposité la bandeja en el suelo y le desanudé la bata, deslizando mi mano entre sus muslos para acariciarle la verga. Él dejó ir un gran suspiro y se volvió sobre el cubrecama. Abrí sus piernas y me incliné hacia delante para pasarle la lengua alrededor de las pelotas y hacerlas luego rodar entre mis labios, una tras otra. Con las dos manos le aparté las rodillas, casi contra los hombros, y seguí lamiéndolo y deslizando mi lengua a lo largo del perineo y hurgando entre los pelos y estirando la

punta para por fin acariciarle el ano. Aquello tenía un gusto picante, áspero, hundí la lengua hasta que él suspiró y me acarició el pelo con una mano, echando sus pantorrillas aún más atrás. En esta habitación el ambiente era muy seco, pronto me faltó la saliva, solté sus piernas y me incorporé para darle un trago a la cerveza, él tomó el vaso de mi mano y también bebió, luego, con un movimiento nervioso, se deshizo del albornoz y se volvió bocabajo, ofreciéndome sus muslos peludos y sus nalgas enérgicas y musculosas; también yo me desnudé y me acosté sobre la cama, mi sexo atiesado plantado entre sus muslos, lo agarré con la mano por la barbilla y atraje su cabeza hacia la mía, sus labios todavía conservaban el regusto amargo de la cerveza, le levanté la pelvis y guíe mi polla con una mano hacia la abertura del ano, pero estaba demasiado seco, así que me incorporé y reuní en mi lengua algo de saliva mientras con las dos manos le abría las nalgas, la saliva chorreó sobre la pelambre y el ano fruncido, apenas dilatado, lo acaricié con el pulgar, luego el pulgar lo empujé un poco y me unté la verga con saliva. Entonces presioné con ella contra el centro de la pelambre, él gruñó, también empujó, aquello se abrió de golpe y me hallé atrapado, pegado contra su culo, deslicé mis manos bajo sus axilas y las cerré sobre su nuca, agarrándome a él y forzándolo a base de golpes secos de riñón, él jadeaba, la cara contra las hojas verdes del cubrecama, yo le levanté otra vez la pelvis y me volví: en los cristales de la ventana, distinguí claramente nuestros dos cuerpos uno encima del otro, la doble luna de mi culo y mis muslos abiertos, suspendidos por encima de los suyos con una masa más oscura e indistinta entre ellos. Ahora el placer me recorría la espalda, tiraba de la piel de mi nuca; disminuí el movimiento; en ese preciso momento sonó el teléfono, quedando los dos congelados, uno encima del otro. Me retiré para descolgar, hice presión con todas mis fuerzas con los músculos de la pelvis, pero era demasiado tarde, el goce se había apoderado de mí y, en el momento en el que articulé un «¿Sí?» ronco en el microteléfono, mi esperma brotó en largas sacudidas, salpicándome el vientre, el culo del muchacho, las hojas bordadas del cubrecama. «¿Sí?» En el auricular no respondió nadie. Acerqué más la oreja, repetí varias veces «¿Diga? ¿Diga?», pero no escuché más que el ligero zumbido de la línea vacía. Todavía acostado bocabajo, el joven se la meneaba rápidamente, al final colgué y me volví para tomarle a manos llenas el culo y las pelotas, crispando los dedos justo cuando él se venía.

Mientras intentaba secar los rastros de esperma del cubrecama con la ayuda de un rollo de papel de váter, un apagón nos sumergió en la oscuridad. Me acosté junto al chico, que me dio la espalda con un suspiro difícil de interpretar. Me apreté contra él, mi verga ahora flácida anidada en el hueco de sus nalgas. Supongo que así nos dormimos. Cuando volvió la electricidad me desperté súbitamente. Tenía la boca seca, pastosa; parpadeé, salí de la cama para ir a beber ávidamente del grifo del cuarto de baño, cegado por la luz del neón que enseguida apagué. Al salir contemplé al chico: seguía durmiendo, repantigado bocabajo, sus piernas velludas entremezcladas con el tejido bordado. Pasé lentamente la yema de los dedos a lo largo de su espalda y sus nalgas, hasta llegar a las cicatrices; la piel rechinaba, casi áspera; entre sus muslos, mi esperma se había secado en chorretones blanquecinos. Tendría que bajar la calefacción, me dije un tanto confuso. Pero no vi ningún termostato, ninguna manecilla. Al final llené dos vasos de agua, los puse sobre el radiador, apagué la luz y volví a acostarme junto al joven, una mano en su costado. Unos ruidos de agua que venían del baño me despertaron por completo. La luz volvía a estar encendida y yo me hallaba solo en la cama. Llamé a la puerta y entré sin esperar respuesta: el joven estaba meando en pie delante de la taza. Le di un beso en el hombro y luego me metí rápidamente en la

ducha. Al salir, los riñones envueltos en una toalla, él acababa de ponerse sus vaqueros y de abrocharse el cinturón. Con una sonrisa, toqué el bulto que le hacía el pene: «Buen paquete», le dije. Él se rió secamente, se pasó la camisa por la cabeza, se sacó un teléfono del bolsillo y lo miró: «Tengo que irme. ¿Me das el dinero?». Yo lo miré sorprendido: «¿El dinero?». — «Sí, el dinero. Como siempre.» Él estaba ahora sentado en el borde de la cama mientras se ponía los calcetines y se calzaba las botas de cuero. Una inquietud sorda tensó mis músculos, dudé, luego fui a buscar en los bolsillos de mi chándal para regresar enseguida con un gesto de impotencia. El chico se puso de pie, lo tenía frente a mí, los hombros un tanto encorvados y el rostro tranquilo y frío; una cierta sensación de amenaza emanaba de su persona, no tanto de su rostro como de la redondez de sus hombros, la tensión de sus muslos, el engañoso relajo de sus brazos colgantes. «¿Y?» — «En realidad no tengo dinero.» — «¿Me estás jodiendo, o qué?» Su brazo se levantó y, antes de que pudiese esbozar un gesto de defensa, me dio una bofetada que me propulsó contra la pared; un segundo golpe en mi vientre, esta vez con un puño cerrado, me dobló en dos y terminé arrodillado delante de él, aturdido, jadeando. Me cogió por el pelo, me levantó y me golpeó varias veces en la cara, haciéndome volar hasta la cama donde mi boca salpicó de sangre la gruesa tela del cubrecama. «¿Me estás jodiendo?» Ahora me perseguía por la habitación, se le había caído la toalla y yo me arrastraba desnudo mientras él me castigaba las costillas y las extremidades con unas patadas que estallaban en mi cuerpo como haces de fuego. Al final, me dejó tendido sobre la moqueta, la boca y la nariz llenas de sangre, luchando entre silbidos por inspirar un poco de aire. Tenía el dorso de sus piernas delante de mí, vi cómo mi ropa iba cayendo al suelo prenda tras prenda. «Hostia puta, es verdad que no tienes nada, cabrón», dijo su voz por encima de mi cabeza al tiempo que sus piernas se volvieron hacia mí. Todavía pude ver cómo la punta de una de sus botas reculaba, luego nada. Cuando volví en mí, seguía desnudo sobre la alfombra roja bañado en sangre; afortunadamente, el color era el mismo y no se veía demasiado. Me quedé allí un buen rato jadeando, dejando que el dolor se repartiese por mi cuerpo, luego me arrastré hasta el baño donde logré levantarme delante del lavabo. Me enjuagué la cara, la boca; el agua, enrojecida, salpicó la porcelana y el espejo, me palpé con cuidado la nariz y los dientes, uno o dos se movían un poco pero estaban todos ahí, la nariz no parecía rota, seguí bebiendo y enjuagándome la boca hasta que el agua salió prácticamente clara. Entonces volví a la habitación donde recogí mi ropa con dificultad y me senté con todo mi peso en el borde de la cama para ponérmela. Una vez vestido, me quedé allí un momento para recuperar el aliento. Luego me dirigí hacia la puerta. En realidad, había dos, no me había dado cuenta, y no tenía ni idea de cuál había tomado el joven, con quien no quería volver a encontrarme. Abrí una al azar y salí. Enseguida el aire fresco del corredor me devolvió el vigor, el dolor que atenazaba mis extremidades se desvaneció y empecé a correr a zancadas cortas, posando regularmente un pie frente al otro y respirando con facilidad. El ambiente ya no era tan seco y rápidamente una fina película de sudor me cubrió el rostro y el cuerpo doloridos; al tragar saliva seguía sintiendo un sabor acre, un tanto ferruginoso, el regusto de la sangre; presioné con la lengua sobre los dientes, me dolió pero estaban bien. Aquí todo estaba muy gris, se me nublaba la vista y apenas distinguía nada, tal vez algunos rectángulos un poco más sombríos que lo mismo podrían dibujar nichos o alcobas de nicho que bifurcaciones, yo me esforzaba por permanecer en el centro del pasillo, lo cual no resultaba sencillo pues se curvaba constantemente, a punto estuve alguna que otra vez de chocar contra una pared, pero volvía a orientarme titubeante y sin dejar de correr, daba cada zancada alargando la mano, los dedos abiertos, para asegurarme del emplazamiento de las paredes, y fue así que reparé un poco por suerte en un objeto metálico, un pomo, al parecer; mis dedos se

cerraron sobre él y la puerta se abrió de golpe. Sin soltar la presa, atravesé el umbral. El espacio que allí se abría, un amplio estudio, me acogió como un refugio que atravesé vacilando, apoyándome en las paredes y en las estanterías de libros que las cubrían hasta llegar al gran ventanal del fondo, delante del cual me arrellané en una butaca de cuero negro. Me sentía desorientado, sin pensar en nada pero terriblemente mal conmigo mismo, no era el dolor físico, que prácticamente había desaparecido, no, se trataba de otra cosa, una angustia sorda que me turbaba el ánimo y me impedía disfrutar de la apacible vista ante mis ojos, montones de pequeños edificios variopintos, escalonados hasta el doble muro formado por la larga franja azul del mar y la franja más pálida del cielo, virando a gris hacia el fondo del horizonte. Allí permanecí un buen rato, respirando por la boca, para luego levantarme a duras penas de la butaca a pasear por el estudio. Encima del equipo de música encontré una funda de disco, unas viejas grabaciones de conciertos para piano de Mozart, pero no estaba yo para música y la dejé allí. Todo me parecía fútil, despojado de sentido y de interés, los libros apretados en las estanterías, las reproducciones y los grabados que colgaban de las paredes. Me serví un vaso de aguardiente y me lo bebí de un trago antes de servirme otro y arrellanarme en el diván, tapizado de cuero negro igual que la butaca, liándome un cigarrillo que no me encendí. Había allí un álbum, encima de una mesa baja, lo hojeé distraídamente: de formato horizontal y encuadernado en tela blanca, mostraba a mujeres y hombres desnudos llevando a cabo diversos movimientos descompuestos en secuencias por el dispositivo fotográfico. No me detuve en ninguna imagen en particular, sencillamente desfilaban ante mis ojos, series congeladas de espaldas, de muslos y de culos blancos, atrapados para la eternidad por el disparo sucesivo de los obturadores en posturas que ya no conformaban un movimiento único sino que servían más bien para poner de relieve esos cuerpos blancos y aquello a lo que se reducían, espaldas, culos y muslos.

Hacía fresco en aquel apartamento, casi frío. Registré los armarios buscando algo que comer y me compuse una sencilla comida a base de sardinas en aceite, cebolla cruda, pan integral y vino rosado. Me acabé la botella, el cuerpo tiritando bajo el fino chándal; apenas hube acabado de recoger sentí que se me contraía el abdomen, la comida me revino de golpe, el vino todavía helado mezclado con pedazos de cebolla y de sardinas en una papilla espesa que salpicó el fregadero, eso me calmó un instante y corrí con la mano en la boca al cuarto de baño, de nuevo todo me revenía y acabé de vaciarme en la taza del váter de porcelana blanca, con lágrimas en los ojos, la garganta abrasada por la ácida mezclanza y el vientre retorcido por los espasmos. Cuando hube terminado, me enjuagué la boca abundantemente, luego me senté en el suelo para recuperar el aliento. Al final me levanté. En la cocina americana, me serví un buen vaso de aguardiente y me lo bebí sin respirar, lo cual aumentó la sensación de quemazón pero atenuó el regusto inmundado que todavía me llenaba la boca, lavé mal que bien el fregadero y regresé al cuarto de baño a darme una ducha, me desvestí mientras esperaba a que el agua saliese caliente y me metí debajo. El agua azotaba mi cuerpo cansado, pero eso no me reconfortó, me costaba situarme, paseé mis manos por los costados, las caderas, las nalgas y los muslos, sin llegar a encontrar el sentido de ese cuerpo que se desmoronaba y escapaba de mí. En la habitación, me sequé ante un gran espejo redondo inclinado al pie de la cama, que era un simple colchón sin somier cubierto con un cubrecama bastante grueso, bordado con largas hierbas verdes sobre un fondo dorado. En el espejo, mi cuerpo me pareció ilegible, contemplé en abstracto los miembros y el torso jaspeado de manchas azul y negro tirando a verde, sólo la verga venosa, olvidada e inútil

entre los muslos, me pareció que lo diferenciaba de un cuerpo de mujer, en cualquier caso era un cuerpo vago, indistinto, y cuando me volvía lo era todavía más, reducido a unas pocas líneas curvas y a unas secciones de piel clara que podrían haber pertenecido a cualquiera. Me arrodillé sobre el cubrecama, de espaldas al espejo, con sólo levantar la cabeza veía los globos blancos de las nalgas con la oscura concavidad del ano anidada en medio, apreté los muslos para esconder las pelotas, de tal modo que en mi campo de visión no quedaba más que el trasero, el ano y las hierbas verdes del cubrecama, estiré una nalga y el ano se dilató un poco, abriéndose tal que un iris en su insondable profundidad, un agujero negro que me pareció la única parte todavía entera de mi cuerpo en vías de disolución, tratando en el espejo de reorganizarse a su alrededor. Me humedecí un dedo con saliva y lo pasé sobre el borde de la cavidad, presionando en circulitos, luego cerré los ojos y hundí una falange, el contacto me tranquilizó y empujé un poco más, lo cual difundió en todas direcciones una sensación de bienestar a través de mi cuerpo helado, dibujándole una forma, todavía aproximada pero bien real. Sonó el interfono y me saqué el dedo al tiempo que abría los ojos. Esperé. Volvió a sonar, en largos golpes repetidos, chirriantes. Me levanté y, con ese mismo dedo que acababa de retirar de mi cuerpo, apreté con rabia el botón: «¿Sí?», ladré. Me respondió una voz de mujer, una voz tranquila y firme, la voz de una mujer rubia, pensé, sin llegar a entender de qué forma podría saber algo así. «Señor -dijo-, también yo vivo en este edificio, y su circuito eléctrico tiene unos picos de tensión muy importantes que provocan cortes en las casas de todos los vecinos. Eso tiene que terminar.» La cólera se apoderó de mi rostro y le grité al interfono con voz entrecortada y temblorosa: «Señora, he hecho que un electricista profesional revise el circuito, además dos veces. ¡Ya basta!». Con un gesto seco, retiré el dedo del botón, luego desconecté el interfono para que no pudiese sonar de nuevo. Todavía furioso, desamparado, me eché sobre el cubrecama, acostado bocabajo con los brazos abiertos, y me dormí brutalmente. Cuando desperté estaba tiritando. Me levanté y me cubrí los hombros con el cubrecama, luego atravesé el estudio en la oscuridad hasta llegar ante el gran ventanal. Allá abajo, divisé en la negrura un rombo de luz, la ventana de un apartamento vecino que formaba un plano atravesado al bias por un diván largo de tejido blanco sobre el cual acababa de recostarse una joven desnuda, seguida de inmediato por un hombre en erección. Este le levantó las piernas para ensartarla, yendo y viniendo con ritmo regular, entrecortado, casi mecánico, luego la puso de rodillas y repitió su movimiento, siempre al mismo ritmo. Al cabo de un momento volvieron a cambiar de posición, esta vez fue él quien se sentó en el diván y ella la que se puso en cuclillas sobre él, pero el ritmo seguía siendo idéntico, casi cómico, el ritmo de una vieja película de Buster Keaton rodada a dieciséis imágenes por segundo, y de ese modo fueron encadenando figuras como si estuviesen probando de forma sistemática todas las posiciones propuestas por un manual alemán de armonía de la pareja, yo miré todavía un momento las lunas redobladas de sus culos frente al rombo luminoso del cristal, hasta que me cansé y volví a echarme en el colchón, envuelto siempre en el cubrecama que me protegía un poco del frescor nocturno. Soñé con trabajos interminables y mal acabados, y también con una mujer rubia, mi madre o mi mujer, no acababa de tenerlo claro, que ni sabía conducir ni quería aprender. Al despertar de nuevo, una luz fría se derramaba sobre la habitación, haciendo centellear la trama dorada del tejido pero sin el menor calor. Me levanté y me vestí rápidamente, me bebí un vaso de zumo y me dirigí hacia la puerta. En el momento de abrirla vacilé, la mano en el pomo, algo había que me retuvo vagamente, puede que la voz de la mujer en el interfono, pero fue una sensación fugaz que se desvaneció tan rápidamente como había aparecido, cerré la puerta y salí. Inmediatamente, una suave tibieza invadió mis miembros y, súbitamente relajado, me puse a correr a un paso regular y poco rápido,

los codos pegados al cuerpo, respirando con placer y mirando al suelo delante de mis pies, tan gris y difícil de situar con precisión como las paredes o el techo, casi invisible en la oscuridad, si es que había techo, quién sabe, tal vez aquel largo pasillo estaba abierto al exterior, no podía estar seguro de nada. De vez en cuando, una de mis mangas rozaba una pared y yo, instintivamente, corregía la carrera, esforzándome por seguir la curva imperceptible sin desviarme, sin prestar atención a las zonas más oscuras que lo mismo podrían haberse revelado como huecos que como refugios de seguridad o acaso como otros pasillos que sabe Dios adónde llevarían. No experimentaba la menor dificultad, respiraba a gusto, llenando mis pulmones e irrigando de oxígeno mi cuerpo que avanzaba a paso ligero, uniforme, regular. En una de las paredes me llamó la atención una manchita brillante, era el pomo de una puerta, la abrí y atravesé el umbral sin aminorar la marcha. Dos pasos más allá tuve que parar en seco para evitar tropezar con un hombre desnudo que me dio las gracias con una mirada reptiliana, a la vez desconcertada y vacía, y que luego retrocedió un paso y se alejó. Otro hombre, los brazos y los muslos cubiertos con motivos abstractos tatuados con tinta negra, acababa de desvestirse, otro estaba tirando de su verga y sus pelotas para hacerlos pasar por una especie de anillo metálico. El aire era acuoso, cargado de humedad, pero aquí hacía más fresco que en el pasillo, yo seguía sudando y empecé a desnudarme, abrí una de las numerosas taquillas que cubrían las paredes y metí la ropa dentro. Un joven me tendió una toalla, unas chanclas y un candado, cerré la taquilla y me ceñí la toalla a los riñones, luego seguí a los otros tipos que habían desaparecido en la oscuridad, al fondo de la pequeña sala. El suelo, embaldosado y húmedo, resbalaba un poco, un olor indefinible, molesto, llenaba el aire, desemboqué en una barra de bar en la que había algunos hombres, bien en toalla bien totalmente desnudos aparte de las chanclas. Un joven sonriente y apuesto, de musculatura fina aunque nudosa y con los pezones perforados con un arito, se acercó a mí y me pasó la mano por encima del hombro: «¿Qué bebes?». — «Lo que tú quieras.» Mientras el barman nos preparaba los cócteles, el joven me miró de arriba abajo con aire desconfiado; cuando probé el gin-tonic, claro, fresco, chispeante, casi amargo, se acercó a susurrarme unas palabras al oído: «¿Vienes a menudo?». — «No sé. Depende.» — «No recuerdo haberte visto. Pero es cierto que aquí uno no viene a mirar.» Se alejó para reunirse con sus compañeros y me dejó bebiendo solo. Me terminé la copa rápidamente y enfilé la escalera que llevaba al piso de abajo. El olor se iba haciendo más intenso a medida que descendía, también más preciso, aquello olía a sudor rancio de macho y a calcetín sucio, mezclado con fuertes efluvios animales, rastros de esperma y de mierda. Abajo, se abría hacia varios lados un sombrío dédalo de pasillos, cabinas y escondrijos, guardado por un coloso de piel negra, desnudo e inmóvil. Contemplé brevemente su cara impassible, su pecho musculoso, su verga larga y gruesa, luego me dirigí hacia las duchas donde me enjuagué el cuerpo para sentarme luego en una cabina muy caliente, llena de vapor. Otros hombres la compartían conmigo, nadie hablaba, no me quedé mucho tiempo, salí a ducharme otra vez y, las chanclas repicando sobre las baldosas, volví a dirigirme hacia el cancerbero negro, que parecía no haberse movido un centímetro. Al llegar a su altura vacilé, luego le rocé la cadera; él se rehízo de un solo movimiento, la mirada igual de cerrada, no insistí y me adentré en el laberinto, avanzando a pasitos en la penumbra. Aquí y allá había hombres, la inmensa mayoría en toalla, sus siluetas apenas discernibles en la oscuridad, algunos de pie en el pasillo, otros sentados en una cabina, las manos sobre la verga o bien detrás de la nuca. Tal como me iba cruzando con ellos escuchaba como un murmullo imperceptible, puede que fuesen palabras aunque imposibles de entender, o puede que no fuesen más que sonidos inarticulados, estertores entrecortados de gritos balbucientes. En un cuarto, iluminado de forma muy somera, varios hombres desnudos y

relucientes de sudor se manejaban alrededor de otro, suspendido con las piernas al aire en una especie de hamaca de cuero; más allá, en una pequeña cabina casi a oscuras, un hombre de hombros peludos y poderosa espalda, acuclillado sobre los muslos de otro, hacía ir y venir sus riñones sin el menor sonido. Traté de abordar al azar a uno de los tipos apostados en el pasillo, posando mi mano en su pecho, pero la rechazó sin decir una palabra y seguí mi camino, repitiendo la operación con cada hombre con que me fui cruzando, sin mejor suerte. Despechado, me aventuré en una cabina donde un hombre desnudo, imberbe por completo, más bien graso, yacía acostado sobre una banqueta, la toalla sobre la cara; me acerqué, él no reaccionó, yo le puse la mano en la verga floja: ningún movimiento acogió el contacto, ni siquiera un estremecimiento. Tomé la verga y las pelotas entre mis dedos y las acaricié, el tipo seguía sin moverse, entonces me agaché y me llevé la verga a los labios, seguía estando floja, la rodé en mi boca apretándole las pelotas, luego me puse a chupársela, mamando como si se tratase de una ubre, pero no había nada que hacer, no se le ponía dura, al final me retiré y dejé allí al hombre repantigado para retomar mi trayecto a través del pasillo. Al fondo, descubrí una pequeña sala redonda con un estanque de agua lleno de burbujas: el joven que me había ofrecido una bebida estaba allí sumergido hasta el pecho en compañía de otros dos hombres, aspirando por la nariz con una paja de cristal un polvo blanco dispuesto en líneas sobre una bandejita. En cuanto me vio me ofreció la bandeja y la paja, sin decir una palabra; yo la acepté y lo imité, inspirando primero una línea, luego otra; un escalofrío me atravesó el cuerpo, le pasé la bandeja a su vecino y me incorporé, torcido nerviosamente sobre mis muslos, alisando con una mano la toalla sobre mi cadera y mi nalga. Me hubiese gustado meterme con ellos en el agua pero no había sitio; así que di media vuelta y me adentré de nuevo en el laberinto. Aquí y allá había hombres chupándose la verga, lamiéndose el culo o penetrándose, sólo unos pocos estaban solos, y estos, inexplicablemente, despreciaban mis insinuaciones, parecían preferir seguir solos, atiesados en la negrura, los ojos vacíos, acariciándose con lentitud. En el cuarto de la hamaca, el joven suspendido se hallaba ahora solo, repantigado con la cabeza hacia atrás, las piernas colgando, el cuerpo maculado de esperma y jaspeado por rastros de golpes o quemaduras de cigarrillo, vaciado, inerte, perdido en otro espacio. Yo hubiese podido levantarle las piernas y ensartarlo a mi vez, pero preferí permanecer allí mirando cómo gemía despacio, replegado en sí mismo, ido, muy lejos, cuánto me hubiese gustado estar en su lugar, pero al parecer yo no acababa de controlar las oscuras reglas de aquel sitio porque nadie quería nada conmigo. Me acosté un buen rato desnudo en una cabina, con el culo hacia la entrada, la cocaína zumbando a través de mi cuerpo, y sin embargo nadie vino a acariciarme ni a tomar aquello que de tan buen grado yo ofrecía, de vez en cuando sentía una presencia vaga en la abertura, pero cuando me volvía ya había desaparecido; exasperado, acabé por levantarme, en otros sitios fue igual, el gigante negro de la entrada, cuando me puse en cuclillas delante de él y me metí en la boca su verga pesada y venosa, me soltó una bofetada que me hizo caer sobre las nalgas, en el cuarto del fondo volvieron a darme cocaína sin mover una ceja, no obstante nadie me hizo sitio en la bañera, la confusa excitación que me atravesaba el cuerpo no me permitía relajarme y me empujó a darme otra vuelta por el laberinto, otra vez vana, al final volví a la sauna, dejando que el calor húmedo relajase mi cuerpo enervado y tenso a rabiar.

Luego, pasé otra vez por la ducha; el agua fría me golpeaba el rostro, lo imaginé prematuramente envejecido, marchito, agotado por el deseo. Cuando volví a salir me fijé en una

sala, más allá de la sauna y del laberinto, en la que antes no había reparado: detrás de una gran pared de cristal, de pie en la penumbra, una decena de hombres desnudos se entrelazaba en un solo abrazo. Los miré un momento, fui a unirme a ellos, y esta vez nadie hizo el gesto de rechazarme. Muy rápidamente, la masa de cuerpos me atrapó, había manos que recorrían mi cuerpo y me masajearon las nalgas, había dedos húmedos que me amasaban el ano, caras mal afeitadas que apretaban sus labios contra los míos, bocas que me chupaban y luego me mordisqueaban dolorosamente los pezones, mis propias manos que encontraban a tientas otras vergas enhiestas y las acariciaban, el olor a sudor y a carne que me embriagaba y me hacía perder pie, entonces me puse de rodillas, una verga hasta el fondo de la garganta, otra que me frotaba la mejilla, una tercera pegada a mi frente, puños poderosos que me cogían por el pelo y la nuca y manejaban mi cabeza, sexos que me daban golpes en los labios redondeados y se metían hasta el paladar medio asfixiándome, luego se retiraron y un par de nalgas peludas ocuparon su lugar apoyadas contra mi cara, saqué la lengua y absorbí el gusto acre y amargo del ano, otra lengua, golosa, hacía lo mismo con el mío, retorciéndose mientras varias manos me abrían las nalgas, poco a poco me hallé atropellado en el suelo, con un brazo o un pie que bloqueaba mi nuca y levantaba mi culo para endilgarme una primera verga, yo gruñí ante la presión, pues me levantaron la cabeza para meterme otro miembro en la boca, los dos sexos iban y venían en mí, desmembrándome y llenándome de una luz blanca que me incendiaba de arriba abajo, haciéndome temblar de placer a tal punto que unas manos tenían que sostenerme para que no me derrumbase, el hombre de detrás de mí me forzaba, a grandes golpes sordos, el culo sostenido casi en vertical, al final se puso completamente tieso, llevado por el goce, su sexo se vació, se estremeció y se acabó ablandando hasta retirarse de golpe, arrastrando tras de sí el látex flácido del preservativo lleno de esperma, otro vino a ocupar su lugar y todo volvió a empezar, también en mi boca se iban sucediendo las vergas, había perdido toda noción del tiempo, un hombre disfrutaba brutalmente sobre mi cara y el esperma, pegajoso, me cubrió las órbitas y los labios, yo lo sequé mal que bien y batí los párpados para despegarlos, estaba rodeado de fragmentos de cuerpo, manos, muslos velludos o bien lampiños y tatuados, sexos gruesos, enhiestos y desmochados, cerré los ojos y me abandoné a todos aquellos miembros que me trituraban, me perforaban, me abrían todavía más, mi cuerpo me parecía desmesuradamente redondeado, ensanchado como una corola hinchada de savia, arqueado en semicírculo por las descargas de placer que lo tensaban hasta romperlo para luego soltarlo de golpe, retomando en el mismo instante sus pulsaciones crecientes, lo cual revolvía mis sentidos y agotaba mis músculos que cada vez temblaban más, volví a abrir los ojos, la pared de cristal, junto a mí, reflejaba indistintamente el entrelazamiento de los cuerpos, no se podía distinguir nada con precisión más allá de los culos, superpuestos y brillando como lunas, detrás del cristal también había una figura, abrí bien los ojos para alcanzar a distinguirla, era un niño pequeño, un muchachito rubio, de rostro afilado y completamente desnudo, que nos miraba a través de la pared de cristal con los ojos abiertos, los labios tercos, pertinaces. Me quedé helado, la cara también permaneció inmóvil, a mi alrededor el tropel de los cuerpos seguía pataleando, mascullando, jadeando; un difuso malestar se apoderó de mí, desprendiéndome rápidamente de mi propio cuerpo. ¿Qué hacía aquí ese muchacho?, me pregunté. ¿Acaso la entrada al establecimiento no estaba prohibida a los menores? El muchacho, mudo y obstinado, no dejaba de mirarme y yo intenté librarme del hombre que me penetraba con brutalidad, pero sus manos se hicieron fuertes sobre mis caderas y me mantuvieron despiadadamente remachado a su miembro, que iba y venía a un ritmo desenfrenado, en vano lo rechacé, el niño no nos quitaba el ojo de encima, yo estaba subyugado por el pánico y forcejeé con mayor fuerza, otras manos vinieron a retorcerme los

brazos y a estrujarme de nuevo en el suelo, un pie me aplastó la cabeza contra las baldosas mientras la verga se retiraba de golpe para rociar mi culo de lefa y llegaba otro a reemplazarlo y deleitarse en mí, entonces cerré los ojos, borrando al niño y los órganos que me rodeaban, y me abandoné a la tempestad de la carne, mi cuerpo como arrancado de sí mismo, salpicando cuanto lo rodeaba, llevado por un mar negro y desencadenado.

Cuando otra vez abrí los ojos estaba solo, echado sobre las baldosas. Me volví bocarriba y me cubrí instintivamente el sexo con las manos, como para protegerlo de unos golpes que habían cesado. Avalanchas de esperma se secaban sobre mi piel, me maculaban la cara, los cabellos. Pensé entonces en el hombre joven de la hamaca, abandonado a sí mismo; también yo, ahora, debía de presentar esa misma apariencia convulsa. Pero mi espíritu no alcanzaba a desprenderse de mi cuerpo, molido, magullado, estupefacto. No había llegado a gozar e intenté vanamente meneármela, pero mi verga se negaba a endurecerse y al final me levanté y fui a ducharme. Me quedé un buen rato bajo el chorro de agua, las piernas todavía temblorosas, los miembros quebrantados por el cansancio, abandoné mi cabeza y la nuca bajo el flujo que poco a poco iba enjuagando toda la suciedad pegada a mi piel y confortando mis músculos. Por fin cerré el grifo y me dirigí hacia la escalera. Mi toalla había desaparecido, me paseé desnudo, todavía chorreante. De camino, me crucé con varios hombres, no me prestaron la menor atención y yo no tenía forma de saber si formaban parte de los que se habían servido de mí. Es algo que no me generaba más que una vaga curiosidad, casi abstracta, a la vez que divertida. En el bar, pedí una toalla, me sequé y me envolví los riñones, luego pedí otro gin-tonic que fui a beberme a sorbitos en un sofá de polipiel, frente a una pantalla de televisión en la que pasaban escenas pornográficas sin voz. Las imágenes, cambiantes y repetitivas, desfilaban ante mis ojos que de vez en cuando las examinaban distraídamente, aunque enseguida resbalaban sobre su superficie, sin comprometerse, de pronto tan indiferentes a las series de vergas enhiestas penetrando series de culos redondos y blancos como a las grandes fotografías de extensiones de altas hierbas, brillantes sobre un suelo dorado, que cubrían la pared de detrás de la barra. Aparte del camarero, no quedaba casi nadie, no lejos de mí un hombre se tomaba un refresco meneándose el miembro con hastío y mirando a la pantalla con mirada lúgubre y vacía, me acabé el cóctel, me levanté y regresé a los vestuarios. Mi cuerpo seguía vibrando, abotargado de sensaciones pero todavía hambriento, tenía la vaga esperanza de volver a cruzarme con el muchacho de los pezones perforados, el que me había pagado una copa al llegar, yo también quería invitarle a una y, luego, acariciar con gula su hermoso cuerpo de raza, pero no había nadie, así que también yo recogí mi ropa de la taquilla, me la puse y me dirigí hacia la puerta. Esta se abrió con facilidad y, en cuanto la atravesé, me puse a correr. El esfuerzo revitalizó mis músculos exacerbados, sentí cómo se iban aflojando y encontrando un equilibrio natural y ordenado que me propulsó a un paso ni demasiado lento ni demasiado rápido, constante, ritmado por la respiración sibilante entre mis labios. En la semioscuridad que aquí reinaba, más que ver adivinaba las paredes del pasillo, parecían curvarse y me tocaba ir corrigiendo la trayectoria para no tropezar con una de ellas; con cierta regularidad unas partes más oscuras parecían sugerir una bifurcación o acaso una especie de cripta, yo las ignoraba y corría con la mente en blanco, sin pensar en nada, contento del gozoso despliegue de mi cuerpo que con tanta naturalidad se ajustaba al desarrollo de aquel espacio cuyo final era difícil de imaginar, me sentía como un niño libre de toda limitación y sin preocupaciones, aquí y allá mis dedos golpeaban con agrado las paredes, más como un juego que para orientarme, y fue

así que dieron con una especie de saliente metálico, un pomo, parecía, y a él me agarré para empujar una puerta, abrirla y atravesarla con un salto ágil, sin aminorar la marcha. Mis deportivas chirriaron en la nieve y me detuve. Un hombre pasó junto a mí, guiando a un caballo con una cuerda y seguido por otros dos que llevaban una marmita, sus alientos congelados suspendidos en un aire helado que atravesaba la delgada tela de mi chándal. Tirité y me froté los brazos. Un poco más adelante, debajo de una prominente haya con ramas grises y desnudas, había apiñado un grupo de hombres alrededor de un fuego. Me acerqué, mis pies se hundieron en la nieve fresca; uno de los hombres me vio y me saludó: «¡Eh, mi comandante! Va a coger usted frío. Venga a cambiarse». Me condujo a un cobertizo donde encontré todo lo que necesitaba en un tosco armario de tablas: pantalones de una sólida lona marrón y un jersey de cuello alto que me puse encima del chándal, chaqueta de oficial con botones dorados, botas de cuero y un largo abrigo bien grueso, de alto cuello y amplios faldones que me golpeteaban las pantorrillas. También había un gorro de piel y un par de guantes blancos bien ajustados, que me puse y abroché con una notable sensación de alivio. El soldado me estaba esperando a la salida: «No olvide esto», dijo, y me dio un látigo y una funda de cuero que contenía una pistola de cañón largo, con una culata de madera pulida y redondeada. Empezó a nevar, una lluvia de copos ligeros como el aire que danzaban alegremente y se derretían al menor contacto. Sujeté la pistolera al cinturón de mi chaqueta mientras seguía al soldado hacia el fuego. Otros hombres habían venido a unirse a los primeros, todos ellos llevaban uniformes como el mío, cuando vieron que me acercaba se pusieron en posición de firmes, golpeándose los talones, y me saludaron. Varios de ellos llevaban en el cuello una pesada cruz de metal labrado; yo me saqué la mía del bolsillo de la chaqueta y también me la puse en el cuello, acariciando el metal con los dedos y levantando la cabeza hacia un hombre desnudo, colgado por un solo pie de una rama de la haya, su piel grisácea lacerada por golpes y cuchilladas. «¿Y este?» — «Un espía, mi comandante. Estaba merodeando por donde los caballos, le hemos dado una buena lección.» Meneé la cabeza y me acerqué a la hoguera. Un hombre sacó un taburete plegable y me senté, otro me tendió un cuenco humeante lleno de alubias rojas y una cuchara de latón. Tenía mucha hambre y devoré el plato alegremente, le faltaba sal pero poco importaba, me comí hasta la última cucharada y rebañé el cuenco. Ahora ya no tenía frío, el fuego me tostaba agradablemente los pies y los muslos, algunos copos se posaban por un momento en mis mangas para derretirse enseguida y yo los miraba con agrado. Eructé y bebí agua. «Haced que ensillen los caballos - ordené, al tiempo que me levantaba-. Nos vamos.» Los hombres se pusieron manos a la obra inmediatamente. El hombre colgado oscilaba lentamente encima del fuego, allí fijado por una rama más delgada empalada en su ano. Un soldado se acercó y me saludó: «¿Y los prisioneros, mi comandante?». Lo pensé durante un breve instante: «Fusílenlos». — «¿Las mujeres también?» — «Las mujeres también.» Me dirigí a grandes pasos hacia el cercado. Un hombre me trajo un hermoso caballo bayo, cuyos ollares dejaban escapar volutas de vapor mezcladas con los copos que caían, cada vez más tupidos. Cogí el ronzal de las manos del soldado, acaricié el cuello de la bestia, comprobé la cincha y me subí a la silla de montar, donde me planté para observar los preparativos. En el bolsillo de mi chaqueta había un estuche con puros, me encendí uno y aspiré, las bocanadas de tabaco me proporcionaron una sensación de serenidad, ligera y casi jubilosa como la nieve que colmaba el cielo. A mi alrededor, los hombres iban y venían, alineaban los caballos, plegaban las tiendas; más lejos, unos soldados escoltaban a un pequeño grupo de hombres y mujeres, la mayoría de ellos vestidos con harapos. Cuando llegaron a un bosque de pinos, los obligaron a arrodillarse en la nieve. Luego un soldado tomó su fusil, apuntó a una nuca y apretó el gatillo; el hombre salió volando hacia delante en un brusco estallido de sangre; ahora el

soldado se volvía hacia el siguiente y cargaba su arma. Unos hombres a caballo vinieron hacia mí. Uno de ellos me tendió una lanza con el mango de fresno pulido y el filo acerado, largo y fino en forma de hoja; yo la cogí con satisfacción, la sopesé y me la puse sobre las rodillas. Cuando todo estuvo listo le di al puro una última bocanada, lo tiré sobre la nieve y blandí la lanza para dar la señal de salida. Mi caballo piafó y lo guié con los talones, poniéndome la lanza bajo el brazo y asiendo las riendas con la mano libre. A mi alrededor, la columna se puso en movimiento, bordeando los árboles, rodeando los cuerpos de los fusilados que yacían bocabajo en la nieve enrojecida, sus miembros dislocados como muñecas. Un poco más lejos cogimos un atajo y lancé mi caballo al trote, los cascos volaban sobre la nieve virgen, las lanzas golpeaban las ramas y provocaban una lluvia de manojos de nieve, agujas y piñas de pino que caían sobre nosotros, yo me reía y mis hombres reían conmigo, feliz de esa improvisada carrera vespertina a través del bosque. Más lejos se abrían unos extensos campos nevados, rayados de marrón por la tierra revuelta por la labranza, los atravesamos sin disminuir el paso, había dejado de nevar, el cielo viraba a gris y se oscurecía, poco a poco las nubes se fueron deshilachando, vertiendo sobre la tranquilidad del paisaje la luz blanca de la luna llena. Por fin cayó la noche y di orden de que los caballos fuesen al paso. Avanzábamos a través de los campos entre el ruido de los arreos y las espuelas, los resoplidos de los caballos y el sonido amortiguado de las decenas de cascos en la nieve, envueltos por los ricos efluvios de la tierra helada, el cuero, el aceite de los fusiles, el sudor de los caballos y el estiércol. La luna ahora lo iluminaba todo, se distinguían perfectamente unas extensiones blancas y onduladas entrecortadas por arboledas, masas más oscuras dispersas aquí y allá bajo la bóveda azulada del cielo nocturno. A lo lejos brillaban unas luces y, sin decir palabra, dirigí la columna hacia allí. Poco a poco, fueron apareciendo ante nosotros las formas de un gran edificio enclavado entre árboles y rodeado de dependencias, una casa solariega aislada como tantas otras que todavía quedaban en estas tierras. Un perro que advirtió nuestra llegada se puso a ladrar, luego otro, se encendieron nuevas luces y oímos gritos breves y ruidos de puertas. Con un gesto de mi lanza, envié dos grupos de hombres a que rodeasen la casa por los flancos y seguí avanzando al paso, seguido del grueso de la tropa. Llegué a la gran puerta del recinto, construida con fuertes planchas de hierro, la golpeé con mi lanza y grité: «¡Abrid!». Los perros ladraron más fuerte, nadie respondió. «¡Abrid! ¡Abrid o lo quemó todo!» Por fin se escuchó una voz: «¿Quién va?». — «Abre, en nombre de Dios -gruñ-, si es que queréis salvar la vida.» Al final las bisagras crujieron y se abrieron los pesados batientes. Apareció un hombre algo mayor, blandiendo un farol: «¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?». Sin molestarme en responder, le atravesé la garganta con la lanza; su voz se ahogó en borbotones de sangre, el farol cayó en la nieve donde siguió brillando, él permaneció un momento enganchado a la lanza, hasta que le imprimí al eje un sutil movimiento para que se desprendiese. El cadáver se deslizó en la nieve y yo sacudí la lanza para escurrirla; luego la clavé en el suelo, desmonté, y le até el ronzal de mi caballo. No necesité decir nada, mis hombres conocían su trabajo, me encendí otro puro con calma y le di una calada mientras corrían hacia la casa, a pie o todavía a caballo. Sonaron unos disparos, uno de ellos rodó por los suelos, los otros se arrodillaron y abrieron fuego, ametrallando las ventanas que estallaron una tras otra en una lluvia de cristales. Todo terminó muy deprisa. Una docena de soldados se precipitó como perros rabiosos hacia la puerta de entrada derribada, del interior todavía llegaban algunos disparos, ruidos de puertas que volaban en pedazos, gritos roncós, aullidos enloquecidos de mujeres. Dejé allí mi caballo, saqué la pistola de su funda y entré yo también, salvando el cuerpo de un joven medio desnudo cuya sangre embebía la alfombra del vestíbulo en la entrada. Unas mujeres corrían en camisón por los pasillos,

perseguidas por soldados alborozados; en el salón, en medio de los muebles destruidos y los cadáveres tirados como marionetas, había un viejo sentado en su butaca, los ojos terriblemente abiertos, el labio inferior tembloroso. De repente, se apagaron todas las luces eléctricas, los plomos debían de haber saltado, pero las velas y los candeleros encendidos bastaban para iluminar la escena. Me llegó un fuerte olor a cordita y a sangre que disfruté con deleite. En las zonas comunes, un soldado violaba a una criada gorda encima de una mesa ante la mirada jovial de sus compañeros, otro, apaciblemente sentado en una silla, se cortaba rebanadas de pan y de queso; dos hombres volcaron un aparador lleno de vajilla que cayó en un gran estruendo de porcelana rota. Al fondo de la casa todavía resonaban algunos disparos; en el patio trasero, más allá de los retretes, tres soldados trataban entre juramentos de matar un cerdo que gruñía y se resistía con todas sus fuerzas ante el cuchillo; cerca de ellos, metían en una carreta a dos campesinos mal afeitados, las manos atadas a la espalda, para colgarlos de un grueso roble; más lejos, ardía un granero alegremente. Subí al piso de arriba: allí reinaba el mismo alboroto festivo, un suboficial bailaba solo con una copa de champán en la mano delante de un gran espejo, un soldado meaba en las cortinas, un tercero exhibía sus manos cubiertas de sortijas y pulseras de mujer. De una puerta entreabierta salían unos gritos agudos; dos hombres ensartaban a calzón bajado a un joven desnudo, echado hacia delante sobre una cama de hierro, la cabeza enterrada en los cojines bordados. Más lejos, al fondo del pasillo, había una puerta cerrada. Tanteé el pomo, estaba cerrado con llave, di un golpe, ninguna respuesta, di otro golpe con el puño y grité: «¡Abrid!», de nuevo nada. Entonces me retiré e hice saltar la cerradura de una patada. La hoja voló; de pie delante de la cama había una mujer en ropa interior gris perla, fina y ligera, sus cabellos rubio veneciano recogidos en un moño sabiamente despeinado, iluminado por la luz macilenta de la luna que entraba por las ventanas. Al verme, gritó y se llevó la mano a la boca. «¡Tú! -gimió-. ¿Tú? ¡Pero, estás loco! ¡Estás loco!» Yo la miré, aturdido por esas palabras: «No nos conocemos», le dije dando un paso adelante y soltándole una bofetada que la hizo caer sobre la extensión dorada y verde del cubrecama bordado. Ella se acurrucó y empezó a sollozar, arañándose su hermosa cara crispada. Yo empujé la puerta, me quité el abrigo, luego el cinturón, que puse en una silla, y me acerqué a la cama, desabrochándome la guerrera. La joven trató de darme una patada con el talón, la agarré del tobillo riendo y la puse bocabajo. Acaricié sus nalgas bajo el sedoso material del vestido, una tela de punto sin la más mínima costura y forrado con una fina seda rosa palo, ella gritó con todas sus fuerzas, su rostro perdido en las largas hierbas verdes bordadas del tejido, yo le asesté un puñetazo en la espalda y los gritos cesaron de forma instantánea, entonces le subí el vestido hasta los senos y, con un gesto seco, le bajé las bragas, revelando un redondo culo blanco. Ahora ella gemía: «No, no, te lo ruego», volví a pegarle para hacerla callar, me desabroché la bragueta, me subí a la cama y, abriéndole las piernas, la forcé con un violento golpe de riñón. Ella lanzó un último grito agudo, luego cerró la boca. Adentré mis manos, aún enguantadas de blanco, en el moño despeinado y me apoyé con todo mi peso sobre su cabeza, oliendo los aromas de brezo, musgo y almendra que emanaban de su cabello. Pero estaba seca y la sensación me pareció poco agradable, me retiré, escupí varias veces en su ano, anidado entre una pelusa rubia, me unté el glande con saliva y me adentré en ella, esta vez lentamente, ella seguía sin dejar ir un solo ruido, extendida con su vestido gris sobre el cubrecama verdoso, el rostro oculto tras sus cabellos despeinados. Me volví: al lado de la puerta entreabierta había un gran espejo vertical, en él vi mi culo, blanco bajo la luz de la luna, yendo y viniendo entre aquellos largos muslos blancos encajados debajo de los míos. Disminuí el ritmo, explayándome en el espectáculo, la mujer, bajo mi cuerpo, respiraba sibilante pero seguía callada, le di otro

golpe sin tener muy claro por qué, luego otro, cada vez se quedaba sin respiración pero se negaba a gritar, y ese mutismo me enfureció, me puse a estrangularla, las dos manos enguantadas apretándole la nuca, sentía cómo sus muslos se tensaban y batían debajo de mí, su culo se contrajo y gocé brutalmente, vaciándome en ella en largas sacudidas para luego soltarla y rodar sobre la espalda, acostado encima de las hierbas bordadas, con los ojos cerrados. A mi lado oía cómo la mujer hipaba, tosía, tragaba aire convulsivamente. Abrí los ojos y me senté de nuevo, me miré el bajo vientre, tenía rastros de mierda en el pene, tiré de un faldón del cubrecama y me sequé, luego me abroché. La mujer seguía acostada bocabajo, el culo al aire, ahora sollozaba más despacio, mordiendo el tejido del cubrecama para asfixiar el sonido. Le di una palmadita en la nalga y se calló abruptamente: «Puedes irte», le dije. Con la cabeza vuelta, se incorporó a duras penas sobre sus rodillas y tiró con los dedos del tejido del vestido para cubrirse el trasero; se puso en pie, tropezó, se apoyó en el borde de la cama, luego se agachó para subirse las bragas bajo el vestido. Yo no veía más que su perfil. Se estaba mordiendo el labio inferior y la luz de la luna jugueteaba con los cabellos despeinados sobre su nuca. Entonces me miró, sus ojos perdidos, incapaces de toda comprensión. Le hice una leve señal con los dedos y se dirigió titubeando hacia la puerta. Me incliné hacia la silla, saqué mi pistola de su funda, la armé y apunté a su nuca. El tiro la hizo volar contra la puerta, cayó sobre la alfombra en una masa gris y retorcida, dejando unos largos regueros rojos sobre la madera pulida. Abandoné el arma a un lado y le volví la espalda, acariciando distraídamente con los dedos enguantados el grueso tejido del cubrecama bordado.

Justo cuando me desperté el cielo empezaba a palidecer. Todavía se oían algunos ruidos sordos de cristales rotos, un canto melancólico. Me incorporé e intenté encender una lámpara de mesa, pero la electricidad seguía sin funcionar. Delante de la puerta, la masa sombría del cuerpo de la mujer parecía un montón de ropa sucia, tirada allí para que se la llevaran las criadas. Me levanté, encendí algunas velas y me puse a buscar en los muebles, metiéndome en el bolsillo las joyas y las divisas que iba encontrando. En el cajón de la mesita de noche di con unos trozos de fotografías. Esos fragmentos recortados representaban a un niño rubio; y aunque aquí y allá se distinguían los brazos de un hombre, fue sobre todo la expresión del niño, unas veces concentrada, otras asustada, otras radiante de alegría, las que denunciaron la presencia de otra persona que había sido eliminada a tijeretazos, una presencia que lo era todo para él. Los tiré al suelo, acabé con mi registro y, apartando el cadáver de una patada, salí a unirme a mis hombres. La inmensa mayoría dormían ebrios en butacas, sobre las alfombras o encima de alguna mesa, otros canturreaban vaciando las últimas botellas; delante de la escalinata, unos soldados más sobrios preparaban la partida, fijando sobre su silla de montar los sacos del botín o de provisiones. Le encargué a cuatro de ellos que despertasen y reuniesen a sus compañeros; luego dispuse que me trajesen mi caballo y di la orden de partida a los que estaban listos. Lanzas en mano o a la espalda, atravesamos el pórtico, rodeando el cadáver del viejo del farol, tieso en la nieve. El día despuntaba, el cielo era gris, delante de nosotros se extendía el blanco ensordecido de los campos de remolacha nevados, salpicados por las manchas oscuras de algunos bosquetes. De un golpe de talón, lancé mi caballo al trote, los hombres me siguieron, gallardos y risueños. A lo lejos, aislado en la extensión blanca, pude ver un puntito negro y dirigí mi caballo hacia allí. A medida que me iba acercando fui viendo que se trataba de una figura, la figura de un niño rubio y desnudo tambaleándose en la nieve. Lo alcanzamos rápidamente y nos plantó cara mientras lo rodeábamos, lívido, temblando de frío, sus piernas maculadas de una mierda que se le había escapado sin darse

cuenta a lo largo de la carrera, y las facciones deformadas por el llanto, el frío y el terror. Mis jinetes formaron a su alrededor un círculo de lanzas y caras cerradas. Mi caballo dio un paso adelante, el chico se cayó de culo, retrocedió, se levantó caminando con dificultad en la nieve mezclada con mierda, siguió ensuciándose, su rostro retorcido en sollozos, lo maté con una rápida lanzada en el pecho, lo levanté un poco, luego lo tiré hacia atrás como una marioneta en la nieve, ante la risa burlona de mis hombres. Entonces lancé mi caballo al galope a través de la planicie, llevado por una estimulante sensación de libertad soberana, el aire frío me mordía las mejillas y los pulmones y yo me recreaba en ello, sentía que me agrandaba sobre mi silla de montar hasta devenir un igual a la vasta llanura, la nieve y el cielo sobre mí. Al final de la tarde llegamos a una estación tomada por las fuerzas enemigas. El grueso de mis tropas se había unido a nosotros y la sitiábamos por todos lados en un diluvio de fuego y gritos incoherentes, en la esquina principal de ataque habían colocado una ametralladora que nos mantuvo a raya durante un buen rato, hasta que uno de mis soldados, arrastrándose hasta el pie de la pared, logró silenciarla con una granada. Entonces se desató la escabechina. De las puertas empezaron a emerger supervivientes con las manos a la cabeza, mis hombres los pusieron contra la pared de la estación y los fusilaron a diestro y siniestro, yo fui uno de los primeros en entrar en la edificación propiamente dicha, pistola en mano, un soldado enemigo me apuntó con su fusil y lo abatí de un tiro, más lejos se arrastraba un herido y también acabé con él, por todas partes resonaban disparos y gritos de los moribundos. Al fondo de la estancia principal había una puerta, la abrí de una patada, daba a una galería vacía que atravesé mientras me desabrochaba el abrigo y el cinturón, al final había otra puerta, dejé caer la pistola y me quité la chaqueta, así como los guantes blancos, rápidamente me deshice del resto de la ropa, quedándome sólo con el chándal y poniéndome las deportivas que me había guardado en un bolsillo, la puerta estaba abierta y en cuanto atravesé el umbral me puse a correr. Estaba oscuro aquí, yo andaba desorientado y tropecé varias veces contra las paredes hasta lograr algo parecido a un equilibrio que me permitió seguir avanzando de manera regular, respirando con gusto al ritmo de mis zancadas. Pero el pasillo se curvaba, no me aclaraba a permanecer en su centro y de nuevo mi hombro chocó con una pared, me pareció distinguir unas manchas todavía más oscuras, posiblemente ramificaciones o acaso sólo un rincón, las evité mal que bien hasta que un golpe más fuerte que los otros me hizo titubear, aminoré la marcha pero sin dejar de correr, por fin desemboqué en el vestuario y me cambié rápidamente, ajustándome el gorro de goma y atravesando las puertas batientes que daban a un gran espacio lleno de ecos de gritos y ruidos de agua, todo azul y luminoso y además agrandado por unos enormes espejos que rodeaban la sala y en los que no acertaba a ver sino fragmentos de mi cuerpo, fugaces y sin relación unos con otros, vacilé, a punto estuve de caer, pero me rehíce y me incorporé, recuperé el equilibrio, mi cuerpo encontró su eje y, los músculos tensos, las nalgas prietas, me zambullí recto como una lanza, hendiendo con todo mi peso el agua clara y fresca de la piscina.